



UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO
ESCUELA DE HISTORIA

LA FIESTA EN LA NACIÓN: LA PROPAGACION DEL SENTIMIENTO
NACIONAL. CONCEPCION 1810- 1850

Alumno: Alejandro Andrés Cid Duarte

Profesor Guía: Milton Godoy Orellana

Tesis Para Optar Al Grado De Licenciado En Historia

Santiago, 2012

TABLA DE CONTENIDOS

| | |
|--|----|
| RESUMEN..... | 4 |
| INTRODUCCION..... | 5 |
| CAPITULO I | |
| EL ESTADO DEL ARTE..... | 13 |
| CAPITULO II | |
| CONSIDERACIONES HACIA LA IDEA DE NACIÓN..... | 37 |
| CAPITULO III | |
| CONCEPCION SIGLO XIX..... | 50 |
| CAPITULO IV | |
| LA FIESTA Y LA CULTURA NACIONAL..... | 54 |
| CAPITULO V | |
| FIESTA Y SENTIMIENTO NACIONAL..... | 68 |
| CAPITULO VI | |
| FIESTA VERSUS DISCIPLINAMIENTO Y ORDEN..... | 90 |

CONCLUSION.....106

BIBLIOGRAFIA.....111

RESUMEN

Debido a la influencia de la historiografía tradicional siempre se ha dicho que la construcción de la nacionalidad en Chile fue un proceso que se dio naturalmente, ya que un cierto sentimiento nacional estaba presente de manera intrínseca dentro de los habitantes pertenecientes al reino de Chile. Esta idea “natural” repercutiría también en que se postulara que tanto las guerras de independencia como la nueva República hayan sido apoyadas, aceptadas e incorporadas inmediatamente por la gran mayoría de la población, lo que conllevaría necesariamente que un gran número de individuos de los sectores populares participaran de esta cuestión. Entonces, intentando refutar esta idea, este trabajo consistirá en demostrar cómo fueron las fiestas patrias y su construcción en tradición, en desmedro tanto de las instituciones republicanas como de un supuesto sentimiento nacional intrínseco la forma principal que progresivamente propagó tanto una idea como un sentimiento nacional en la mayoría de la población. Esto se llevará a cabo mediante la indagación de variados archivos públicos y diarios de la época, un análisis de obras pictóricas que caractericen las festividades del periodo y una profusa revisión de autores que planteen sus problemáticas relativas al tema en la época estudiada.

INTRODUCCION

A mediados de Septiembre, ahí cuando el invierno parece que definitivamente comienza la retirada y la primavera va imponiendo tanto sus colores como sus aromas, en el territorio nacional chileno empieza a sentirse en el aire una sensación difícil de describir, la cual tiene relación con el ineludible advenimiento de las celebraciones del “18”. Para la mayoría de la población esta sensación está constituida, por un lado, por un sentimiento de cierta libertad tanto de pensamiento como de acción que se da en esta fecha, y por otro, por el gran número de recuerdos asociados a esta, los cuales se fueron gestando desde la niñez, año a año, sagradamente, incluso con situaciones que, paradójicamente, no se recuerdan en plenitud ni se sabe su exacto origen. Para mi caso propio es inevitable el recordar a toda la familia reunida en la mesa en torno a una gran comida, generalmente un asado, donde la seriedad habitual de padres, abuelos, tíos se veía reemplazada por una alegría difícil de ver el resto del año, donde el trabajo ocupaba la gran mayoría del tiempo. Esta alegría de momento era acompañada por constantes alusiones a Chile, a la patria y a la nación, donde de tanta alusión, la cual iba acompañada generalmente por un brindis, muchos de aquellos familiares “intachables” terminaban hablando de tú a tú con un niño como lo era yo.

Esta situación pese a ser cotidiana nunca me dejo de llamar la atención, especialmente al tomar en cuenta la “responsabilidad” de mi familia. Sin embargo, y conforme pasaba el tiempo, me fui dando cuenta que esta situación se da en gran parte de las familias y, más aun; se da en gran parte de los espacios públicos. Toda la gente en la calle anda alegre, saluda a todo el mundo, si ocurre algún infortunio todos se apresuran a decir “no importa” o “no se preocupe” y muchas veces aquel saludo va acompañado de algún “viva Chile” o alguna mención afín. Con todo esto, algo “natural” hacerse la pregunta ¿cuál es el origen de toda esta amalgama de situaciones y sensaciones que no se dan en ningún otro momento?

A partir de la conformación de la primera Junta Nacional de Gobierno acaecida en 1810, se marca el comienzo de una serie de profundos cambios dentro de la estructura político-administrativa del país, donde la adherencia a un sentimiento nacional habría

tenido una importancia decisiva, tanto para la posterior independencia oficial de Chile como para la instauración de una república de ciudadanos. Ambas cuestiones habrían tenido como su pilar fundamental, en teoría, el que desde un primer momento la sociedad en su conjunto se logro ver como iguales dentro de una misma idea nacional, la cual los llevaría a sentirse pertenecientes a un mismo cuerpo, en este caso un cuerpo de tipo nacional llamado Chile. Junto con esto, siempre se ha planteado en los círculos historiográficos más tradicionales, siendo un representante de estos el conocido Diego Barros Arana, que la construcción de la nacionalidad en Chile fue una cosa “natural” e intrínseca dentro de los habitantes, y que vino aparejada desde el inicio al proceso independentista. Siguiendo esta idea tradicional, esto conllevaría que el proyecto de la construcción del Estado burgués tendría el apoyo y la aceptación de la gran mayoría de la población, la cual tenía como componente mayoritario a las masas populares, las que seguirían inercialmente y sin cuestionamientos el proyecto de la elite burguesa, idea que sería caldo de cultivo de lo que Diego Portales denominara “el peso de la noche”.

Sin embargo, y un poco desconociendo las teorías antes expuestas, la consolidación de un proyecto de este tipo no estuvo exento de problemas, los cuales tienen relación con variados motivos. Los constantes conflictos que comenzarían desde la instauración de la primera Junta Nacional de Gobierno hasta la batalla de Lircay impedirían aplicar políticas a gran escala que fuesen en pos de la conformación de aquella república de ciudadanos que incorpore a la mayoría de la población. Sin embargo, el principal motivo de dichos problemas de implementación fue que tanto las costumbres como el imaginario coloniales serían constituyentes transversales de toda la sociedad del Chile de la época y estarían absolutamente vigentes, principalmente dentro de lo que se conocía como “el populacho”. Esto tendría aparejado la todavía existencia, en la práctica, de los estamentos de la sociedad colonial que marcaría, de manera absoluta y “natural”, las jerarquías dentro de la población, diferenciando sustancialmente a las elites en sus privilegios del resto de la sociedad. Un aspecto muy influyente de lo anterior fue que la gran parte de la población no estaba culturalmente preparada para el proyecto republicano secular de la elite debido a que todavía la religiosidad, por sobre la razón ilustrada, eran el eje central de la cosmovisión de la mayor parte de la población. Pese a esto, los hechos dicen que en un determinado

momento, y aunque sea por una multiplicidad de motivos, la población fue capaz de luchar por una causa común, bajo la bandera de Chile.

No obstante, la implementación de la ciudadanía por parte de la elites dirigentes en la primera mitad del siglo XIX no habría considerado los “supremos valores” republicanos para con los sectores populares y se habría optado por métodos mucho más coaccionadores que se habrían incrementado desde la instauración del Estado Portaliano. Es así como, en “la nueva sociedad” el abismo económico-cultural que existe en la época colonial seguiría existiendo con muy pocos cambios de fondo, pero que habría cambiado los de forma – ilustración-, los que no fueron aceptadas de manera inmediata ni contemplativa por el mundo popular como siempre se ha asegurado, por lo que la elite muchas veces tuvo que imponer de manera violenta las formas de pertenecer a la nación. Así, seguirá siendo esta una manera diferente de gobierno pero con los mismos efectos de dominación y de exclusión de casi el mismo círculo social que para gobernarlos antes se amparaban en el poder del Rey, la iglesia o los títulos de nobleza.

Así, bajo esta idea cabe preguntarse, ¿de qué manera se logró articular una idea de comunidad nacional en el conjunto de la población cuando las diferencias sociales eran tan grandes?, o ¿bajo qué circunstancias el grueso de la población logra sentirse, en algún momento, junto con la elite que siempre fue renuente de ellos, identificado dentro del mismo cuerpo?, o en su defecto, ¿cómo concebía el grueso popular este sentimiento nacional?, ¿acaso de una manera diferente a como lo sentía la elite?, o, de acuerdo al tema en cuestión, ¿Cómo se dio en Concepción ese sentimiento de tipo nacional si las disputas con Santiago eran tan fuertes?, cuestión que queda en evidencia cuando en una etapa tan temprana como 1811 se conforma una Junta provincial e incluso se llega a las armas. De esta manera, el problema principal radica en cómo se logra, por una parte, que las elites y el mundo popular se vean, si bien no como iguales, pertenecientes a una misma, al decir de Anderson, “comunidad imaginada”, y por la otra, que una sociedad ya acostumbrada a las formas coloniales tome para sí las ideas modernas que significan el pertenecer, y sobre todo participar, de un Estado republicano que asigna derechos esenciales a todas las personas.

Consistente con lo antes expuesto, me aferro a la idea que dice que en el contexto temporal en el cual se enmarca esta investigación, las instituciones republicanas que

históricamente han sido las encargadas de la difusión e inculcación de la idea o sentimiento nacional dentro de Chile hasta nuestros días (Educación primaria y secundaria, el Ejército y todas sus ramas, los deportes de masas) todavía no habían sido desarrolladas para cumplir su función de manera que llegaran a la mayoría de la población, dándose esta situación, incluso, en Santiago, centro administrativo y económico de Chile. De esta manera, no es descabellado inferir que la instauración de estas instituciones en la provincia de Concepción tenía una dificultad mayor, si se toma en cuenta la idea de que un proyecto de esta naturaleza, y bajo el contexto que se presentaba, tenía que ponerse en marcha a partir de la capital del país, sobretodo tomando en cuenta el fuerte centralismo ya mencionado. Esta situación se vería maximizada más aun debido a que estas instituciones republicanas encargadas de la inculcación de la idea nacional en los habitantes del país tendrían una connotación eminentemente aristocrática, donde solo aquellos que pertenezcan a los círculos sociales altos, y que por ende tengan una situación económica elevada, serían los que tengan la posibilidad de acceder a ellos. Junto con esto, el contexto político de Concepción podría llegar a tener alguna influencia en lo que se refiere a la idea o sentimiento nacional presente en aquella zona, debido a las constantes disputas con Santiago, de las cuales casi siempre salió perdedora, como también a la rica historia marcada por la guerra de Arauco, la Real Audiencia, terremotos y una gran vida campesina, todas las cuales podrían haber generado un sentido de pertenencia particular.

Así, bajo este contexto de abismos sociales, la construcción de una idea nacional transversal a toda la sociedad post-independentista es una idea que demuestra más un deseo subsumido en los discursos legitimadores de la clase dirigente que una realidad palpable o que tenga una cierta lógica desde donde hacer posible -o creíble- las conjunciones de la construcción de la nación en Chile que han dominado dentro de la historiografía chilena, como las planteadas por el ya nombrado Diego Barros Arana. Esto deja entrever que la expansión del sentimiento nacional se tendría que haber llevado, obligadamente, por otros causes que no han sido profusamente estudiados por la historiografía chilena, provocándose un cierto “vacío” que la historiografía tradicional no ha podido o no ha querido llenar. Sería precisamente en este “vacío” donde las festividades patrias comenzarían a ser ya no solo un festejo o un momento de distensión, sino que creadoras de conciencia, una conciencia nacional, que lograra incluir a aquellos para los que no estaba diseñado este proyecto.

Es así como por un lado vamos a encontrar una forma de propagación de tanto una idea de nación como de un sentimiento nacional de una forma más ligada a las instituciones propias de la elite, como lo son las escuelas, el ejército o las mismas esferas familiares, etc., las cuales tendrían un carácter más bien político respecto a la idea de nación. Por otro lado van a existir formas de asimilación de esta identidad nacional las que apelarían a un aspecto más cultural para este fin, las cuales van a tener un alcance mucho mayor dentro de la población comprendida dentro del territorio dominado por el Estado chileno. Dentro de estas formas la principal sería el festejo de las distintas fechas que condujeron a la independencia de Chile, como lo son el 18 de septiembre, el 12 de febrero y el 5 de abril, las cuales serían todas celebradas oficialmente hasta 1837 puesto que en esta fecha quedaría solamente como única fiesta nacional institucionalizada el 18 de septiembre mediante un decreto ley.¹

Así, el elemento propagador y homogeneizador más fuerte en el periodo señalado, de tanto una idea como de un sentimiento nacional, será la conmemoración festiva de las fechas relevantes antes mencionadas –que después serían conocidas como festividades patrias-. La importancia de las fiestas en este sentido será de una doble lectura, ya que, por un lado, estas tendrán un gran alcance en cuanto a la cantidad de personas que reciben esta forma, y por otro que poseerá un carácter transversal que abarcaría no solo al llamado “populacho”, sino que también a las elites. Así, distintos sectores sociales confluían dentro de un ideal común que posibilitaría que se vieran a sí mismos como pertenecientes a una “comunidad imaginada” llamada Chile. Además, progresivamente las elites irían cooptando y apropiándose de las formas populares de las festividades de estas fechas para institucionalizarlas, convirtiendo estas instancias en una forma de disciplinamiento de las masas populares y posibilitando que toda la población, sobre todo este último sector, se vea como iguales pese a las grandes diferencias culturales y sociales que puedan existir.

De esta manera, el objetivo general de este trabajo es analizar como el proceso de construcción e instauración de la tradición de las festividades patrias fue tanto una forma de expansión de un sentimiento nacional a las masas populares como un cohesionador transversal de la sociedad con respecto a este sentimiento. Como objetivos más específicos

¹ Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno (En adelante BLDG), 1841, tomo VII, decreto de febrero de 1837, Pág. 101-102

tendremos: 1) Identificar a través de Diarios y Archivos de la época cual era la preponderancia de las festividades en la zona de Concepción y cuáles eran los lugares reunión donde se daban las instancias festivas, patrias o no. 2) Realizar una extensa revisión bibliográfica para poder tantear el estado del arte del tema de las festividades. 3) Comparar las descripciones que distintos autores como Gabriel Salazar, Julio Pinto, María Angélica Illanes o Sergio Villalobos hacen de las manifestaciones de la cultura popular de la época para poder establecer continuidades, generalizaciones o características que serían inmanentes de estas actividades como apreciar más cabalmente el contexto socio-político de la época comprendida.

En cuanto a la metodología a usar se hace necesario precisar el tipo de investigación a realizar en este estudio, cuestión que va a estar basada en los tipos de investigación que va a exponer Roberto Hernández Sampieri en su *Metodología de la Investigación*. Este autor plantea en lo que respecta al tipo de la investigación que existen cuatro tipos de investigación: exploratoria, descriptiva, correlacional y explicativa. Para el caso de este estudio se tomará, en una primera instancia, la investigación exploratoria, ya que según este autor esta es adecuada cuando el tema de investigación va a ser someramente estudiado en la literatura relacionada al tema o va a ser poco sabida o dominada por el investigador. Además Hernández Sampieri agregará que los estudios exploratorios servirán precisamente para familiarizarnos con fenómenos relativamente desconocidos como en este caso. Un poco más arriba hago la salvedad de que se va a tomar este tipo de investigación en una primera instancia debido a que Hernández Sampieri plantea que una investigación de tipo exploratoria, según sus resultados, puede dar pie a los demás tipos de investigación, las cuales son progresivamente investigaciones más completa.

En cuanto al sentido práctico de la metodología se va a desarrollar, en palabras del autor citado en el párrafo anterior, un “análisis de redes”, el cual va a tener como fin el poder determinar la estructura de la comunicación de un determinado sistema social, el cual va a ser, en este caso, el del Chile del periodo acotado. Esto va a tener como fin el poder avizorar quienes, en el contexto de las festividades, son los que plantean los discursos hegemónicos de aquel sistema social, para quienes van dirigidos esos discursos, quienes se comunican con quien, de qué manera se comunican, etc. Esto se realizará mediante el

análisis de los discursos de las distintas autoridades donde estas se dirijan o hablen del ‘bajo pueblo’. Los distintos discursos se van a buscar en diarios de la época como lo sería La Patria o EL clamor del Sur, los cuales sería posible encontrarles en el Archivo Nacional en la sección de diarios o en la Colección de antiguos periódicos chilenos. También estos discursos se buscaran dentro de los distintos archivos públicos, tanto en el Archivo de la Intendencia de Concepción, en las Actas del Cabildo o Intendencia de Concepción durante el periodo llamado de la patria vieja re-editadas por el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, como en el Archivo del Ministerio del Interior, los cuales proporcionarán las consideraciones de las autoridades estatales con respecto a este tema.

También para poder dar cuenta de, por un lado, las disposiciones que va a tener la autoridad con respecto a las festividades y por otro, como el ‘bajo pueblo’ asimilará estas disposiciones, se consultarán los decretos emanados del ministerio del Interior y de la Intendencia con respecto a las fiestas en los archivos ya mencionados, de cómo se planifican, se llevan a cabo por la autoridad o los recursos asignados a estas. Para esto también, especialmente en lo que respecta a un posible ‘mal comportamiento’ por parte del bajo pueblo, van a ser consultados los informes policiales de los días festivos como también los archivos judiciales de aquellas fechas los cuales se encuentran en el Archivo Nacional, para así poder apreciar en qué grado eran aceptadas por parte del bajo pueblo las formas en que la autoridad disponía estas celebraciones.

Por último se van a considerar las descripciones que de estas manifestaciones llevan a cabo tanto las elites como las autoridades. Estas descripciones de manifestaciones no van a tener que ser, necesariamente, de manifestaciones patrióticas o nacionales de carácter oficial, ya que en este punto va a ser más imperativo considerarlas más bien en su dimensión cultural. Estos documentos serán buscados, por una parte, en los registros de las autoridades de la época que se encuentran en el Archivo Nacional, los cuales muestren estas descripciones, las que pueden ser realizadas por autoridades, cronistas o miembros de la elite. Sin embargo, por la evidente dificultad que puede llevar el encontrar estas descripciones en fuentes directas, la segunda forma de conseguir lo que aquí se busca es lo que R. Hernández Sampieri llama “análisis secundario”, lo cual significa el análisis de datos recolectados por varios autores. Así, bajo esta idea, va a ser posible consultar las

descripciones llevadas a cabo, o que están presentes en los libros de autores como Barros Arana, Sergio Villalobos, Gabriel Salazar, Julio Pinto, María Angélica Illanes, Bernardo Subercaseaux, Mario Góngora, Alfredo Jocelyn-Holt, etc. A esto cabe agregar que junto con estas descripciones se encontrará, en muchos de los casos, mucho material visual como lo serían dibujos y principalmente pinturas realizadas en la época o con motivo de esta.

CAPITULO I:

EL ESTADO DEL ARTE

A pesar de la falta de consideración a los temas festivos, y como mencioné en el apartado introductorio, la inmanencia del tema festivo al desarrollo del ser humano desde sus inicios es una cuestión que no ha sido negada ni siquiera por la corriente más conservadora de la historiografía tradicional, aunque no por no haber sido negado se puede decir que ha sido considerado. Así, el tema festivo que por mucho tiempo no fue considerado, sobre todo en Chile, comenzó a entrar en la palestra a mediados de los noventa con algunos trabajos. Una de las primeras investigadoras en Chile que se ocuparía del tema festivo sería Isabel Cruz, la que plantearía la fiesta como un tema asociado más a lo religioso, incluso ligado a la numinosidad². Ella plantearía que desde los albores de la humanidad la instancia festiva fue un componente que no solamente estuvo presente, sino que fue tremendamente trascendente para la vida del ser humano, debido, principalmente, a la estrecha relación que tendría con la esfera religiosa o con lo divino:

“La fiesta tuvo, pues, su origen en la vivencia colectiva y social de lo sagrado. Mientras la experiencia religiosa individual deviene generalmente un proceso de interiorización de lo sagrado, la experiencia religiosa colectiva es en esencia exteriorización a través de la dramatización. Así se ha expresado la conciencia sagrada en el comportamiento colectivo durante el curso de los siglos”³.

Esta relación entre lo festivo y lo divino tendría un origen que sería más bien inconsciente y ligado a una esfera eminentemente espiritual. Para explicar esto, Cruz aludiría al filósofo y teólogo alemán Rudolf Otto:

“Otto designa todas estas experiencias como numinosas (del latín *numen* = dios), que constituirían la forma primera y más auténtica de la vivencia religiosa. Así, la relación del hombre con lo sagrado no se habría establecido originariamente, en los niveles

² Definición extraída desde el diccionario de la RAE, lo define como “*perteneciente o relativo al numen como manifestación de poderes religiosos o mágicos*”. Utilizada la versión en pagina web http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=numen

³ CRUZ, Isabel. *Lo Sagrado como raíz de la Fiesta*. Revista Humanitas N°2 [En Línea]. Abril –Junio, 1996. [Citado el 20 de Noviembre del 2010]. Disponible en: <http://www.humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0182.html>

racionales ni conscientes, sino se enraizaría aún más profundamente, en su vida anímica y prerreflexiva. En un impulso primordial, el hombre se puso así en contacto con esta categoría primigenia de lo sagrado, lo numinoso, que dio nacimiento al mito y al símbolo, a la utopía y al mesianismo, al arte y a la fiesta”⁴.

Isabel Cruz, además de esta relación primigenia del hombre, lo sagrado y lo festivo, acentuaría lo festivo en cuanto a que tendría una injerencia determinante en la concepción del tiempo en sociedades o grupos premodernos, sobre todo en aquellos de muy antigua data. Esto porque a través de la experiencia festiva el tiempo, por una parte, tuvo un “transcurrir sacralizado” que transformaba el tiempo festivo en un tiempo sagrado, ya que “por medio de la fiesta el hombre se ubico en el tiempo, lo midió, y midiéndolo creó tiempo”, siendo la fiesta “un modo simbólico de medir el tiempo vivenciándolo”, creando, así, tiempo.

Otro aspecto temporal muy importante que la autora señala con respecto a la instancia festiva, y que la gran mayoría de los investigadores le atribuiría como característica, incluso a las fiestas de carácter profano o moderno, tendría relación con que esta posibilita la fusión del pasado, el presente y el futuro, como un tiempo cíclico que apela a la conmemoración del origen, la vivencia del presente y el porvenir del futuro. Esta idea no sería otra cosa que la forma de cómo se vivía el tiempo antes de que se impusiera la “irrevocabilidad del pasado que configuro el concepto de historia”, la cual tenía directa relación con las ideas que se imponen definitivamente a partir de la instauración del precepto de tiempo lineal propio de la modernidad.

Otra cuestión importante que la autora trata en este artículo tiene relación con la utilización de la fiesta sagrada en versiones profanas, siendo estas “un residuo de la fiesta sagrada”, las cuales en gran medida fueron utilizadas para legitimaciones políticas, las que no fueron patrimonio exclusivo de la modernidad, ya que, como señala la autora, estaban presentes desde la antigüedad, siendo la pompa del espectáculo del poder “una derivación del impulso numinoso”. Así, conforme pasaba el tiempo, la fiesta iría perdiendo su esencia primigenia, la cual tendría relación con el impulso numinoso. Para esta autora, la fiesta como una cuestión de carácter divino tendría como último impulso histórico al Barroco, ya

⁴ OTTO, Rudolf. En: CRUZ, Isabel. Ibíd.

que a partir de la ilustración, y el proceso de laicización de la vida que esta traería aparejado, la fiesta sagrada como institución entraría en crisis para dejar paso a la imposición de la fiesta profana. A este respecto, la autora, basada en Weisbach dice que:

“El Barroco, según señalara Werner Weisbach, recobró ese sentido primigenio y emocional de la vivencia religiosa que se ha designado como lo numinoso y puso en comunicación directa al fiel con la divinidad a través del arte y de la fiesta. Elevado a una categoría absoluta de derecho divino, el poder real usufructuó más plenamente que en épocas anteriores de los lenguajes sagrados en su propio beneficio, sirviéndose de las formas originarias de la fiesta religiosa para ponerlas al servicio de la exaltación de la persona del monarca”⁵.

De esta manera, las formas festivas tradicionales, asociadas principalmente a las fiestas religiosas, habrían sufrido un proceso de mutación que les permitió haber sobrevivido a la laicización de la sociedad dentro de la religiosidad –la que ya no sería la religiosidad que era el órgano rector de la cosmovisión de una sociedad sino una esfera dentro de esta- y de las culturas populares. Así, esta crisis de la institucionalidad festiva religiosa daría origen al afianzamiento de las fiestas profanas que tendrían como hito más fuerte la conformación de las llamadas fiestas cívicas, las que, sin embargo, seguirían teniendo un fuerte componente, tanto de forma como de fondo, de las fiestas religiosas tradicionales, cuestión que se podría apreciar, sobretodo, en la interpretación popular de estas fiestas cívicas. No obstante, esta autora acotaría sus estudios a la fiesta religiosa en sí, no inmiscuyéndose en el tema de las fiestas cívicas, cuestión que si harán otros autores.

En este ámbito se encontraría el trabajo de Paulina Peralta “*¡Chile tiene fiesta!; el origen del 18 de septiembre*”. Este estudio, según mismas palabras de la autora, “propone analizar el origen de las fiestas cívicas nacionales en Chile y su posterior consolidación a lo largo del siglo XIX” y se centra en dos fenómenos que expresan esta condición de construcción en el tiempo: la nación moderna y la tradición. A este respecto, la autora se hace eco de las ideas de Erick Hobsbawm que tiene con respecto a estos dos fenómenos, los que a su vez son constitutivos esenciales para el tema central de estudio de esta autora: las fiestas patrias. A grandes rasgos, las ideas que Hobsbawm tiene con respecto a tanto la nación moderna como a la tradición se centran, por un lado, en que estas fueron creadas deliberadamente en algún momento y lugar, y por otro, que ambas poseen una apariencia de

⁵ WEISBACH, Werner. En: CRUZ, Isabel. Ibíd.

antigüedad, lo cual ha hecho generalizada la creencia que ambas son cuestiones que provienen “del principio de los tiempos”, en un tiempo remoto del cual no hay registros y que, en el caso de la nación, “formaría parte de la esencia misma del género humano”. Entonces, al igual que la nación moderna y las tradiciones, las fiestas patrias serían derivadas de la capacidad inventiva de los seres humanos, los cuales serían, en este caso, las nuevas elites dominantes que se constituyen a partir de la separación política con la metrópoli a principios del siglo XIX. Bajo esta idea, las “invenciones” debían ser más acordes al modelo político-cultural que se estaba comenzando a gestar en este lado del mundo, debiendo ser estas representativas del espíritu liberal republicano que pretendía distinguirse de las ideas monárquicas imperantes hasta ese momento. En este sentido, las fiestas patrias serían parte de las invenciones que buscaban tanto la legitimación de la república de ciudadanos como la consolidación de la naciente nación. Así, con el paso del tiempo y en base a la reiteración anual propuesta “desde arriba”, estas invenciones se irían transformando progresivamente en *tradiciones nacionales* tal como se conocen hasta el día de hoy.

En cuanto al tema de la consolidación de las fiestas patrias oficiales se refiere, Paulina Peralta nos va a dar cuenta de la “multiplicidad festiva” que iba a ocurrir al inicio de la vida independiente del país. Las elites dirigentes iban a pregonar el celebrar los hitos fundadores de la patria especialmente a partir de 1822, cuando se oficializa como fiestas de carácter “ordinario” al 18 de septiembre de 1810, al 12 de febrero, tanto de 1817 como de 1818, y al 5 de abril de 1818. A estas tres fiestas se les conferirían cargas simbólicas específicas, las cuales identificarían cada una de las gestas acaecidas y su efecto en la constitución de la república. Así, al 18 de septiembre, al 12 de febrero y al 5 de abril se le atribuirían los calificativos de regeneración política, independencia y consolidación respectivamente. Sin embargo, esta multiplicidad festiva conllevaría algunos problemas de tipo económicos y simbólicos, puesto que los primeros harían perder días productivos y los segundos provocarían una confusión simbólica, ya que “en varias ocasiones, los motivos particulares que cada una de las fiestas conmemoraba fueron siendo confundidos, atribuyéndosele muchas veces a una fiesta las cargas simbólicas de la otra”.⁶ Estos

⁶ PERALTA, Paulina. *¡Chile tiene fiesta!; El origen del 18 de Septiembre (1810-1837)*. 1ª Edición, Santiago. LOM Ediciones, 2007. p. 67.

problemas, a la larga, gatillarían la desaparición como hitos a festejar tanto el 5 de abril como el 12 de febrero, pese a que el primero fue la consolidación de la emancipación de la corona española y el segundo comprendía la declaración de independencia e, incluso, sería la elegido para que tanto las autoridades como el pueblo prestaran juramento a la nación. Esta situación llevaría a la consolidación del 18 de septiembre, la primera fecha histórica en ocurrir y en celebrarse, como la única fiesta nacional con carácter oficial en el año 1837, siendo este día elegido como el único día en que estarían resumidas las fiestas nacionales, monopolizando la venia festiva de la autoridad.

Una de las ideas principales que la autora trataría sería la que dice relación con la instancia festiva como instrumento para hacer nación. La fuerza de hacer nación que tienen las instancias festivas se cimentaría tanto en el carácter transmisor inmanente que tienen las instancias festivas, las que son un momento para sociabilizar por excelencia, como el carácter legitimador que se puede obtener de estas, siendo un respaldo tanto para el régimen impuesto como para las ideas políticas que se presentan luego de la independencia. De esta manera, las celebraciones nacionales habrían estado deliberadamente pensadas como un “vehículo de difusión capaz de transmitir el sentimiento patriótico y nacional”, el cual debía contener la nueva forma de imaginar la comunidad que debía asimilarse voluntariamente en las mentes y corazones de la gran mayoría de la población. En palabras de la autora:

“Por esta razón, no bastaba con proclamar la nación chilena, sino que los sectores dominantes necesariamente requerían de un mecanismo capaz de difundir y promover sentimientos de pertenencia e identificación hacia ella. Dentro de los instrumentos puestos al servicio de estos fines patrióticos, la fiesta cívica se constituía como uno tremendamente efectivo, dado que otorgaba un espacio para vivir y sentir –de manera bastante efímera- el valor de la unidad, aspecto que define en gran medida la ideología nacional”⁷.

Para la autora, esta idea de la fiesta como instrumento para hacer nación sería una cuestión fundamental para la construcción del país, sobre todo si se piensa en las diferencias abismantes que se presentaban en todos los ámbitos de la sociedad de la época, cuestión que tendría su expresión máxima en la imposición de un proyecto republicano por parte de las elites que conservaría las jerarquías coloniales pero también preservaría la

⁷ *Ibíd.* p. 9.

cultura colonial en los sectores populares. Justamente en esta dicotomía radicaría la importancia que tuvieron las fiestas nacionales como constructoras de nación durante el siglo XIX, ya que estas son las que, en alguna medida, posibilitarían el aglutinar bajo una misma idea a sectores que en la práctica eran radicalmente opuestos. Sin embargo, este aglutinar no está confeccionado de la forma que dos esferas se unen bajo una misma idea en igualdad de condiciones, ya que los sectores populares estarían excluidos sistemáticamente de cualquier derecho, lo que estaría en abierta contradicción con los principios republicanos que fueron los fundamentos para su dimisión de la corona española, excusándose en que este sector no estaba preparado para asumir tal responsabilidad. En la práctica esta cuestión daría continuidad a aquella estratificación tan marcada precedente desde el periodo colonial, dejando las estructuras de poder prácticamente intactas⁸. De esta manera, el sentimiento nacional sería la única forma en que las clases populares “participarían” de la república por lo que” puede ser considerado una especie de ‘compensación’ frente a las limitaciones impuestas desde el poder, en relación al ofrecimiento de una eventual ciudadanía”⁹, y sería, a la vez, un medio de “justificación” tanto de la nación como de la república.

Por último, Paulina Peralta caracterizaría el tiempo festivo como habitual por sobre el de cotidiano, puesto que este último se asemejaría más al diario vivir, lo que conllevaría estar más asociado a lo productivo, cuestión que estaría en abierta oposición con la instancia festiva. En tanto, el concepto de ‘habitualidad’ para definir lo festivo sería mucho más preciso, debido a que los hábitos son actos que no se ejecutan necesariamente todos los días. Plantearía una temporalidad festiva en vez de un tiempo festivo, puesto que este último abarcaría el tiempo como un todo donde el ser humano sería un instante solamente. Así, la temporalidad estaría mucho más acorde con la instancia festiva debido a que esta se encuentra definida por la relación existente entre el tiempo con el ser humano. Una última cuestión sería si la instancia festiva era efectivamente extraordinaria. Sin embargo, la autora se inclinaría más por el término excepcional, puesto que este último sería mucho más preciso para catalogar la instancia festiva, ya que lo extraordinario supone algo que no se

⁸ *Ibíd.* p. 34.

⁹ *Ibíd.* p. 42.

puede prever, contrariamente a lo que serían las festividades más comunes, las que estarían calendarizadas.

Un profuso tratamiento referente al tema de la fiesta es el trabajo realizado por Milton Godoy, el cual tratará especialmente la cuestión festiva en el norte chico chileno¹⁰, pudiéndose apreciar variadas temáticas concernientes a las conformaciones festivas republicanas. En un capítulo particular, este autor trata específicamente los ritos que la patria tenía para la exaltación y difusión de su idea dentro de los habitantes a los cuales se les quiere hacer partícipe del proyecto nacional, los cuales debían ser cumplidos en su fondo y, muy especialmente, en su forma, ya que aquel rito debía contener formalidades de desarrollarse acordes a los principios de quienes eran los impulsores de estos cambios, es decir las elites, y no de la forma, bárbara según las elites, en que los vastos sectores populares las llevaban a cabo. Para las autoridades existía una “carencia de parsimonia ritual en un día en que se requiere digno respeto a quienes en el pasado fueron las bases de la patria”¹¹. El 18 de septiembre, que era la fiesta aludida en la cita anterior, era un “acto fundacional” que representaba el origen de la nación para las elites, por lo que había que darle toda la solemnidad y formalidad a un hito que daba el comienzo a la separación de la corona española. Como cita Godoy, al decir de Da Matta “el día de la patria es un ‘rito histórico de paso’, que marca el cambio a una mayoría de edad política y a un tiempo de autodeterminación”¹². La importancia de estas fechas, pues, tendrían que manifestarse con una pompa y fanfarria digna de un suceso tan grande como el nacimiento de una nación, o en palabras del autor, con “un particular boato, en algún sentido casi religioso, y de una parafernalia manejada, programada y sutilmente permisiva que diera al día de la patria el sitial que le correspondía en el universo festivo de la nación”¹³.

El solemnizar los ritos referentes a la fundación nacional estaría acompañado por una disminución festiva que tendría por objeto acotar en la mayor medida posible el extenso calendario festivo religioso que imperaba en tiempos de la colonia y que a ojos de las elites ocuparía demasiados días dentro del año. Sin embargo, esta disminución tendría que

¹⁰ GODOY, Milton. *Fiestas, carnaval y disciplinamiento cultural: Norte Chico 1840-1900*. Tesis para optar al grado de doctor, 2009.

¹¹ Ibid. p.318

¹² Ibid.

¹³ Ibíd.

llevarse a cabo tomando en cuenta que una primera prioridad era “consolidar y expandir un sentido de pertenencia que en los albores de la república era escaso, disperso y más bien asentado en los sectores dirigentes”¹⁴, por lo que aquella disminución debía llevarse a cabo paulatinamente y de manera que se lograra un compromiso “voluntario” con el proyecto nacional. Es así como gradualmente “los gobiernos republicanos impusieron las nuevas festividades nacionales, en desmedro de las religiosas, -las que disminuyeron ostensiblemente- como parte de una política fundacional que buscaba constituir los nuevos rituales del Estado”¹⁵. Esta situación también buscaría la “laicización del espacio festivo” en una abierta disputa entre el Estado y la iglesia tanto por el control del espacio público como por ser la institución que aglutine con más fuerza al conjunto de la población. En este sentido, si bien el Estado fue progresivamente ganándole más y más espacios a la iglesia, esta última siempre mantuvo un apoyo considerable de gran parte de la población, especialmente dentro de los sectores populares.

Es así, pese a la condición instrumental que las elites le darían a la fiesta, como la disminución y el reemplazo festivo fue una preocupación central de las autoridades de la época, las que a partir de 1821 comienzan su reducción sistemática “pues consideraban que estas impactaban negativamente en el número de días de trabajo, produciendo de paso holgazanería y otros vicios dañinos a la sociedad”¹⁶. Este reemplazo se habría dado principalmente en los símbolos centrales dentro de los festejos, pero en lo que se refiere a las formas estas serían un molde casi calcado de las fiestas de carácter religioso que en la colonia tenía la misión de ensalzar la figura del rey, debido principalmente al carácter políticos que las fiestas adquirieron para muchas autoridades no solo del mundo hispano, en cuanto a la legitimación que podían obtener ciertas personas o ideas dentro de la fiesta¹⁷.

Progresivamente las nuevas autoridades, a través de los conductos que les permite el Estado, comienzan un acucioso control de las festividades tanto religiosas como civiles, limitando la libertad de acción de estas, especialmente en las que la iglesia ocupaba el

¹⁴ *Ibíd.* p. 319.

¹⁵ *Ibíd.* p. 320.

¹⁶ *Ibíd.* p. 320-321.

¹⁷ El autor plantea que todas estas cuestiones que aducen a la utilización política del reemplazo simbólico, de la continuidad en las formas festivas y la utilización del espacio público habrían tenido una muestra clarificadora en la celebración de la jura de la independencia en La Serena el 29 de febrero de 1818.

espacio público, dando “preponderancia de lo civil en las calles”. No obstante, fue a través de los conductos festivos tradicionales, es decir realizados por la iglesia, como se legitimó tanto al Estado como a la nación, por lo que, al igual que como pasaba en la época monárquica, continuaría siendo la iglesia un poderoso ente legitimador de la sociedad, lo cual, en palabras del autor, sería un acto de “duplicación simbólica”.

Por todo lo anterior, la implantación de un nuevo calendario festivo fue de vital importancia para las autoridades, “readecuando el universo festivo” a través de, al decir del autor, “la disminución de las fiestas religiosas y por la necesidad de imponer sobre sus bases las nuevas fiestas de poder”¹⁸. “Las autoridades republicanas”, continua el autor, “eliminaron festividades, resignificaron otras e impusieron las que ensalzaran los triunfos de la nación”¹⁹. Ahondando aun más en esta idea el autor plantea que:

“En efecto, la invención de tradiciones es uno de los procesos por medio de los cuales las elites latinoamericanas del siglo XIX, buscaron la legitimación de su poder y la construcción de una identidad para antiguas divisiones administrativas del imperio colonial español. En este juego, la fiesta y la celebración desempeñaron un papel prioritario para los nacientes Estados nacionales”²⁰.

Será en toda esta enmarañada construcción festiva por parte de las elites donde se materializaría el tratamiento a la multiplicidad festiva, la cual se quería disminuir lo más posible. Esta disminución estaba acompañada, y de alguna manera determinada, por la selección de uno u otro hito en desmedro de otro, siendo el elegido configurado como una fecha festiva, lo que le daría a la disminución festiva un carácter tanto cuantitativo como cualitativo. Con respecto a esta última cuestión Godoy plantearía una crítica a los criterios que Paulina Peralta plantea para la reducción festiva, ya que “los factores económicos explican la reducción, mas no la selección de uno u otro”²¹. Para el autor, los criterios para la selección de un determinado hecho como fiesta nacional están apegados “al plano de lo simbólico y, tal vez con mayor gravitancia, en el mundo político”²². Estas consideraciones simbólico-políticas tendrían relación con cuestiones que marcaron el carácter elitista del proceso. Una de estas cuestiones es que el dieciocho de septiembre, por sobre las demás

¹⁸ *Ibíd.* p. 335.

¹⁹ *Ibíd.* p. 336.

²⁰ *Ibíd.* p. 340.

²¹ *Ibíd.* P. 343.

²² *Ibíd.*

fechas consagratorias de la nación, era considerado por las elites encargadas de plasmar este proceso de “memoria selectiva” como “el triunfo de la oligarquía sobre la participación popular”, donde se plasmarían los valores ideológicos de manera ilustrada, no como ocurre en una batalla como son las otras dos fechas en disputa, lo que enaltecería la razón y todo su aparataje modernista. Otra cuestión tendría relación con que el 12 de febrero era una instancia donde se apreciaba de manera mucho más potente la participación popular en el proceso emancipador, puesto que fue en el campo la batalla “donde el populacho participaba al alero de sus amos o jefes, un lugar en que el combate igualaba o hacía del bajo pueblo un actor principal de la lucha”²³. Es así como de lo anterior se puede inferir que “el intento de elegir una fecha u otra esté asociado al papel que desempeña el pueblo en el juego del poder entre quienes dirigen el proceso”²⁴. La opción de la elite siempre fue hacer de la empresa emancipatoria una cuestión propia, que haya sido llevado a cabo exclusivamente por personas pertenecientes a aquel sector. Es por esto mismo que el simbolismo que prima para las elecciones festivas tendría mucha relación con “el juego semántico, de la civilización y la barbarie”. En palabras de Milton Godoy: “Si nos posicionamos en la festividad de septiembre dieciocho, la nación es parida desde la razón, es el momento en que los notables piensan el futuro. En cambio, en febrero doce la batalla integra al populacho, la no-razón, o definitivamente, la barbarie”²⁵. Una última cuestión simbólica en cuanto a la elección del “18” en desmedro de las otras celebraciones tendría relación con que la fiesta del 12 de febrero estaría concordante en cuanto a fechas con el carnaval, celebración que desde un principio quiso ser erradicada del calendario festivo republicano por parte de las autoridades, entre otras cosas porque representaba esta idea de barbarie que se le atribuían a todas las cuestiones que confrontaban a la nación. El autor explicaría esto de la siguiente manera:

“El día de la patria debe apelar al compromiso, parsimonia, respeto a los héroes, está caracterizado por las loas a la libertad, a un profundo cambio de acto en la continuidad de la historia nacional que se construye. Mientras el carnaval es la reversión pactada, el desorden, el desenfreno y no obedece a programa alguno, es esperado cada año en algún día de febrero o marzo, lo cual tampoco supone el respeto a los tres días fijados: supera con creces esos límites temporales. Agregaría, que por algunos días el carnaval es el no-tiempo. Esto no obsta para que el día de la patria traiga sus secuelas de

²³Ibíd. p. 346.

²⁴Ibíd.

²⁵Ibíd.

alcohol y fiesta, todo lo contrario, puesto que el desenfreno viene atado a la celebración, pero como parte de una escena diferente en una obra programada y acuciosamente estructurada que busca, precisamente, controlar cada fase en la *Mise en scène*, con el fin de impactar con mayor eficiencia en el ciudadano²⁶.

De esta manera Godoy presentará la importancia del carácter simbólico en la conformación de las distintas fiestas nacionales, lo que iría en directa consecuencia con el carácter elitista de toda la sociedad del momento, permitiendo una mayor comprensión de un proceso que ha sido tan naturalizado por la historiografía tradicional.

También dentro de la esfera chilena se encuentra el trabajo de Fernando Purcell Torreti “*Diversiones y juegos populares: Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*”, el que, si bien, va a estar acotado a la provincia de Colchagua en la segunda mitad del siglo XIX, muchas de las propuestas que presenta el autor se podrían hacer extensivas a la región de Concepción. Esto porque aunque no fueran contextos exactamente iguales se darían condiciones culturales y de producción que serían bastante parecidas. Por lo que tanto sus ideas sobre la fiesta en sí como algunas consideraciones de caso son bastante pertinentes.

Fernando Purcell va a tratar el tema de las diversiones y juegos populares, donde se puede incluir a la fiesta, como tradiciones culturales que se remontarían a los tiempos de la colonia, desde donde comenzaría una larga vida de adaptaciones, procesos de sincretismo e influencias que marcarían su permanencia en el tiempo. Sería precisamente este enfoque de permanente cambio desde donde el autor trataría su investigación, siendo el periodo que comprende su trabajo donde este fenómeno de cambio se acrecienta bruscamente debido a la transformación de los modos de producción por el aumento de la exportación de cereales por la creciente demanda externa, lo que conllevaría, a su vez, una transformación del agro chileno y sus respectivos habitantes: los sectores populares campesinos.

Este autor trataría el tema de las diversiones no desde la mirada clásica de los grandes temas y eventos de la historia, como lo serían las esferas lo político, económico, demográfico, eclesiástico o lo militar y sus grandes hitos, sino que, a través del tema festivo, se abocaría a tratar el fenómeno de lo popular “a partir de temas cotidianos como la

²⁶ *Ibíd.* p. 348.

diversión”²⁷. A este respecto, el autor pondría gran énfasis en el potencial histórico de lo cotidiano, a diferencia de la postura más clásica de la historia. Asimismo, el autor tendría algunas consideraciones que matizarían la idea de fiesta que adopta en esta investigación, la que también no estaría constituida por aquella concepción clásica mencionada en el párrafo anterior. Purcell, pues, haría una crítica a las concepciones generalizantes de otros autores y plantearía el carácter dinámico de la fiesta y el juego, los cuales se desarrollarían en el acontecer constante de lo cotidiano, con lo cual no se dejaría de lado al sujeto histórico popular como lo han hecho sistemáticamente las ideas historicistas clásicas. De igual manera el autor se alejaría de las concepciones más clásicas de la fiesta en cuanto a que estas sitúan a la fiesta en un contexto extra-cotidiano o extraordinario. Para Purcell, la fiesta, a diferencia de Paulina Peralta, sería parte de lo cotidiano y no había que confundirlo con situaciones “usuales” o “acostumbradas”. Lo que si experimentaría un cambio en el contexto de fiesta sería la actitud de los participantes de estos eventos, pero que, a su vez, también estaría marcado por los constantes cambios de actitud dentro de lo cotidiano, el cual no sería algo plano o estable. Este estaría conformado por constantes alteraciones, desordenes y acomodados, por lo que no solo en el ámbito festivo se observaría un cambio de actitud.

También el autor haría un par de consideraciones con el objeto de desmitificar ciertas ideas que siempre se le han atribuido a la fiesta. La primera es la concepción que la fiesta sería una forma de evadir la realidad. Si bien el autor no negaría tajantemente que esta situación no se pudiera dar, sobre todo cuando existen grandes ingestas de alcohol, el llamaría a la medida para no generalizarla. El plantearía el carácter subjetivo con que cada individuo consideraría a la instancia festiva, tomando en cuenta, a su vez, que estarían inmersos en distintas formas de sociabilidad que también marcarían su forma de sentir y actuar dentro de una particular instancia festiva. Sin embargo, toda instancia festiva tendría un nivel de abstracción con respecto a lo real, lo que se lograría por una cierta actitud dentro de un conjunto de circunstancias que harían posible, en alguna medida, el dejar de lado las complicaciones de la vida diaria, lo cual no quiere decir que con esto evadiría la

²⁷ PURCELL, Fernando. *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. 1ª Edición, Santiago. LOM Ediciones, 2000. p.15.

realidad situándose en otra, ya que la certeza de que aquella instancia va a tener un fin ineludible sería una de las características esenciales de esta.

Una segunda desmitificación tendría relación con la supuesta pérdida económica inherente a toda celebración. Para contrarrestar esta idea, por una parte, el autor diría que muchas de las faenas agrícolas serían pagadas a través de fiestas como en el caso de los *mingacos*, ya que la circulación de metálico o dinero sería bastante baja. Esta cuestión sería bastante normal si se toma en cuenta la preponderancia de la hacienda en la zona estudiada, la cual siempre optó por pagarles a los peones con formas que no eran monetarias: tierra para cultivar, comida y techo, parte de la cosecha, etc. Por otra parte, si se decía que el celebrar siempre conllevaba una pérdida económica, necesariamente tenía que haber una parte que ganara aquel dinero. Así, la situación festiva siempre fue aprovechada por personas para ganar dinero, las cuales muchas veces subsistían mediante esta actividad. Esta consideraba desde la instalación misma de la chingana como lugar para celebrar hasta la presencia de cantoras, la venta de alcohol, alojamiento, etc.

Junto con lo anterior, Purcell abordaría el tema de la fiesta desde una perspectiva de transgresión desde la cual emanaría una doble mirada. Por un lado estaría la posición de las elites y las autoridades con respecto a las diversiones populares, la que, en la mayoría de los casos, tendría una connotación bastante negativa de estas. Las elites considerarían que estas conductas de los sectores populares transgredían lo tolerable en cuanto a comportamiento y, sobretodo, al aspecto moral y económico²⁸. Esta posición contraria muchas veces pasaría de la mera queja de estos eventos convirtiéndose abiertamente en una represión bastante fuerte por parte de la autoridad y las elites a medida que se fortalecían las instituciones policiacas o de orden, cuestión que incluso llegaban a ser verdaderas torturas²⁹

Por otro lado, las formas de de diversión serán constantemente reprimidas y restringidas, esto provocaría una escalada de violencia que sería en ambos sentidos, ya que la represión policial sería respondida con agresiones directas a los policías por parte de los sujetos populares, ya que estos apelarían constantemente a un derecho consuetudinario que

²⁸ *Ibíd.* p.123.

²⁹ *Ibíd.* p.112.

jamás estarían dispuesto a abandonar, y que estaría en abierta oposición a la nueva instauración de una cultura económica capitalista que tendría como fin último el disciplinamiento de los sectores populares que tendrían que abocarse constantemente a una jornada de trabajo, la que costaría mucho tiempo en adoptar y en aceptar por parte de estos sectores, los que mantenían a la Hacienda como el polo económico, laboral y social.

En cuanto a la actuación por parte del Estado con respecto a las distintas diversiones, este tendría dos etapas. La primera sería aquella que sería de una eminente represión y rechazo legal de cualquier manifestación de fiesta o juego de los sectores populares, lo cual tendría su origen en la instauración del proyecto liberal republicano, el cual pretendía cortar con el mundo colonial y sus manifestaciones. Este rechazo y represión por parte de la autoridad se haría extensivo, e incluso aumentaría, en la década de 1830 con la instauración del llamado Estado portaliano, lo que, sin embargo, no eliminaría las diversiones del sector popular. Una segunda etapa sería la institucionalización definitiva de las celebraciones por parte del Estado a partir de la década de 1850, definitiva ya que, primeramente, se legislaría en regular el comportamiento de las chinganas en 1824 y posteriormente, en 1830, serían prohibidas. Esta institucionalización habría decantado de un comportamiento invariable del sector popular en cuanto a la celebración festiva, peso al decreto de 1836 y los constantes bandos a este respecto. Con este desarrollo festivo la autoridad comenzaría a reglamentar las instancias festivas para obtener recursos en las distintas municipalidades donde estas se instalaran. Así se promulgaría la primera reglamentación de las contribuciones en 1852 quedando definidos los montos de los distintos sitios de diversión, con lo que se pretendía tanto el control del orden de estos lugares como una captación de dinero para la municipalidad respectiva. Esto dejaría entrever el peso de las costumbres de los sectores populares que, al ser normados por el gobierno, implicaría “una aceptación tacita de la realidad y legitimidad de las distintas diversiones populares”³⁰.

Esta situación de legitimidad de las diversiones populares traería aparejada una arremetida moral muy fuerte por parte del sector más conservador de la sociedad de la época, la que incluso desmerecía la contribución económica de las fiestas puesto que la moral estaba realmente amenazada con estas expresiones, lo que sería medianamente

³⁰ *Ibíd.* p.117.

compensado con una serie de multas que buscaban aun mas control e ingresos, de igual forma a como se controla el carnaval en otras latitudes. Esta situación enfrentaría a los dos sectores más ricos del país en cuanto a la manera en estos querían componer la sociedad, ya que los conservadores y los liberales tendrían distintas prioridades respecto al tema, ya que los primeros harían respetar su status, entre otras cosas, mediante la moral católica la cual regiría desde hace trescientos años, y los segundos aplicarían una mirada más utilitarista donde la obtención de recursos y la regulación de las formas de obtenerlos serian su único hilo conductor para el desarrollo del país. De esta manera se desarrollaría una guerra ideológica que se mantendría en el tiempo, ya que ninguno de los bandos se lograría imponer totalmente por sobre el otro en este tema.

Un capítulo importante que el autor consideraría en su investigación seria el que dedicaría a la chingana, donde se podía percibir la forma, tanto espiritual como material, más tradicional de la cultura popular en cuanto a lugar de diversión se refiere. En la chingana se concentraría las distintas expresiones que darían vida a las celebraciones populares y que tanto molestarían tanto a las elites como a las autoridades. Así, el canto, el baile, la bebida y, también la violencia, eran entes constitutivos esenciales dentro de la chingana creando un tipo particular de sociabilidad que haría estar en constante conflicto con las autoridades a estos recintos. Así la chingana seria definida más que por su composición material por sus formas de comportamiento, siendo su construcción mas una adaptación al lugar a donde estén emplazadas que una construcción con un diseño o idea específica³¹. Junto con esto, la chingana del siglo XIX estaría presente todo el año aunque la reglamentación la permitiera solo los fin de semana, indistintamente si había una celebración en particular o publica, por lo que se usaba de lugar común para cualquier tipo de celebración, incluso eclesiástica³². Esta durabilidad de la chingana provocaría que esas formas de comportamiento se fueran expandiendo y consolidando en el mundo popular, lo que quedaría de manifiesto en lo difícil de la adaptación a los cánones modernos impuestos desde el Estado. Esta atracción a las chinganas no fue exclusiva de los sectores populares, ya que también se podían apreciar gentes de la alta sociedad, lo que llevaría a acrecentar tanto los ataques morales por parte de las elites como las multas por parte de las

³¹ *Ibíd.* p.45-46.

³² *Ibíd.* p.38.

autoridades, cuestiones que nunca pudieron erradicar estas formas de diversión por una u otra razón.

En resumen, para Fernando Purcell esta concepción de constante cambio y de un sincretismo y adaptación sería el eje central desde donde se desarrollarían estos fenómenos populares, los cuales tendrían una existencia hasta nuestros días. Así, un fenómeno popular como la fiesta, el juego o la diversión, dependiendo del lugar donde se dé, se podría manifestar de diferentes formas, las cuales, como en el caso del campo chileno, tendrían mucha más similitud a las formas del siglo XIX de las que podría tener una que se da en las grandes ciudades.

Esta idea de cambio, sincretismo y adaptación también sería un lugar común en los estudios realizados a nivel latinoamericano, ya que, aunque cada país va a tener sus particularidades que harían de sus respectivos fenómenos festivos únicos e irrepetibles, se estaría en presencia de un marco general a partir de la crisis de la Corona Española y la consiguiente emancipación de esta, la cual generaría algunas situaciones que podrían ser apreciables en la mayoría de los países de la región. De esta manera, a lo largo de Latinoamérica se comenzaría a desarrollar el proceso emancipatorio que, como efecto dominó, abarcaría a la mayoría de los países de la región. Si bien los distintos procesos acaecidos en cada país estarían determinados por circunstancias particulares, estos tendrían fundamentalmente como bases ideológicas a los mismos sucesos; la Revolución Francesa y la Independencia Estadounidense. Esta situación de cambio tan abrupto haría que la importancia de la fiesta como ente legitimador y homogeneizador de los nuevos proyectos políticos se hiciera presente en prácticamente todos los proyectos republicanos, quedando esto de manifiesto en numerosos trabajos a nivel latinoamericano que se han dado con relación al tema de las festividades.

A este respecto, para el caso de México vamos a encontrar a María José Garrido³³ con un trabajo donde analiza el caso de las fiestas cívicas de la época republicana, las cuales tendrían sus orígenes dentro de la dominación colonial española.

³³ GARRIDO, María José. *Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823*. Instituto Mora. México, 2006. 191p.

Las ideas presentadas en este libro inician su evolución a partir de la secularización iniciada a través de las llamadas Reformas Borbónicas, que vendrían a cambiar la estructura burocrática de todo el imperio español, lo que afectaría directamente a las ocasiones festivas. El motor de estos cambios sería un espíritu racionalizador que permitiera un mejor rendimiento económico y administrativo del imperio, lo que tomaría un impulso aun mayor con la aparición de las nuevas ideas de corte liberal que se darían en el mundo occidental desde el último cuarto del siglo XVIII. Hago esta pequeña introducción ya que estos cambios serían parte fundamental de las ideas centrales de este libro, puesto que sería a través de estos donde se presentarían tanto la legitimación política efectuada a través de las fiestas como la (re)significación de estas, ideas que estarían íntimamente ligadas e incluso mezcladas hasta confundirse. Los continuos cambios de régimen político acaecidos en el periodo que trata el libro -1765 a 1823- traerían consigo la continua (re)consideración de las distintas fiestas a celebrarse, esto tanto por temas económicos, como era la idea inicial de las Reformas Borbónicas, como por temas políticos. Estos últimos se fueron dando a medida que el poder civil fue adquiriendo un mayor poder dentro de los poderes tradicionales del imperio, especialmente en Nueva España, ya que las reformas que estructuraron una Monarquía Constitucional así lo dispusieron. Entonces, a medida que se sucedían los distintos gobiernos, estos buscarían una legitimación a través de las fiestas, legitimación que consistiría en la elección de determinados sucesos y personas que representarían la ideología que quería implantar el gobierno de turno. Esta elección de fechas comenzaría a darse con mayor frecuencia e intensidad a partir de las primeras Juntas de Gobierno que, al no tener una tradición en el tiempo, como si la tenía el imperio colonial, debían buscar rápidamente una serie de sucesos fundantes que permitieran la construcción de un imaginario nacional que además sea de corte republicano. Junto con esto, la (re)significación de las fiestas fue un elemento importante puesto que algunas fiestas tenían un significado distinto para los distintos sectores políticos, significado que resaltaría la ideología de cada sector. Además, como se dio mucho con las celebraciones venidas desde la colonia, estas pasaron a tener un significado meramente eclesiástico, dejando al tope de la jerarquía festiva a las nuevas fiestas representantes de la ideología liberal, aunque estas nunca dejaron completamente de lado los protocolos y ceremonias religiosas como lo eran las misas y las procesiones.

Otro autor que va a tratar el tema de las festividades va a ser el colombiano Orián Jiménez Meneses.³⁴ Acá el autor plantea la trascendencia que tenían las festividades tanto religiosas como políticas que se desarrollaban en el virreinato de Nueva Granada, dando énfasis al nivel de importancia que tenían las festividades dentro de la estructura colonial, importancia que la historiografía tradicional nunca les dio. Para el autor las fiestas permitían interpretar la sociedad, siendo, al mismo tiempo, una radiografía a la vez que un componente de esta. Las fiestas no eran situaciones meramente culturales puesto que estas abarcaban todos los ámbitos que conformaban la sociedad estamental (político, religioso, cultural, económico, etc.). Es justamente en esto último donde recaía la gran importancia que tanto para las autoridades como para el “vulgo” de la época tenían las fiestas, ya que como en estas se manifestaba de manera explícita los estamentos de la sociedad colonial y permitía libre albedrío a ambos estamentos de mostrarse culturalmente, daba, por un lado, la instancia a las primeras de reafirmar y reproducir la estructura jerárquica de la sociedad pero, por otro lado, también le daba la posibilidad al “vulgo” de romper, aunque sea de manera efímera, la cotidianeidad que lo mantiene en una posición subalterna en todos los ámbitos de la vida colonial, situación que podía llevar a enfrentarse a ambos estamentos. Esto último va a ser un tema que, si bien no va a ser tratado explícitamente por el autor, estará presente a lo largo de todo el libro: la conflictividad que va ir asociado tanto a las festividades como a los juegos de la época sería elemento omnipresente dentro de todas las manifestaciones festivas de la colonia generando a las autoridades una gran cantidad de problemas de tipo social, político, económico y también de tipo moral. Problemas como faltas de respeto a la autoridad y a los vecinos hidalgos, asesinatos, desorden público, falta a las faenas productivas por varios días, pérdida de grandes fortunas en apuestas e incluso la muerte de un corregidor en las toreadas es evidenciada por el autor. A modo de ejemplo:

“[...] el empedrado de las calles quedaba en lamentable estado. Para las autoridades locales de la ciudad de Antioquia aquellas conmemoraciones se convertían en verdaderas parrandas en las que imperaban el desorden y el caos; en estos festejos se originaba el espacio donde se evidenciaba el frenesí de la sociedad. Blancos, mestizos, zambos, esclavos y libres de todas las condiciones le daban rienda suelta a sus

³⁴ JIMENEZ, Orián. *El frenesí del Vulgo: fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2007. 158p.

pasiones, gritando, compitiendo, embriagándose, recitando versos obscenos y desafiando a las autoridades locales [...]»³⁵.

Siguiendo con lo anterior, la instancia festiva y del juego propiciaba un acercamiento entre los distintos estamentos ya que podían ocupar el mismo espacio (digo podían porque también existían fiestas en salones o ramadas, donde asistían los vecinos y el vulgo respectivamente), principalmente cuando se terminaban las ceremonias y se pasaba de frentón a los banquetes, la bebida, los juegos (principalmente los naipes y las corridas de toros) y los bailes. Es aquí donde la autoridad no veía con buenos ojos estos festejos produciéndose los problemas antes mencionados ya que muchos “hijos de familia”, autoridades o empleados públicos se incorporaban al tipo de celebración que era característica del vulgo, el cual era “una masa infecta plagada de vicios” y “miembros corruptos que podían contagiar fácilmente a los privilegiados de la sociedad [...] cuyo papel los destinaba a erigirse como guías y cabecillas de los desarrapados”. Esto pasaba de ser un problema moral, como lo eran los bailes y las comedias que eran “experiencias prohibidas por ambas majestades”, puesto que se pensaba que “de no cumplirse este precepto, fácilmente se podía generar el colapso del orden social”.

Un caso donde también el carnaval va a ser un ente constitutivo muy importante de la cultura popular hasta nuestros días es Uruguay, donde vamos a encontrar el trabajo de Milita Alfaro.³⁶ Este texto muestra el desarrollo que tuvo el carnaval montevideano a partir de la década de 1870, donde va a experimentar el comienzo de una serie de cambios que tienen por fin hacer de la fiesta carnavalesca un acontecimiento situado bajo los parámetros de la nueva sensibilidad modernizadora implementada por las elites dirigentes, las cuales buscaran el disciplinamiento del carnaval tradicional para poder llevarlo a cabo de la manera que la cultura burguesa lo requería, o por lo menos esa era su intención. Esta última acepción va a ser lo que, en la práctica, iba a caracterizar las ocasiones carnavalescas desde este periodo hasta 1904, puesto que en respuesta al disciplinamiento del carnaval impuesto por las elites dirigentes se desarrollaría un proceso de carnavalización del

³⁵ *Ibíd.*, p.78.

³⁶ ALFARO, Milita. *Carnaval; Carnaval y modernización: Impulso y freno del disciplinamiento (1873-1904)*. Vol. 2 de *Carnaval: Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta*. Trilce Ediciones, 1991. 255 p.

disciplinamiento, que vendría impulsado por las masas populares reacias al acatamiento radical de las nuevas condiciones culturales que se imponen, ya no solo en el carnaval, sino en toda la sociedad uruguaya finisecular.

El disciplinamiento impulsado por las elites consistiría en una “reinención del espacio ritual”, donde el carnaval se convierta en una instancia de toda la comunidad donde las elites puedan escenificar y desplegar el orden social regente en la sociedad uruguaya. Este orden social estaría conformado por una nueva concepción valórica que apelaría principalmente a la sacralización del trabajo y la demonización de las actitudes lúdicas, de fiesta o relajo, todo esto para complementar la implementación del capitalismo y responder a sus necesidades de mano de obra. Algunas de las características del “nuevo carnaval” sería su referencia a lo militar, la condena y control al contacto físico en el carnaval y todas las actitudes consideradas bárbaras por las elites, o sea, las manifestaciones que la cultura popular tiene en estas instancias. Así se configuraría la dialéctica que alimentaría el desarrollo del carnaval, donde aparecería una “fraternidad universal” inherente a la fiesta que tendría un efecto nivelador de la sociedad, el cual, aunque efímero, permitiría la manifestación cultural de las masas populares, saliendo de su anonimato y tomándose, o más bien disputándose, el control simbólico del carnaval con el proyecto de la elite. De esta manera, se desarrollaría una incompatibilidad entre el nuevo orden en gestación, el cual necesitaba un cierto grado de radicalismo, y esta inversión carnavalesca, ya que “la reparadora alegoría del Carnaval que borra las jerarquías espaciales y recupera el ámbito comunitario de la ciudad como lugar de participación colectiva, no tiene cabida en la fiesta galante entendida como gesto de autoafirmación social por parte de la elites”³⁷, produciéndose una carnavalización del disciplinamiento el cual superpondría las manifestaciones populares a la estructuración carnavalesca impuesta desde arriba, creándose un espacio de resistencia cultural a la vez que un momento de desjerarquización social. Sin embargo, el disciplinamiento, aunque lento, logro incorporarse para ir cambiando las formas del carnaval, lo que traería consigo el cambio de las formas lúdicas de la sociedad uruguaya, las cuales se irían adaptando a las nuevas condiciones que imponía la modernidad, lo que no significaría necesariamente una apropiamiento de la cultura de elite por parte de las masas populares, si no que más bien desarrollaría una

³⁷ *Ibíd.* p.51.

reinención de la cultura popular desde sí misma, dentro del nuevo contexto del capitalismo periférico, convirtiéndose, por ejemplo, el comercio en un elemento fundamental dentro de este nuevo escenario. Así, las nuevas utopías y desenfrenos si bien eran más “civilizados”, no por eso serían menos transgresores, y seguirían respondiendo a los más íntimos deseos de el alma, como lo sería el “nuevo” erotismo civilizado o el tiempo “de mas” dedicado al carnaval. Además, la constante represión a la cultura popular ensalzaría aun más la idea de que el carnaval es el espacio donde todos aquellos que no cuentan en el mundo del derecho tengan un lugar, el cual se transformaría, indefectiblemente, en un lugar de disputa con el disciplinamiento, donde la parodia y la desobediencia ritual harían de este un lugar de carnavalización.

El tema del carnaval seguirá siendo un caldo de cultivo para muchas investigaciones con respecto al tema festivo, lo que se puede seguir observando también en Perú, uno de los países culturalmente más ricos de Latinoamérica. En este ámbito, el investigador peruano Rolando Rojas presentaría un trabajo³⁸ donde trata el tema del carnaval en la ciudad de Lima comenzando desde los antecedentes coloniales hasta la constitución del carnaval oficial por Leguía en 1922. Una cuestión central dentro del relato va a ser la disputa entre las masas populares y las elites dominantes por el control del carnaval, tanto en un aspecto simbólico como político. Los constantes cuestionamientos que van a tener los festejos por parte de estas últimas van a ser una crítica directa a las formas de celebración de las masas populares las cuales vienen desde la época de la colonia. Esta última cuestión tendría una importancia radical a partir de la época de la independencia, puesto que para implantar el nuevo Estado Nacional iba a ser necesario dejar fuera a las representaciones coloniales, las que iban a contravenir los designios de la modernidad, muy especialmente la idea de un carnaval “bárbaro” y “fuera de control” que no estaba de acuerdo con la moral burguesa. Este último argumento iba a estar presente en muchas de las ocasiones en que las autoridades intentarían normar el carnaval, intentando muchas veces prohibirlo de raíz. Sin embargo, las masas populares iban a desacatar una y otra vez las normativas que implementarían las autoridades durante todo el siglo XIX, siendo el carnaval el lugar común para implantar las “leyes del carnaval”, donde era lugar común la falta de respeto a

³⁸ ROJAS, Rolando. *Tiempos de Carnaval. El ascenso de lo popular a la cultura nacional. (Lima 1822-1922)*. Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005. 235p.

las clases altas y a las autoridades porque para el autor, y siguiendo a Da Matta, “el carnaval tiene una lectura ambigua: por un lado, de retorno al orden; por otro, de creación de uno nuevo”, siendo el carnaval una esfera, también, socio-política.

Junto con lo anterior, y a medida que transcurría el siglo XIX, la modernidad generaría un cambio constante en la sociedad limeña en su conjunto, donde también estaría cambiando el carnaval. Este cambio en la festividad estaría marcado por el intento de normar el carnaval por parte de las autoridades del Estado peruano, para que la gente se abocara más a la producción económica, lo cual contaría con toda una estructura ideológica a fin. Así, desde 1840 se comienza a entablar una nueva cultura del trabajo que buscaba una mayor disciplina, no solo de trabajo, sino de vida, lo que en definitiva entraba en conflicto con la afición de los limeños a las diversiones, apelando estos a un derecho consuetudinario con respecto al carnaval. Así se comenzó a asociar fiestas y ociosidad, diversión y vicio a través de las instituciones político burguesas. Esta situación crearía un ambiente tenso en las clases populares para con las autoridades, el cual se acrecentaría después de la derrota en la guerra con Chile, provocando una deslegitimación general de la elite, lo cual provocaría un cuestionamiento de la nación y cultura peruanas. No obstante, la reacción de la elite, ahora con un profundo descredito, sería distinta, ya que haría una revalorización de lo indígena y la cultura popular, obteniendo, esta última, apelativos como criollo, antiguo o tradicional. Esto estaría influenciado fuertemente por un sector intelectual que critica las tesis racistas que comienzan a ponerse en boga en la burguesía peruana, con lo que todo lo asociado a la cultura popular y al indígena comienza a tomar preponderancia como cultura peruana. Sin embargo, las clases dirigentes comenzarían con una progresiva apropiación del carnaval, imprimiéndole el corte europeo tan deseado y dejando las manifestaciones populares del carnaval para las periferias de la ciudad, tomando tanto el control simbólico del carnaval como el de los espacios públicos donde este se desarrolla, estructurando, ahora, un carnaval controlado desde arriba.

Siguiendo en Perú, y en un ámbito un poco distinto al de los carnavales, encontraremos a Juan Martín Sánchez³⁹, el cual trata la celebración festiva peruana en el contexto del día de

³⁹ SANCHEZ, Juan Martín. *Perú 28 de Julio: discurso y acción política el día de Fiestas Patrias, 1969-1999*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, España, 2002. 242p.

fiestas patrias, pero viéndolo desde la celebración institucional y centrándose, a su vez, en las implicancias del discurso presidencial del 28 de Julio. Este libro trata de dilucidar cómo la acción discursiva que realiza el Presidente de la República el día de Fiestas Patrias, 28 de Julio, configura, de manera teórica, tanto la idea de Nación como la estructura política del Perú, siendo el discurso político de aquel día una radiografía, en palabras del autor, de ambas esferas. El autor analiza la mezcla ritual de la jefatura del gobierno y la del Estado que lleva a cabo el Presidente de la República cuando realiza el discurso del 28 de Julio, la cual ejerce un poder sobre los símbolos de unidad nacional y sobre las labores de gobierno, siendo un tiempo especial ya que interrumpe la vida cotidiana y pone hitos en el orden social y político, dando forma al tiempo y a la memoria colectivos. Esto se ve completado con el contexto político-social que acompaña a los días de fiesta nacional, y por ende al discurso. Aquí, se mezcla lo festivo popular con lo ceremonial y con las acciones políticas desde la cúspide del poder, las cuales “escenifican su lugar en la Nación y revalidan su función política como una permanente acción de independencia nacional”. También el discurso va a ser un acontecimiento mediático ya que será transmitido a toda la Nación (por ende los medios de comunicación cumplen un rol fundamental), y también será un acontecimiento centralizador puesto que las personas de regiones se desentienden políticamente de sus autoridades locales para abocarse al mensaje de la autoridad central.

Por otro lado, una idea central en el autor va a ser que el discurso tiene una enorme capacidad de transformación social, aunque, si bien el ritual suele beneficiar el orden establecido, presenta “una gran tensión con lo posible, con lo alternativo”, lo cual crearía una doble lectura del discurso: una que tiene relación con una confirmación con lo establecido y otra que apela a romper con la estructura presente. Así, la instancia del discurso ha sido usada tanto para la consolidación de algunas ideas y decisiones como para la ruptura y generar grandes cambios. Esta última posibilidad es de gran importancia ya que es una arista que permite la continuidad del Estado peruano, ya que no solo apela a la idea de cambio como opción, sino que también como necesidad cuando la situación lo requiere, como cuando grandes sectores esperan que lo haga. Esta última posición de pie para que el presidente tome un papel todavía más central: el papel de héroe, que remite de manera tacita a eventos fundacionales, como la justa independentista, o a un drama nacional como la guerra del Pacífico, mostrándose las dos caras del héroe: triunfador y perdedor. Esta idea,

la de la posibilidad del cambio dentro de la discursividad presidencial, traería consigo una tercera paradoja: la del cambio extra constitucional, la cual apela a que no se respete la institucionalidad estatal para que esta siga prevaleciendo, apelando a disposiciones autoritarias para posibilitar una refundación casi siempre acompañada con la realización de una nueva carta constitucional.

Por último, dentro del mensaje presidencial se pueden encontrar, de manera tanto explícita como implícita, la mayoría de las ideas políticas que han estado en la historia del Perú como también las que están, e incluso se pueden vislumbrar las que vendrán. Junto con esto, el autor apunta a que la importancia del discurso no radica en la decisiones políticas, del Ejecutivo junto con el legislativo, sino que en su calidad de acontecimiento mediático que engloba a toda la sociedad peruana en un acto de confirmación de cierto proyecto político, el cual va a tener un drama de constante pugna política por hacerse del control del ritual, tanto en su forma como en su fondo, para así imponer los símbolos propios por sobre los de los otros.

CAPITULO II:

CONSIDERACIONES DEL CONCEPTO DE NACION

Al igual que la idea de Fiesta expresada en el apartado anterior, la idea de Nación es un concepto sumamente fundamental para este trabajo. La nación, junto con ser un tema historiográfico que en los últimos 30 años ha tenido un desarrollo académico profuso, es una concepción que es asimilada por la gran parte de la población, por lo que a un nivel popular también existe una “idea” que, si bien es informal y en muchos casos inconsciente, es sumamente fuerte e incuestionable. Esta fuerza provocaría sentidos de pertenencia casi irracionales que serían absolutos, haciendo de la Nación un fenómeno increíblemente poderoso tanto en calidad como en cantidad, precisamente por abarcar a una gran cantidad de personas dentro de los distintos territorios que se han organizado como nación.

Junto con esto, la idea de Nación completa la idea fundamental de este trabajo, a la sazón que la fiesta construye socialmente a la nación, logra aunar voluntades de personas para las cuales la ideología liberal es algo completamente ajeno, lo que ninguna institución perteneciente al Estado pudo hacer exitosamente, ya que la gran mayoría de la población era socialmente muy alejada de la clase que promovía estos cambios, siendo poco “adecuada” para asumir el proyecto republicano de las elites. Debido a esto, la correlación existente entre ambos conceptos es inmensa, teniendo una gran reciprocidad en cuanto a lo simbólico, e incluso se podría decir que existe una interdependencia que hace de estos dos conceptos inseparables, haciendo que la fiesta sea algo mucho más importante que un mero momento de esparcimiento, ya que sería parte integral de la Nación.

Una de las identificaciones más fuertes que tiene la nación se da en el marco de las celebraciones patrias, donde la nación es el centro de los festejos. La fiesta es asociada comúnmente a la patria, a la Nación; las mayores fiestas de un país como Chile son las que se presentan para estos motivos, teniendo como escenario las fechas más importantes de la historia, y como participantes desde el Presidente de la Republica hasta los sectores más humildes de la sociedad. La fiesta le rinde tributo a la nación, muestra su magnificencia,

celebra sus orgullos y dignifica sus heridas, haciendo de toda esta amalgama de celebraciones una carga simbólica común para toda la población.

De la nación se tiene una concepción general muy cercana a lo mitológico, lo que proviene de la idea inconsciente de que la Nación tiene una gran antigüedad que sobrepasaría a todo y a todos⁴⁰. Sin embargo, la Nación no ha sido una condición natural que ha existido desde siempre como es la sensación que se deja sentir en nuestros días por la gran mayoría de la población, ya que, como es el planteamiento de la gran parte de los estudiosos de la Nación, teniendo un nacimiento que está más cerca de nuestro tiempo que de días propiamente antiguos. Este nacimiento está demarcado y especificado por fechas e hitos ocurridos específicamente en un momento de la historia, donde se hacía necesario una nueva forma de estructuración política que reemplazara a las monarquías. En el caso latinoamericano, estos hitos se ubican a principios del siglo XIX a partir de la crisis que sufre el imperio español debido a la invasión napoleónica y el encarcelamiento del rey Fernando VII. Va a ser en este contexto donde surgiría la Nación moderna como la forma de organización político territorial que iba a concitar la mayor cantidad de preferencias dentro del continente, a similitud de la que ya hace un tiempo estaba ocurriendo en Europa y Norteamérica, Francia y E.E.U.U. respectivamente, donde ya se apreciaban los proyectos nacionales republicanos que serían el modelo a seguir dentro de las conformaciones nacionales latinoamericanas.

Sin embargo, aunque la idea de nación tenga esta percepción popular ampliamente difundida y, por sobre todo, aceptada, la idea de nación, tan acostumbrada en nuestra época, ha tenido históricamente una dificultad de precisar una definición más científica. Ya en el colegio se podía apreciar que la nación jamás fue objeto de una definición rígida, textual, la que se hacía memorizar como si ocurría con un sin número de conceptos en todas las áreas de la enseñanza. Pero en realidad no es solo en ese escenario de definiciones rígidas como la de las mencionadas aulas escolares o instituciones de educación superior con ideas más conservadoras donde se podría encontrar esa dificultad, también la tendría en una definición más académica, no tan rígida, una definición que se podría desarrollar en círculos donde existe una concepción más crítica de los conceptos tradicionales, donde la

⁴⁰ ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas; Reflexiones sobre el origen del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1993.

investigación juega un rol que expande día a día los horizontes semánticos, los cuales posibilitarían una constante renovación o, si se quiere, justificación de las ideas de no solo un investigador en particular, sino que de todo el medio historiográfico. Sin embargo, durante gran parte de la vida republicana esta tarea no tuvo frutos, pero habrían llegado a partir del último cuarto del siglo XX, donde comienza una proliferación de variados historiadores o estudiosos de la Nación, los cuales pudieron formar una idea de nación que ha logrado un relativo consenso en el ámbito académico, el cual, no obstante, siguió contando con variadas dificultades. Así, Erick Hobsbawm, uno de los representantes de este “relativo consenso”, centralizaría esta dificultad al plantear que:

“[...] el problema es que no hay forma de decirle al observador como se distingue una nación de otras entidades *a priori*, del mismo modo que podemos decirle como se reconoce un pájaro o como se distingue un ratón de un lagarto. Observar naciones resultaría sencillo si pudiera ser como observar a los pájaros [...]”⁴¹.

Este autor, precisamente, aborda esta cuestión de la dificultad de darle una definición o explicación cerrada a este tema. Hobsbawm apelaría a la ficción para dar una idea de esta situación. Encararía este problema mediante un ejemplo presente en la introducción de su libro “Naciones y nacionalismo desde 1780”, donde historiadores extraterrestres que aterrizan en un futuro en que la tierra estaría sin la presencia de vida humanas al tratar de averiguar sobre la historia humana mediante los libros, los que se encontrarían en perfectas condiciones debido a que solamente fueron exterminados los humanos al parecer de una manera biológica que no afecto a las materialidades de la cultura humana, se darían cuenta de que una las ideas más potentes que existía, al menos en la historia del siglo XIX en adelante, va a ser la de Nación. Sin embargo, aunque la Nación, o las naciones, sean constantemente nombradas en estos libros, no serian objeto de una definición que les permitiera a estos historiadores extraterrestres hacerse una idea cabal de lo que realmente era la Nación; solo sabrían que es importante pero no sabrían por qué⁴². Para complementar este ejemplo, Hobsbawm utilizaría una frase de Walter Bagehot, la cual condicionaría el entendimiento del concepto a gente que haya tenido algún tipo de contacto directo con la Nación; “Sabemos lo que es cuando no nos lo preguntáis, pero no podemos explicarlo ni

⁴¹ HOBBSAWM, Eric. *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona 1991. Editorial Crítica. Barcelona, España, 1991. p.13.

⁴² *Ibíd.* p. 9.

definirlo muy rápidamente”⁴³. Esta frase se condice con el énfasis que hace Hobsbawm con respecto a su libro antes citado donde plantea que aquel trabajo “no hace ninguna definición apriorística de lo que constituye una nación”⁴⁴. Solo plantearía, como único referente para darle un mínimo de acotación al concepto, que la nación “sea cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una ‘nación’”⁴⁵.

Con estas alusiones, Hobsbawm deja en claro que hasta el último cuarto del siglo XX, donde aparecerían estos trabajos que “ayudarían” a los “historiadores extraterrestres” a entender un poco la idea de Nación, las complejidades que va a tener el estudio de esta idea van a ser bastante serias, sobre todo si se tiene en cuenta que el autor de la frase antes citada, Bagehot, califica la historia del siglo XIX como la historia de la “construcción de las naciones”, lo que mostraría la paradoja del tema hasta aquellas fechas; a la idea de Nación, o a las naciones, se les daba una tribuna bastante importante en el ámbito historiográfico durante el siglo XIX y gran parte del XX, pero nunca fue objeto de un estudio serio y, sobretodo, desapasionado, lo que siempre redundo en concepciones fanáticas del nacionalismo y la Nación.

“ [...] a pesar de que los que pertenecen a ella dicen que en cierto modo es básica y fundamental para la existencia social de sus miembros, o incluso para su identificación individual, no es posible descubrir ningún criterio satisfactorio que permita decidir cuál de las numerosas colectividades humanas debería etiquetarse de esta manera [...]”⁴⁶.

Para Hobsbawm, distinguir a las naciones de otras colectividades mediante criterios objetivos, como lo sería la lengua y la etnicidad, historia común, territorio común, etc. ha sido bastante dificultoso puesto que estos mismos criterios han resultado ser bastante “borrosos, cambiantes y ambiguos. Una cuestión fundamental que para Hobsbawm tendría la idea de nación es que esta tendría como principio “que la unidad política y nacional debiera ser congruente. Es así como la nación es concebida como un principio político que comprende una ideología que tiene como único fin claro el desprenderse y diferenciarse

⁴³ BAGEHOT, Walter. En: HOBBSAWM, Eric. Op.cit. p.9.

⁴⁴ Ibíd. p.16.

⁴⁵ Ibíd. p.17.

⁴⁶ Ibíd. p.13.

políticamente de los regímenes dinásticos que gobernaron por cientos de años, aplicando una nueva concepción de la vida política de la sociedad, donde se dejaría atrás la sociedad estamental, que jerarquizaría tan marcadamente a las personas, y se aplicaría la condición de ciudadanos con igualdad de derechos a todos los habitantes que pertenezcan al territorio. Esta particular asociación entre política y nación tendría una relación inherente con la forma republicana de gobierno, donde las ideas liberales se situarían a una misma altura de las ideas nacionales, incluso se entrecruzarían. Esta serie de conceptos tendrían una matriz fundante que se podría avizorar a partir de la instauración y supremacía de la modernidad y no antes. Esto porque para Hobsbawm, “la característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad”, lo cual situaría su origen “exclusivamente a un periodo concreto y reciente desde el punto de vista histórico”⁴⁷, pese a que “el supuesto contrario”, el cual se podría asociar estrechamente a la idea popular de nación esbozada anteriormente, “que la identificación nacional es tan natural, primaria y permanente que precede a la historia”, es una cuestión bastante generalizada⁴⁸.

Además, la nación se podría considerar un agrupamiento político-social consistente “solo en la medida en que se refiere a cierta clase de Estado territorial moderno, el ‘estado-nación’”⁴⁹, lo cual reafirmaría tanto esta idea política de la nación como que la nación no sería una entidad primaria. Si bien de la época borbónica ya se hablaba de estado, Estado Monárquico, este no tendría la misma esencia del que se denomina moderno. Esto porque la figura del rey tendría una injerencia preponderante en su constitución ya que la sola presencia de este iría en contra de la constitución de un Estado de derecho de tipo republicano, donde todos los ciudadanos tendrían igualdad de condiciones políticas, judiciales, etc. En este Estado monárquico el rey estaría por sobre el Estado, siendo este el que construiría al Estado a su voluntad, ya que sería este el que concentre la legitimidad divina que es la fuente de su poder. Además, por su monopolización de los asuntos divinos, la iglesia tendría un poder ético muy fuerte en esta conformación del poder, ya que esta sería la que trasladaría esta voluntad divina al rey. Por otro lado, en un ámbito republicano sería el pueblo soberano la entidad que sería la fuente de legitimidad del poder del Estado,

⁴⁷ *Ibíd.* p.18.

⁴⁸ *Ibíd.* p.23.

⁴⁹ *Ibíd.* p.18.

el cual ejercería el poder en la práctica. A su vez, serían los gobernantes de turno los que administrarían el poder del Estado, los que serían los delegados del poder del Estado, siendo estos, en última instancia, los que lleven a cabo la voluntad de este pueblo soberano, voluntad que tendría como eje a la nación. Así la nación se constituiría como el bastión último de la legitimidad del poder. Sería en base a esta en que el pueblo soberano delinearía una voluntad que los gobernantes de turno debieran llevar a la práctica. Viéndolo de esa manera, en su rol, la nación se podría equiparar a la figura divina del rey en un Estado monárquico, ya que estaría representando al espíritu del poder regente, no obstante esta cuestión se tratará un poco más adelante. Sin embargo, esta visión basada en una espiritualidad comunitaria como base última de la conformación del estado-nación no sería apoyada por Hobsbawm, debido a que para el esto vendría a ser absolutamente lo contrario, ya que “Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés”⁵⁰.

Es por esto mismo que Hobsbawm también compartiría las ideas de Gellner con respecto a esta paradoja que se produce en la nación, ya que esta, más que ser un componente natural o inherente a la vida misma, sería producto de la intervención de un “elemento de artefacto, invención e ingeniería social”⁵¹. Esto daría una importante cabida a las ideas políticas dentro de las distintas construcciones nacionales en desmedro de esta condición natural que normalmente se le atribuye a la nación, puesto que serían determinados intereses políticos, por sobre cuestiones de tipo esenciales, los que estarían detrás de la conformación de una determinada nación. A este respecto, Hobsbawm citando a Gellner:

“Las naciones como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente...destino político, son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, a veces las inventa, y a menudo las destruye: eso es realidad”⁵².

En esta cita, queda claro que las naciones vendrían siendo construcciones hechas mucho más racionalmente que sentimentalmente como se pretende, ya que sería una estructura eminentemente política que adoptaría los valores del grupo que se está dando la tarea de construir a la nación, atendiendo solamente sus propios deseos y necesidades,

⁵⁰ *Ibíd.* p.18.

⁵¹ GELLNER. *En:* HOBSBAWM, Eric. *Op.cit.* p.18.

⁵² *Ibíd.* p.18.

dejando aquella premisa de horizontalidad solamente para los discursos políticos. Viendo así la nación, esta estaría mucho más cercana, en la práctica, a una sociedad estamental que a una democracia, puesto que el poder—social, político, económico, militar, etc.- seguiría estando concentrado en una pequeña minoría, por lo que muchos de los elementos constituyentes de la nación efectivamente habrían estado presente en ámbitos pre-modernos.

Junto con estos planteamientos de Erick Hobsbawm consideraré en esta investigación el gran trabajo de Benedict Anderson, “Comunidades Imaginadas”, el cual toca otros tópicos que le darían unos alcances que profundizarían el estudio de este tema, situando a este trabajo como indispensable para todo quien quiera adentrarse en el estudio de la nación. Asimismo, y de igual manera que lo haría Hobsbawm, Anderson destaca primeramente la dificultad inherente que ha tenido la idea de nación para los diversos investigadores de esta idea. A este respecto, Anderson plantea que: “La nación, la nacionalidad, el nacionalismo, son términos que han resultado notoriamente difíciles de definir, ya no digamos de analizar. En contraste con la influencia inmensa que el nacionalismo ha ejercido sobre el mundo moderno, una teoría verosímil acerca del nacionalismo es claramente escasa”⁵³.

Esta dificultad teórica que Anderson le asigna a la idea de nación ha ido progresivamente tomando más fuerza a medida que se fueron consolidando las naciones como sistema político por excelencia, ya que “desde la segunda Guerra Mundial, toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales”⁵⁴. Así, el problema de su definición teórica ha sido realzado a partir de la noción de que el nacionalismo tiene en la actualidad una legitimidad emocional muy profunda, lo que plantearía, al igual que Hobsbawm, que este vacío conceptual ha ido generando una paradoja en cuanto a este concepto tan universalmente reconocido. Es más, Anderson plantearía derechamente las paradojas con las que encontraría cualquier investigador que se adentre en el estudio de las naciones, los nacionalismos o la idea de nación. La primera de estas sería la planteada unas líneas antes, la que en palabras del autor: “El poder ‘político’ de los nacionalismos, frente a su pobreza y aun incoherencia filosófica”. Una segunda paradoja tendría relación con una

⁵³ ANDERSON, Benedict. Op.cit. p.19.

⁵⁴ *Ibíd.* p.18

idea ya bastante planteada:”la modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador, frente a su antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas”. Y por último, la tercera paradoja plantearía; “La universalidad formal de la nacionalidad como un concepto sociocultural, frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas”⁵⁵. Toda esta situación problemática del estudio de la nación se vería claramente ejemplificada cuando Anderson, con respecto a su libro, plantea que este trata de “llegar a una interpretación más satisfactoria de la anomalía del nacionalismo”⁵⁶.

Por otro lado, Benedict Anderson, adentrándose en la idea de nación, plantearía que esta, “al igual que el nacionalismo, (es) son artefactos culturales de una clase particular” y que en su estudio debe considerarse la manera de cómo han ido cambiando, mutando, tanto sus formas y significados como el porqué estos artefactos culturales han generado apegos tan profundos⁵⁷. Además, Anderson plantea, al igual que Hobsbawm, que estos artefactos fueron creados a fines del siglo XVIII, por lo que esta esencia moderna también estaría impregnada en las concepciones de Anderson. A esto agregaría que las naciones surgieron:

“[...] la destilación espontánea de un cruce complejo de fuerzas históricas discretas; pero que, una vez creados se volvieron ‘modulares’, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas [...]”⁵⁸.

Esta idea de ‘trasplante’ que plantea Anderson es sumamente atingente con el contexto latinoamericano en el cual Chile está inserto, debido, precisamente, a que la organización de tipo nacional fue un trasplante traído desde, principalmente, la conformación de Estado nacional ocasionada por la Revolución Francesa. Entonces, Chile fue uno de los países que importó este modelo para ponerlo en práctica en su propio contexto, el cual, para las elites, era el más idóneo.

Además de esta consideración del origen de las naciones expuesta en la cita anterior, y pese a los múltiples problemas que enfrenta el estudio de la nación, Anderson bosquejaría una definición más operativa de la nación, planteando a esta como “una comunidad política

⁵⁵ *Ibíd.* p.22.

⁵⁶ *Ibíd.* p.20-21.

⁵⁷ *Ibíd.* p.21.

⁵⁸ *Ibíd.* p.21.

imaginada como inherentemente limitada y soberana”⁵⁹. Esta sería la célebre definición de este autor, y demarcaría los principios esenciales que la nación tendría para él.

Anderson la catalogaría de imaginaria debido a que los miembros de la nación solamente imaginan a su comunidad, tanto territorial como socialmente, puesto que cada habitante solamente conocerá a una mínima porción de tanto las personas como del territorio incluido en la nación, debido a que las cantidades y las dimensiones, respectivamente, que están asociadas a la nación serían inabarcables para un habitante o grupo determinado. Para estos últimos, solo sería conocida una muy pequeña porción de tanto el territorio como de los habitantes. Así, la nación también se imaginaria; limitada debido a que estaría compuesta por límites, que puede que existan pero uno no conoce ni los conocerá a todos, que harán tangible a la nación; soberana porque dentro de la nación la legitimidad se encontraría en un pueblo soberano que gobernaría para sí a través de representantes elegidos por ellos mismos, en vez de ser regidos, verticalmente, por un rey que representa un orden divinamente ordenado, donde, precisamente, el sería el soberano. Y se imaginaria como comunidad debido a que “independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”⁶⁰.

Por otro lado, aunque parezca contradictorio con la teoría de la nación, en la práctica la nación ha tenido constantemente un conjunciones con lo religioso, pudiéndose apreciar en distintas formas e instancias, incluso ha estado presente desde el inicio mismo de la nación y, muchas veces, yuxtapuesto a sus símbolos. Incluso en la actualidad, por ejemplo, no es difícil encontrar banderas nacionales que tengan como uno de sus motivos algún símbolo que tenga algún perfil religioso de cualquier tipo, siendo, en varios casos, aquel motivo de carácter católico, el cual hace directamente referencia a la iglesia del mismo nombre. Al ser este motivo de carácter católico, aparte de cumplir una función meramente simbólica, estaría dando a conocer la importancia central que aun tendrían las ideas religiosas –la iglesia católica–dentro de una nación. Si bien esta importancia no estaría basada en una soberanía de la esfera política, tendría una injerencia valórica y ética que se

⁵⁹ *Ibíd.* p.23.

⁶⁰ *Ibíd.* p.25.

entrecruzaría con los poderes facticos en variadas oportunidades, incluso hasta nuestros días.

De esta manera, al igual que en la época de los reinos dinásticos, el poder político de una nación muchas veces buscaría una legitimidad dentro de los valores católicos, pese a que una de las consignas primordiales de las naciones, y con la que en la época de ruptura muchas veces los patriotas hicieron propaganda en contra de la monarquía, es que la soberanía reposaba en un pueblo soberano, el cual ya no era gobernado por un agente divinamente instaurado y superior a ellos como lo era el rey, sino que se autogobernaba mediante representantes que plasmarían la “voluntad del pueblo”. Esta íntima ligazón se daría por la influencia los regímenes anteriores: la comunidad religiosa y el reino dinástico.

Un aspecto fundamental que Anderson consideraría para la imposición y conformación de las naciones sería el aporte fundamental del capitalismo impreso en la distribución y estandarización de las ideas concernientes a la nación, ideas impregnadas de una simultaneidad, derivada de la producción a gran escala, indispensable para imaginar la nación. A partir del siglo XIX la imprenta logra un desarrollo de la reproducción mecánica que permite la propagación a gran escala de las distintas producciones editoriales, las que, como toda actividad capitalista, constantemente buscaron nuevos mercados para su diseminación. Para el fin concreto de vender grandes cantidades de productos, las editoriales comienzan a privilegiar los contenidos que acaparen los intereses de la mayor cantidad de población. Es así como el latín, al ser hablado por una pequeña cofradía de bilingües, comenzó progresivamente a quedarse atrás también en este terreno, lo que generó que la gran mayoría de las ediciones comenzaran a apuntar a las grandes mayorías parlantes de lenguas vernáculas, lo que fue potenciado por la escasez de dinero de la época, lo que obligo a las editoriales a crear ediciones sumamente baratas al alcance de la gran mayoría de la población. Además, Anderson plantearía que hay tres factores que reforzaron el impulso revolucionario de las lenguas vernáculas propiciado por el capitalismo. El primero de estos factores sería el cambio de carácter que habría sufrido el latín, el cual habría adquirido un esencia más esotérica y arcana, debido al uso que los humanistas le dieron por el estudio de la literatura antigua precristiana, lo que redundó en una concentración del

latín en pequeñas esferas y que este se alejaba cada vez más de la vida de la gran mayoría de la población.

El segundo de estos factores está directamente relacionado con la proliferación del capitalismo impreso, puesto que fue un factor fundamental para la implementación y expansión de la Reforma, la cual buscó confrontar el poder de la iglesia. A partir de que Martín Lutero difundió sus 95 tesis en idioma alemán, comienza a desarrollarse una guerra mediática entre la iglesia, que escribía en latín, y los protestantes, que escribían en lengua vernácula. Progresivamente las publicaciones de este último grupo irían ganando terreno, sobretodo mediante la figura de Lutero, teniendo una gran recepción, llegando a conformar, “por primera vez, una verdadera masa de lectores y una literatura popular al alcance de todos”⁶¹. De esta manera, esta confrontación se volvió rápidamente una “titánica batalla por la conciencia de los hombres”⁶², para lo cual el protestantismo se sirvió del capitalismo impreso para conseguir una gran ventaja, puesto que podían abarcar un gran mercado de ediciones en lenguas vernáculas. De esta manera:

“La coalición creada entre el protestantismo y el capitalismo impreso, que explotaba las ediciones populares baratas, creó rápidamente grandes grupos de lectores nuevos – sobre todo entre los comerciantes y las mujeres, que típicamente sabían poco o nada de latín- y al mismo tiempo los movilizó para fines político-religiosos”⁶³.

Esta movilización para fines políticos tendría una relación muy fuerte con la idea de nación, ya que de esta manera se podría formar una determinada conciencia nacional, la cual sería una base simbólica muy importante para la constitución de la nación. Además, esta relación del capitalismo impreso y la movilización política sería fundamental en los tiempos en que se quería destruir la legitimidad dinástica y se buscaba instaurar al estado nación, puesto que mucha de la acción política de los grupos pro emancipación se produjo a través de la propaganda que lograba difundir a través de este medio.

Un tercer factor fue la propagación de lenguas vernáculas como instrumentos de centralización administrativa, lo cual posibilitaría que ahora las autoridades se manejarían con la lengua hablada por la gran mayoría de las personas comunes y corrientes de un

⁶¹ *Ibíd.* p.66.

⁶² *Ibíd.* p.67.

⁶³ *Ibíd.* p.67.

determinado sector, lo cual, por un lado, le daba un impulso, por decirlo así, oficialista a una determinada lengua local, y por otro, haría una de las primeras conexiones entre distintos mundos sociales, cuestión fundamental para lo que después sería la idea de nación. Nada indicaría una ideología o de algún tipo de protonacionalismos que esté detrás de esta difusión de lenguas vernáculas como instrumentos de centralización administrativa. “La elección de la lengua es gradual, inconsciente, pragmática, por no decir aleatoria”⁶⁴. Esto se daría en una primera etapa de germinación del nacionalismo, puesto que en la etapa del siglo XIX ya la concepción de una determinada lengua respondía a fines ideológicos totalmente conscientes. Además, una lengua que tenga una difusión en este último tramo tendría como uno de sus principales fines su expansión para así incorporar a la mayor cantidad posible de personas a un determinado proyecto político de nación. Esto iría en contra de la difusión de lenguas vernáculas como instrumentos de centralización administrativa que se llevaría a cabo en el contexto temporal donde el capitalismo impreso le daría un “impulso revolucionario” a las lenguas vernáculas, las cuales, propiciaron, en gran parte, la conciencia nacional. Esto tendría su razón ya que estas “antiguas lenguas administrativas eran justamente eso: lenguas usadas por los funcionarios para su propia conveniencia interna. No había ninguna idea de imposición sistemática de la lengua a las diversas poblaciones sometidas de las dinastías”⁶⁵.

Es así como, para Anderson, estas lenguas vernáculas locales gradualmente mutarían en lenguas impresas, la que serían la base de la conciencia nacional en tres formas: a través de la imprenta se pudo crear un campo unificado para la comunicación que estaba por debajo del latín y por encima de una lengua meramente hablada, y que posibilitaría el abarcar a una mayor cantidad de población dentro de una determinada idea comunidad imaginada; el capitalismo impreso dio “una nueva fijeza al lenguaje” que posibilitó a crear esa “imagen de antigüedad tan fundamental para la idea subjetiva de nación”; y a través de la imprenta se crearon lenguajes de poder distintos a aquellas lenguas vernáculas administrativas, ya que estos vendrían de dialectos que tendrían más semejanza a la lengua impresa que otros⁶⁶. Así, a modo de resumen, Anderson, a partir de las ideas expuestas,

⁶⁴ *Ibíd.* p.70.

⁶⁵ *Ibíd.* p.70.

⁶⁶ *Ibíd.* p.74.

plantearía que “la convergencia del capitalismo y la tecnología impresa en la fatal diversidad del lenguaje humano hizo posible una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica preparó el escenario para la nación moderna”⁶⁷.

Estos serían los planteamientos que constituyen la base teórica/académica de la idea de nación que se quiere adoptar en este trabajo, los cuales tienen un reconocimiento que sobrepasa con mucho la realidad chilena y que plantearían las consideraciones con las cuales quiero abordar la nación, cuestión fundamental para ver la real dimensión que tiene la fiesta en la conformación de esta, y de qué manera la fiesta se relaciona con las concepciones fundamentales de la nación aquí expuestas.

⁶⁷ *Ibíd.* p.75.

CAPITULO III:

CONCEPCION EN EL SIGLO XIX

Durante la primera mitad del siglo XIX la ciudad de Concepción, y sobre todo sus alrededores, mantendrían una estructura eminentemente rural que relegaría a esferas muy reducidas tanto los espacios como una cultura propiamente urbana. El estilo de vida que predominaría en este sector sería prácticamente el mismo que se llevaba a cabo en la época colonial. Para el historiador oriundo de la zona Fernando Campos Harriet, “Concepción, en sus tres primeros siglos de existencia, no es sólo la pequeña ciudad fortificada, sino su extensa jurisdicción”⁶⁸. Otro historiador de la zona, Arnaldo Pacheco, también pondría acento en esta condición de conformación mutua de Concepción y la zona que lo rodea al plantear que:

“[...] la ciudad [de Concepción] no es solo el suelo urbano en que está emplazada, sino que es el producto de su relación con su medio más inmediato –lo que actualmente llamamos región-, de la cual depende de su interacción económica, ya sea agrícola, minera, industrial, etc. [...]”⁶⁹.

En buena medida, este predominio rural se debería a que gran parte de la economía de la zona estaría marcada por actividades que se asociaban más al campo que a la ciudad, siendo la agricultura la principal actividad económica de la zona durante mucho tiempo, lo que se evidenciaría con la gran producción de trigo: “He aquí [el trigo] lo que nuestra provincia produce con mas abundancia y aquello que, por decirlo así, es de exclusivo comercio de ella...la provincia de concepción y de Maule producen más trigo juntas, que toda la república”⁷⁰. Sería así como, aun en este periodo, en esta zona el sistema de haciendas tendría todavía una plena vigencia como ente central constitutivo de la vida de

⁶⁸ CAMPOS, Fernando. *Historia de Concepción: 1550-1988*. 2da edición, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1989. p. 21.

⁶⁹ PACHECO, Arnaldo. *Historia de Concepción Siglo XIX*. Numero 4 de Cuadernos del Biobío, Ediciones Universidad de Concepción. Concepción, Chile, 1996. p. 5.

⁷⁰ *La patria*. Concepción, 2 de agosto de 1845.

sus habitantes, debido a que, al igual que en los tiempos coloniales, sería el principal polo económico, laboral y social de la sociedad de la zona de Penco, especialmente para los sectores populares, que casi no tuvieron noción del cambio acaecido por la emancipación de la metrópoli.⁷¹

La condición de centro urbano de la ciudad de Concepción a principios del siglo XIX habría que hacerle una distinción, debido a que tanto la cantidad de habitantes, que solo bordeaba los ocho mil, como la infraestructura de los edificios de la ciudad, no estaban totalmente de acuerdo a esa condición. A este respecto, Arnaldo Pacheco diría que:

“La ciudad a comienzos del siglo XIX, y durante una parte importante de la centuria, la podemos identificar como una urbe colonial por las características que tiene su estructura urbana, en su alumbrado público, su policía, sus calles, la distribución del agua potable y la peculiaridad de los medios de transporte utilizados. Sin embargo, a mitad de siglo se esbozan los primeros cambios modernizadores para acentuarse nítidamente las transformaciones en sus últimas tres décadas. Al terminar esa centuria ya la ciudad había adquirido los rasgos definidos de una ciudad diferente, con servicios modernos y con una estructura de edificios céntricos que asemejaban los rasgos de otras orbes del mundo”⁷²

Ciñéndonos a esta cita, la ciudad no experimentaría cambios importantes hasta la mitad del siglo XIX, los que le darían una nueva cara, acorde a los impulsos modernizadores e ilustrados que comenzaban a imperar dentro de la elite penquista. En el último tercio del siglo XIX se daría curso a proyectos modernizadores como un nuevo alumbrado público, creación de un nuevo cuerpo de Bomberos, reparación y construcción de nuevas calles y edificios públicos, creación de paseos y plazas como las había en Santiago, modernización de servicios como un teléfono, agua potable, un ferrocarril y un puente sobre el Biobío⁷³. Es así como de la mano de los cambios económicos que se comienzan a gestar a partir de la década de 1840, el centro urbano de Concepción comienza un crecimiento demográfico considerable y constante, alcanzando 13.335 habitantes en 1854, 15.868 en 1865, 18.277 en 1875 y 39.475 en 1885⁷⁴.

⁷¹ LEON, Leonardo. *Reclutas forzados y desertores de la Patria: El bajo pueblo chileno en la Guerra de la independencia, 1810-1814*. Historia PUC [En Línea]. Vol. 35, Santiago 2002. p.252.

⁷² PACHECO, Arnaldo. Op.cit. p. 7.

⁷³ *Ibíd.* p. 9.

⁷⁴ *Ibíd.* p. 24.

No obstante, estos cambios no llegan en un principio, manteniendo a la ciudad con una forma colonial durante gran parte del siglo XIX pese a los deseos modernizadores de sus elites. Esto se puede apreciar claramente cuando Luis Ortega Martínez plantea que “Concepción, con 18.277 habitantes en 1875, era un pueblo grande, que solo lentamente se iba sacudiendo del legado colonial”⁷⁵. Por estos años, la ciudad era constantemente descrita por los periódicos de la época de una manera más bien peyorativa en cuanto a su nivel de modernidad, puesto que cuando se referían, por ejemplo, a sus calles estas eran “azotadas por el viento y el polvo durante la estación del verano, y en invierno, fangosas y con sus arterias saturadas por las aguas lluvias”⁷⁶. El diario *El Clamor del Sur*, quejándose por esto mismo ante el gobierno central, diría que:

“Concepción, esta bella provincia, dotada por la naturaleza de infinitos gérmenes de prosperidad y riqueza, se encuentra abatida, humillada, sin dar el menor paso hacia su civilización, sin desarrollarse siquiera, pues el gobierno, lejos de propender a su adelanto, lejos de pensar en los medios de hacerla producir todo aquello de que es capaz, sofoca su industria, la descuida sin conmiseración y le quita toda esperanza de adelantar”⁷⁷.

Esta situación fue una constante molestia para las elites y las autoridades de la época, principalmente ya que esta imagen cuestionaba el ideal de civilización que las elites querían para la ciudad. Esto porque las elites penquistas, al igual que el resto de las elites latinoamericanas, tendrían como eje de su desarrollo a los países desarrollados del hemisferio norte, y buscarían constantemente poder llevar a cabo los mismos proyectos que estas efectuaban en sus respectivos países, tanto a nivel económico, político como militar e ideológico. Sin embargo, y como fue una característica generalizada dentro del proyecto republicano nacional de la elite, esta no estaba dispuesta a llevar a cabo este ideal republicano si eso se traducía en que esta perdería su poder social, político o económico, o parte este, por lo que en muchos casos “opto” por mantener algunas estructuras tradicionales que eran características de la sociedad colonial para lograr este objetivo. Es por eso que en Concepción, como se dijo anteriormente, al ser una estructura eminentemente rural hasta el último cuarto del siglo XIX el predominio de la hacienda

⁷⁵ ORTEGA, Luis. *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2005. p. 140.

⁷⁶ PACHECO, Arnaldo. Op.cit. p. 10-11.

⁷⁷ *El Clamor del Sur*. viernes 6 de marzo de 1846.

como polo económico y social se mantuvo incuestionable, lo que afianzaría el poder que las elites detentaban en la colonia. Sin embargo, esta continuidad también traería aparejada toda esa cultura popular del campo que se forjó durante los casi trescientos años de predominio de la corona española, lo cual, en cierta medida, no sería el deseo de la elite ya que esto sería una de las principales dificultades para un disciplinamiento moderno de la capa popular. Sería en base a esta situación que los agentes populares seguirían inmersos en su propia cultura a pesar del “gran cambio” que significó la emancipación de la metrópoli, lo que los llevaría a seguir desarrollando cuestiones tan propias como las festividades que tan incorporadas tenían a través del profuso calendario festivo impuesto por la iglesia durante la época colonial. Esta cultura festiva inculcada en siglos de sometimiento al influjo divino de la iglesia sería un factor determinante en la vida de cada individuo popular, incluso en algunos de la elite, lo cual llevaría a esta cultura popular a superar los márgenes coloniales y establecerse dentro de la vida moderna del sujeto popular, constituyéndose también como un elemento central para estos, ahora dentro del nuevo contexto nacional. Para el sector popular, pues, la fiesta sería uno de los sistemas por el cual se les hizo posible conservar gran parte de su identidad a lo largo del tiempo permitiendo una resistencia al cambio que el influjo nacional tan fuertemente les exigió.

CAPITULO IV:

LA FIESTA Y LA CULTURA NACIONAL

La regeneración política que se comienza a gestar a partir de los sucesos concernientes a la Junta Nacional de Gobierno de 1810, fue el inicio de una serie de cambios que en una última instancia desembocarían en la constitución de la nación a través de la instauración de la república de ciudadanos. Este modelo estaría lleno de matices y contradicciones, principalmente en lo que se refiere a la instauración de una república “nueva”, debido a que este modelo nacional republicano chileno privilegiaría todos los aspectos que mantengan las estructuras de poder que existe hace siglos, pero de la forma que ahora una parte de la elite, y no el rey y sus representantes en América, sean los únicos detentadores del poder político. De esta manera, la construcción de la “nueva” república se daría básicamente por una combinación de continuidad de estructuras y por lo imitación de un sistema; el sistema nacional republicano proviene de las revoluciones francesa y estadounidense.

No obstante, este proyecto nacional –y cualquier otro- necesitaba particularidades que lo definieran como un ente único e irrepetible y que puedan proporcionarle una esencia propia para así, entre otras cosas, poder marcar diferencias con las demás entidades nacionales. Esta necesidad de un particularismo nacional tendría en la esfera cultural un carácter verdaderamente imperioso, ya que sería en esta, y no en otra esfera, donde se dan las más características diferencias nacionales. Es a partir de ciertos rasgos culturales donde se puede definir más claramente la cultura o la nacionalidad de tal o cual persona. Va a ser, pues, en la esfera cultural donde se da una verdadera problemática de construcción de la nación, puesto que en las demás esferas –político, militar, económico, religioso- serían copias y adaptaciones de estructuras e ideologías provenientes de elites burguesas mercantiles de Europa y los Estados Unidos. Sin embargo, y aunque era su deseo, la incorporación e inculcación de los valores burgueses provenientes de las potencias del hemisferio norte a una parte considerable de los habitantes del Chile de la primera mitad

del siglo XIX era absolutamente imposible, debido a que la elite local, que creía ser parte de estos valores, era ínfima en cuanto a cantidad, y no tenía los medios suficientes para poder implantar de buena forma estas ideas. A esto se sumaba que los sujetos populares, que si poseían una fuerte cultura propia que fue labrada por siglos de vida colonial, se hallaban en mucha más cantidad que los sectores de elite, haciendo bastante difícil un acercamiento a estas ideas burguesas de cultura, produciendo un constante enfrentamiento entre ambas, lo que marcaría tanto la constitución como las características de la posterior cultura nacional.

A lo largo de todo el periodo colonial, y como dije en el párrafo anterior, se desarrolló intensamente una cultura popular que tenía como procedencia a los sujetos populares peninsulares que poco a poco se iban sumando a las distintas expediciones que se fueron sucediendo desde la llegada de Cristóbal Colón a América. Estos sujetos siguieron desarrollando sus costumbres en el “nuevo mundo” tal como lo hacían hace mucho tiempo en toda la costa mediterránea, especialmente en España⁷⁸. A grandes rasgos, estas costumbres no sufrieron grandes modificaciones cuando se convirtieron en las costumbres propias de los sujetos populares del Chile colonial, especialmente si se miraba dentro del contexto del campo y sus costumbres. En las distintas zonas de lo que después se convertiría en el territorio de Chile, el que tendría un porcentaje de ruralidad infinitamente superior al urbano, se habrían encontrado las condiciones ideales para el desarrollo cultural del sector popular. Esta situación tendría una riqueza especial en la zona de estudio de este trabajo, ya que la dinámica campestre de Concepción y su entorno habrían permitido un desarrollo profuso de la cultura popular ya desde tiempos bien alejados en el tiempo, especialmente en cuanto a su dinámica festiva se refiere. Así, ya en momentos bastante tempranos como sería el siglo XVI se podía apreciar en esta zona uno de los elementos festivos más característicos de lo que a la postre sería la cultura popular, la chingana:

“[...] Las ramadas [de Concepción], que no son otra cosa que una chozas formadas de estacas con sus divisiones, paredes y techos de ramas de árboles o matas unidas, dándoles el tamaño y hechura del gusto e idea de su dueño, se colocan en una gran pradera que hay detrás del convento de la Merced, formando una calle bastante ancha

⁷⁸ SALINAS, Maximiliano. *La Fiesta: utopía, historia y derecho a la vida*. Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile. Revista de Historia Social y de las Mentalidades N° 7, Vol. 2. Santiago, Chile, 2003.

con dos líneas de chozas... En estas chozas o casitas guisan cuantas especies de aves se pueden hallar en el país, y en la calle del medio se ocupa con varias clases de juegos; y los vecinos de la Concepción, sin distinción alguna concurren desde la oración a dichas ramadas, y hasta la una o las dos de la madrugada, se pasean, bailan, juegan, y no repugnan en comer las clases de guisados que allí se hacen [...]"⁷⁹

La mayoría de los autores concuerdan en que el significado de la palabra chingana tiene que ver con el carácter de escondite que esta tendría⁸⁰. Esta etimología de la palabra diría mucho de la esencia popular, ya que respondería a necesidades que este sector se impuso resolver. Considerando la data de la cita recién expuesta, esta necesidad de escondite debe haber nacido en la condición peonal que los sujetos populares exhibían en el contexto de la colonia, lo que no les permitía tener momentos de distensión que puedan llevar a cabo tanto libre como públicamente. Solo sería en lugares escondidos como las chinganas donde estos sujetos podrían incurrir en una festividad un poco mas masiva que una mera ingesta solitaria de alcohol o algún tipo fiesta entre muy pocas personas, que se podrían haber llevado a cabo también escondiéndose en la inmensidad de la ruralidad predominante en las distintas zonas de Chile.

En los tiempos modernos, esta necesidad de esconderse se vería exacerbada, ya que desde el principio del periodo emancipatorio las nuevas autoridades realizaron una sistemática represión nunca antes vista de estas formas culturales, la cual se vio reflejada en sucesivos decretos emanados desde la autoridad. Esto se habría materializado de manera sumamente temprana "a través de los autoritarios bandos de O'Higgins. Uno de ellos, dictado el 12 de diciembre de 1818, estuvo dirigido a derribar las tradicionales ramadas"⁸¹. Otra forma que las elites tenían de coaccionar las diversiones populares fue a través de los discursos -que en varios casos serian los legitimadores de estos decretos- en los cuales se hacía referencia negativa o todas estas instancias de diversión popular, apelando principalmente a factores de tipo morales y económicos.

Así, bajo este contexto, la chingana adquirió una importancia aun mayor con respecto a la que tenía en los tiempos coloniales, convirtiéndose en un verdadero bastión de la

⁷⁹ PEREIRA, Eugenio *En:* PURCELL, Fernando. Op.cit. p.33.

⁸⁰ PURCELL, Fernando. Op.cit. p.33.

⁸¹ ILLANES, María Angélica. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. 1ª Edición, Santiago. LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2003. p.100.

cultura popular, logrando resistir los embates que constantemente sufriría de parte de las elites. A este respecto, Fernando Purcell Torreti diría que la chingana “fue la forma de diversión más importante para los estratos populares” en el siglo XIX. “Era vista”, continua este autor, “como un espacio propio, donde se podían desarrollar con relativa libertad los cánones de conducta y normas de sociabilidad del bajo pueblo”⁸².

Esta situación de represión y resistencia -que es una característica principal de la problemática de este trabajo- se daría con mayor fuerza desde la consumación de la independencia nacional y se prolongaría durante todo el siglo XIX -incluso mas-, ya que la elite rechazaría sistemáticamente estas formas de diversión por diversos aspectos, los que serían principalmente de carácter moral y económico-cultural. Sin embargo, conforme la elite comenzaba a sentir el vacío cultural presente en Chile, se comienza con un proceso que tendría como fin el control de las actividades festivas de los sectores populares que, si bien, en un principio pudo haber buscado el mero control de las actividades festivas de la plebe, especialmente las chinganas a través de los decretos antes mencionados, evidenciaría una cierta aceptación tacita de estas formas de diversión por parte de la elite, sobre todo si se toma en cuenta que si se hacen estos decretos, por muy censuradores que fueran, se institucionaliza de cierta manera aquellas actividades, por lo que dentro de un marco republicano estas adquirirían un cierto status de legitimidad.

En la zona de Concepción también se pudieron apreciar estos intentos normativos. En el departamento de Talcahuano en 1854, se confecciona un “proyecto de reglamento de diversiones publicas” que mediante la otorgación de patentes daba la venia para los distintos tipos de diversiones públicas. En su artículo 1 este proyecto planteaba que

“[...] ninguna casa de diversiones publicas podrá establecerse en el departamento de Talcahuano sin que su dueño o empresario obtenga previamente una patente de la clase que corresponda según este reglamento, bajo multa o prisión que en él se expresan [...]”⁸³.

En él se podían apreciar los valores para los distintos tipos de fondas según tuvieran bailes o venta de bebidas alcohólicas, o si prestaban algún tipo de diversión como lo serían las peleas de gallos o las lidias de toro, lo cual haría variar el precio de la patente. Una

⁸² PURCELL, Fernando. Op.cit. p.72.

⁸³ Archivo de la Intendencia de Concepción (En adelante AIC). Vol. 266 f. 267.

cuestión que llama la atención de aquel decreto, y que en esos tiempos parece haber sido común, era que, al contrario de nuestra época donde se pelea cada día de celebración de fiestas patrias, e incluso hay lugares donde se celebra el llamado 18 chico, las patentes se daban por tramos de tiempo que sobrepasaban por mucho la contingencia de las celebraciones patrias, dándose, como lo es en este caso, patentes que duraban el año completo. Así, en su artículo 3, este mismo proyecto diría que “las patentes para las diversiones publicas solo tendrán fuerza y valor hasta el 3 de diciembre de cada año, debiendo renovarse en los primeros ocho días del mes de enero”⁸⁴.

Esta última cuestión no solamente marca un factor cuantitativo al plantear la cantidad de días que podía funcionar una chingana, sino que indirectamente planteaba una realidad que se daba en aquella época; las chinganas funcionaban todo el año, evidenciando que estas eran una forma de diversión permanente de los sectores populares, contrariamente a lo que pasa actualmente, que se asocia la chingana –o fonda- solo con las celebraciones del 18 de Septiembre. Este desarrollo se daba debido a que las chinganas eran parte importante del desarrollo cultural festivo de la clase baja, y que al estar constituido por siglos de vida colonial, se podría considerar casi como un estilo de vida. Son ese tipo de continuidades, tanto la del desarrollo colonial como la continuidad anual de las chinganas en el siglo XIX, que marcaban la fuerza de esta cultura popular y de sus manifestaciones, y que llevaría al fracaso a todos los intentos de la elite por reducir las en un grado considerable, por lo que en un momento determinado, sea por distintas razones, la elite se vio en la obligación de dejarlas estar presente en la sociedad, aunque estas fueran abiertamente contrarias a los designios civilizatorios modernos que las elites seguían fanáticamente.

Sería así como las diversiones populares, al estar continuamente presente, poco a poco tendrían cada vez más espacio dentro de la sociedad chilena, llegando, a la larga, a formar parte importante de la nación. En un momento, esta incorporación festiva y cultural paso de ser una forma de cierto control de algo que supero el intento de las elites de eliminarlo por métodos represivos, y se convirtió en la categoría cultural necesaria para marcar aquel particularismo nacional que haría a cada nación un ente “especial” y único. Este carácter especial no se podía alcanzar mediante la mantención de cuestiones que

⁸⁴ AIC. Vol. 266 f. 267.

caracterizaron al régimen colonial, ya que las elites debían configurar la nación con elementos nuevos, que no sean los mismos que usaron las autoridades coloniales por trescientos años, ya que la idea era justamente apartarse de este para marcar bien la separación de la corona española. Tampoco se habría podido alcanzar a través de la cultura que la elite vencedora de la guerra de emancipación tenía por dogma, debido a que esta apuntaba a las elites burguesas del hemisferio norte, especialmente de Francia e Inglaterra, por lo que no tenía este toque especial y no contendría una esencia natural o tradicional que paradójicamente a caracterizado a la nación. Por esta razón, progresivamente los elementos de la cultura popular comienzan a tomar un cierto valor que sobrepasaría la esfera popular, debido a que estos si llevarían consigo una tradición necesaria para ser un componente legítimo que avale el proyecto nacional de la elite, transformándose, pese a la desidia de este grupo, en un elemento ahora necesario. Esta desidia, que en muchas oportunidades siguió manifestándose abiertamente como un rechazo, especialmente por los periódicos de la época, tendría como uno de sus principales destinos a la festividad.

La festividad tendría una importancia central dentro de los elementos de la cultura popular, debido a que sería uno de estos “moldes y practicas ancestrales” para introducir esos contenidos “nuevos” referentes a la nación. Sería en este contexto, de una cierta permisibilidad tacita por parte de las elites, donde la fiesta popular se comienza a relacionar con las festividades cívicas en honor a la patria, dando pie a al nacimiento de las formas “tradicionales” de celebración nacional que se mantienen hasta el día de hoy.

Esta relación tendría sus orígenes en el periodo que va desde 1810 a 1830 debido a la subsistencia que se da de las costumbres populares, ahora en un ámbito republicano, lo que debe haber sido un aliciente identitario muy importante para los sectores populares. Un factor que puede haber incidido en esta subsistencia tiene relación con lo conflictivo que fueron ambas décadas, ya que la primera fue toda la guerra de independencia y la segunda fue el conflicto intra-elites por el poder del naciente Estado, lo que habría imposibilitado a la elite conformar un aparataje represivo que realmente tenga alcances considerables en la coacción de las prácticas culturales, especialmente festivas, de los sectores populares, puesto que la mayoría de sus esfuerzos estaban abocados a alcanzar la victoria en ambos conflictos bélicos.

Así, según esta idea, cuando acaece la consolidación pelucona, donde las políticas portalianas de construcción de la nación aplicarían una muy fuerte represión hacia las formas culturales de los sectores populares, lo que quedaría claramente expresado en los decretos que prohibían tanto las chinganas⁸⁵ como la celebración del 12 de febrero⁸⁶, las costumbres de este sector se encuentran solidas, lo que determinaría su subsistencia pese a la coyuntura reaccionaria de la década de 1830, por lo que se podría decir que esta represión habría llegado un poco tarde. Sería acá donde comenzaría esta relación de la fiesta popular con las festividades cívicas, lo que progresivamente produciría una cooptación de estas formas populares por parte de las elites peluconas.

Este proceso reafirmaría aquella inherente contradicción que caracterizaría a la nación chilena, a la sazón el deseo político de establecer un régimen nuevo que rompa con el pasado, pero que, a la vez, sea avalado por una tradición fundamentada en este. Esto porque, a la larga, la apelación a los elementos culturales de los sectores populares por parte de la elite para incluirlos en el proyecto de nación, los cuales son producto de la sociedad colonial, no quedaría en una categoría meramente tacita, ya que en no mucho tiempo estos serían parte constituyente de la cultura nacional, pese al constante rechazo de estos elementos por parte de la elite. Este proceso de cooptación, a la larga, haría que estos elementos provenientes de los sectores populares derivaran en las formas que después serían las oficiales de celebración de las fiestas nacionales.

No obstante, y debido a su carácter eminentemente mercantil, la elite chilena que llevó a cabo el proyecto nacional republicano no tuvo dentro de sus primeras prioridades la constitución de una cultura nacional, debido a que este aspecto no fue un motivo central dentro de la emancipación de la corona, por lo que fue dejado para más tarde. Esto se vería más claro debido a que múltiples autores de distinta índole ideológica han recalcado que la elite criolla tenía muchas cosas en común con las elites peninsulares, por lo que el proceso emancipatorio no estuvo justificado por cuestiones como la lengua o ser culturalmente distintos. Esta última consideración tendría una justificación bastante innegable, ya que el sesgo cultural determinante en ambas esferas sería el carácter católico con que ambas concebían la estructuración socio-cultural de la sociedad, siendo más bien cuestiones

⁸⁵ BLDG. Libro I, núm. 24. p. 162-164.

⁸⁶ BLDG. 1830-1837. Febrero 8, 1837.

político-económicas las causas que tuvo la elite para aventurarse a una emancipación de la metrópoli. Sin embargo, una vez consolidada la independencia de la corona y tras haber conseguido estas aspiraciones político-económicas que llevaron a desarrollar la empresa emancipatoria, la elite se encontró con la necesidad de llevar a cabo una construcción de nación que justificara todos los discursos de igualdad con que se justificó el separarse de la corona española, que esta vez, incluya a la sociedad en su conjunto y no solamente a su propio sector. No obstante, la inclusión no sería con igualdad de derechos políticos, sino que más bien simbólica, que en este caso tendría una connotación cultural.

Es así como para la elite dirigente se hace imperioso construir una cultura nacional o “inventar una tradición” que permita por un lado, definir cuál sería la cultura que diferenciara a Chile de los demás países latinoamericanos y europeos, y por otro, hacer que los sectores populares se sientan parte integrante de la nación. Sin embargo, como se ha planteado antes, los elementos culturales a los cuales las elites responden serían una mezcla de la tradición colonial y las ideas ilustradas provenientes de los países europeos vanguardistas en este ámbito, lo que plantearía una problemática considerable; que el proyecto de nación de la elite no tendría una cultura nacional que la sustentase⁸⁷. A este respecto, el artículo de Karen Donoso Fritz “Fue famosa la Chingana...”. *Diversión popular y cultura nacional en Santiago de Chile, 1820-1840*, daría cuenta de manera excelente de esta situación, ya que, entre otras cosas, esta autora plantearía que esta situación de vacío cultural abarcaría no solo a la elite que constituye el Estado en la década de 1830, sino que a la elite chilena en su conjunto. Así, en palabras de esta autora:

“[...] si bien se pueden distinguir diferencias entre la mirada que la elite pelucona y la pipiola tienen sobre la cultura popular, el discurso nacional que proyectan ambos sectores no tiene una base cultural real que lo sustentase, pues la elite no ha sido capaz de construir una cultura propia que pueda identificar a esta naciente “nación chilena”, sino que sus formas artísticas y culturales provienen desde la imitación a los modelos europeos [...]”⁸⁸

Por estos motivos, la elite se mostró incapaz de crear esta cultura nacional desde su propia cosmovisión teniendo que acudir a los sectores populares para esta tarea, pese a que

⁸⁷ DONOSO, Karen. “Fue Famosa la Chingana”... *Diversión popular y cultura nacional en Santiago de Chile, 1820-1840*. Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile. Revista de Historia Social y de las Mentalidades N° XIII, Vol. 1. Santiago, Chile, 2009. p.89.

⁸⁸ *Ibíd.* p.90.

constantemente la elite criticaría estos elementos. Dentro de estos, uno de los más criticados van a ser las formas de diversión del mundo popular, las que serían parte constitutiva tanto de la cultura popular como de lo que después sería la cultura nacional, lo que seguiría la línea paradójica de la construcción de la nación chilena. Esta situación, en palabras de la misma autora:

“[...] el pueblo a pesar de las críticas que la elite le hace a las formas en que se divierte-, si posee expresiones culturales propias, que lo diferencian de otras naciones y que en el fondo, es capaz de otorgarle una base cultural al discurso nacional de la elite”⁸⁹

De esta manera, la elite, al no poder transformar al sector popular en base a elementos ilustrados ni a la represión, y al tener este vacío cultural que era necesario llenar para llevar a cabo la conformación de una cultura nacional, y por añadidura su proyecto de nación, se habría visto obligada en “incluir” dentro de la nación a las expresiones festivas del mundo popular. Como ya se ha planteado, esta acción sería bastante contraria a las consideraciones que la misma elite manifestaba con respecto a estos elementos, ya que estas formas de la cultura popular, para los ilustrados, eran “todo lo que estos quisieran ver superado, todo lo que viene a barrer la razón: superstición, ignorancia y turbulencia”⁹⁰.

Por otro lado, a partir de esta situación habría que matizar las condiciones de esta “inclusión” cultural, puesto que en esos momentos los sectores populares no son incluidos a la cultura de la elite, sino que son ellos los que aportarían su propia cultura a la nación, a la sazón una cultura que “continuó su desarrollo paralelo y transmitió una serie de valores más bien anclados en la tradición”⁹¹. Así, las formas nacionales que se conformarían serían exclusivas de los sectores populares. Sería así como:

“La cultura nacional, entonces, surgió no de una mezcla de la cultura de la elite y del pueblo, sino de una especie de intersección, donde ciertos elementos ideológicos de la elite y culturales del pueblo son utilizados para crear la “tradición nacional”, compuesta por instancias festivas, conmemoraciones de batallas y algunos elementos que se van incorporando como parte del patrimonio nacional”⁹².

⁸⁹ Ibíd. p.90.

⁹⁰ Ibíd. p.118.

⁹¹ Ibíd.

⁹² Ibíd. p.119.

Entonces, se podría decir que los sectores populares culturalmente no tuvieron, para nada, una conducta pasiva como si la tiene la elite al transitar entre lo ilustrado y lo popular para la conformación de la cultura nacional, llevando a conformar un cuerpo nacional con muchas inconsistencias y en el cual nunca se tuvo la intención de aplicar los designios republicanos de manera ortodoxa. Además, esta cuestión claramente afectaría la transformación del sujeto popular en un ente productivo de carácter moderno, debido a que tanto a nivel teórico como práctico el espíritu colonial no permitía un disciplinamiento acorde con los intereses de la elite, prolongando en gran medida muchos de estos aspectos “oscuros” que la elite decía querer combatir en nombre del progreso y dando cuenta del carácter improvisado que en muchos aspectos caracterizó la construcción de la nación en el Chile decimonónico. Para el caso de Perú, el trabajo de Rolando Rojas muestra como esta situación se dio en Perú y como cuando los elementos no pudieron ser reprimidos terminan siendo aceptados, siempre y cuando se les extirpe el potencial revolucionario que estas instancias contienen.⁹³

Esta paradoja de la cooptación de elementos de la cultura popular para convertirlos en la cultura nacional necesariamente se habría ido gestando en base a una mezcla entre, como se ha dicho, el deseo de no darle participación efectiva a los sectores populares y al fracaso que habría tenido la misma cultura de la elite dentro de la sociedad, incluso, en su propio sector. Esta última cuestión también abordada por Karen Donoso Fritz en su mismo artículo y es ejemplificada por el deseo de las elites, representadas en este caso por Andrés Bello, de establecer al teatro como una actividad que sea realizada por el conjunto de la población ya que este género sería una diversión que contendría los elementos ilustrados y morales necesarios para la construcción de una sociedad acorde a los cánones de las naciones que serían un “ejemplo en cuanto de civilización”, como lo serían Francia e Inglaterra. Aquí se muestra un aviso en el diario La Patria de Concepción en el cual se quiere atraer al público a estas costumbres ilustradas, en este caso una filarmónica:

“La nueva filarmónica es una empresa digna de recomendarse una invención candorosa y de muy felices resultados para nuestra amable juventud. Es sin duda la mejor escuela de urbanidad y donde el joven aprende precisamente a estimarse en lo que vale, a

⁹³ ROJAS, Rolando. Op.cit.

reconocer la importancia de una buena educación y el poderoso influjo que la virtud y las gracias ejercen en las almas nobles”⁹⁴

Sin embargo, esta empresa tuvo bastante poco éxito debido principalmente, una vez más, a la idiosincrasia arraigada desde la época colonial. A esto se sumaría que la temática que las autoridades habrían considerado dentro del teatro también tendría relación con los preceptos ideológicos que se querían establecer dentro de la población, dejando de lado contenidos “mágicos”, humorísticos o satíricos por concepciones más “realistas” y que ayuden a la corrección de ciertas costumbres. Además, la progresiva expansión de las chinganas dentro del ámbito urbano acapararía a gran parte del público, ávido de divertirse más que de presenciar espectáculos sublimes. Las chinganas demostrarían la preferencia que tendrían dentro de la población por sobre el teatro, acaparando a gentes de todos los sectores de la sociedad, incluso en las elites, lo cual sería una situación que horrorizaría a la elite cuando se comprobaba. La zona de Concepción no sería la excepción a esta situación, lo que se podría ver cuando un comerciante pide a la autoridad respectiva la extensión de su horario de fondas:

“Lorenzo Reyes vecino de esta ciudad ante Ud. paresco y digo que he abierto una fonda en esta ciudad en casa de la Sra. Doña Francisca Lermada. Las horas permitidas por la policía son los sábados hasta las doce de la noche, y los domingos hasta las diez. Si en el invierno en que abriese temprano no es esta perjudicial al establecimiento, en el verano en que las ocho son de día, me trae mucho perjuicio, porque en buenas palabras solo se viene a permitir en el domingo solamente una hora de despacho, si en que la gente empieza a reunirse una hora lo menos después de haber obscurecido. Yo espero que Ud. tomando en consideración estas razones, lo mismo que no admito ni despacho en mi fonda a peones y gañanes, sino solamente a gente decente, y muchas veces a la de primer orden de esta ciudad, se digne concederme el permiso de poder despachar los domingo que es cuando hay mas concurrencia, hasta las doce de la noche”⁹⁵.

En esta cita no solo se apreciaría la concurrencia de personas de “primer orden de esta ciudad”, sino que también rehusaría la entrada de “peones y gañanes”, mostrando claramente un deseo de la elite de participar de las formas populares de diversión pero sin tener contacto directo con estos sectores.

⁹⁴ *La Patria*. 2 de agosto de 1845.

⁹⁵ Archivo de la Municipalidad de Concepción (En adelante AMC). Vol. 6. f. 11.

Además, serían las mismas chinganas las que harían ese salto social pero a la inversa, ya que progresivamente ocuparían espacios dentro del teatro que la elite siempre había considerado para el disfrute y expansión de la alta cultura europea que tanto admiraban. Así, a través de la ejecución de cantos y bailes propios de la chingana, definitivamente se haría fracasar al teatro como ente propagador de ideas ilustradas al conjunto de la población. Este acaparamiento de los espacios de diversión de la elite por parte de la chingana, según Donoso, sería el inicio del ascenso de la cultura popular hacia la consolidación como cultura nacional en desmedro de las preferencias propagadas por las elites, las cuales no estarían en concordancia con el *ethos* de la gran mayoría de la población, al igual que todo el proyecto nacional de la elite.

Sin embargo, pese a estas concesiones y que elementos populares como la chingana o la zamacueca fueron llevados a ser expresiones principales de las festividades nacionales, este alzamiento de las distintas expresiones de diversión popular a la cultura nacional no estuvo exento de la discriminación y cuestionamiento de la elite, siendo "el espíritu festivo y caótico popular permanentemente castigado y reprimido"⁹⁶, manteniéndose en el tiempo tanto el desprecio por lo popular como el mirar a los países del hemisferio norte como modelo de desarrollo, provocando que las evocaciones a lo popular fueran realizadas solo en coyunturas específicas, las que tendrían relación principalmente con las fiestas patrias.

Precisamente con respecto a esta idea de la conformación nacional tanto 'desde arriba' como 'desde abajo', Erick Hobsbawm va a decir que las naciones son fenómenos duales, los cuales son ideados esencialmente desde arriba, pero que necesariamente se tienen también que considerarse desde abajo, ya que aunque la nación sea concebida como una ingeniería político-social, también parte importante de su conformación recae en "los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las personas normales y corrientes, que no son necesariamente nacionales y menos todavía nacionalistas"⁹⁷.

Desde esta consideración dual que hace Hobsbawm se puede desprender uno de los tantos elementos que hacen de la nación un elemento tan paradójico, con tantas

⁹⁶ DONOSO, Karen. Op.cit. p.119.

⁹⁷ HOBBSAWM, Eric. Op.cit. p.18-19.

inconsistencias y contradicciones. Esto porque por un lado se encontraría esta nación planteada desde arriba, la cual se basa en un sistema político-cívico, donde la ciudadanía generaría los derechos dentro de la república, y por otro estaría esta mirada desde abajo desde donde aparecerían muchos de los simbolismos culturales desde donde cada nación marca su especificidad, tal como ocurriría en este caso. También desde esta mirada desde abajo es donde la fiesta encontraría el caldo de cultivo para ser este agente nacional tan importante, ya que, como se ha expuesto, para el bajo pueblo esta es un elemento tradicional. Estas dos miradas, sin embargo, en muchas ocasiones se encontrarían en oposición y en abierto rechazo de una sobre la otra, especialmente desde la elite hacia el mundo popular.

A partir de esta dualidad, Hobsbawm, en contraposición a las ideas rígidas y totalitarias que usualmente acompañan a la nación, plantea una cierta flexibilidad en variados ámbitos, lo que posibilitaría que una determinada nación pueda tener ciertas particularidades relacionadas con la dinámica que cada una posea. De esta manera, la nación, o la identificación nacional, tendrían cambios, evolucionarían si se quiere. Incluso, estos cambios se podrían dar en el transcurso de períodos bastante breves, como fue el proceso de cooptación iniciado notoriamente en la etapa pelucona.

En suma, va a ser solo a partir de la cooptación de algunos de los elementos de la cultura popular por parte de las elites, que en la práctica sería parte fundamental de la construcción de la nación misma, cuando comenzaría el proceso de construcción de una cultura propiamente nacional, proceso que a la larga situaría a esta cultura popular como la propiamente cultura nacional. Esto porque a partir de la década de 1820 la elite comenzaría un acelerado proceso de “europeización”, lo que agrandaría este vacío cultural-nacional. Esta “europeización” evidenciaría, aun más, que este grupo carece de una “sedimentación cultural tradicional” con lo cual pueda esbozar algún tipo de discurso nacional identitario. Por otro lado, los sectores populares son los que si tenían formas culturales propias, “fuertemente arraigadas en la tradición y originales (distintivas de otras naciones)”, donde las chinganas eran claro ejemplo de la expresión popular, llegando estas incluso a constituirse como las formas de festividad principales dentro de un hito tan significativo para las elites como lo era el 18 de septiembre. Para el historiador inglés Simón Collier,

este proceso de cooptación cultural era una realidad, puesto que “la actitud evidentemente indulgente del gobierno hacia el 18 puede ser interpretada ciertamente como parte del reforzamiento de una tradición inventada. “Sin importar los excesos con el alcohol”, continua este autor, “el feriado fue cada año el foco de la retorica patriótica por lo que los periódicos raramente dejaron de conmemorar el aniversario con editoriales apropiadas o incluso con números especiales”⁹⁸. Así, muchas veces la autoridad habría hecho la vista gorda en ciertos momentos tempranos de la conformación de esta cultura nacional, incluso con un tema tan sensible como lo era la ingesta de alcohol, que muchas veces provocaba grandes problemas a una concepción ideológica tan fuerte que tenía la elite como era la noción de orden, cuestión que abordaremos en un apartado posterior.⁹⁹

⁹⁸ COLLIER, Simon. *La construcción de una Republica 1830-1865. Política e ideas*. 1ª Edición, Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 2005. p.83.

⁹⁹ Contrariando un poco las ideas expuestas, Ana María Stuvén plantearía que la elite formaría una cultura propia a partir de la constitución de un espacio público donde se debatirían las ideas ilustradas, con la consecuencia de que se formaría una opinión pública que sería el caldo de cultivo para que se formara la cultura local mediante la polemización de las ideas. Para esto, habrían sido fundamentales ciertas contingencias positivas para la elite que se dieron en la década de 1840, como lo era la consolidación del estado y la bonanza económica propiciada por la minería, siendo este un momento fundante de la identidad chilena. Sin embargo, esta forma cultural no era la que le iba a permitir al proyecto de nación de la elite tener una identidad nacional única y diferenciadora con respecto a otras naciones. Esta apreciación de la formación de la cultura chilena parece haberse producido en un espacio bastante acotado, debido a que los únicos que podían relacionarse en base a ideas ilustradas serían las elites, que serían los que “contaban con acceso a la educación y a la práctica en la tribuna pública”. En STUVÉN, Ana María. *La Seducción de un Orden; Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 2000. p.21.

CAPITULO V:

FIESTA Y SENTIMIENTO NACIONAL

Para buena parte de la historiografía que ha tocado el tema de conformación de la nación en Chile y en otros países, Chile se habría consolidado rápidamente como Estadonación y no habría tenido las graves disputas que habrían caracterizado este proceso en buena parte de los países de la región. Una de las principales razones por las que se habría dado esta situación sería que se habría desarrollado tempranamente, incluso mucho antes de 1810, un fuerte sentimiento nacional. Incluso Simón Collier, que no pertenece a la facción tradicional de la historiografía, plantearía con mucha seguridad que los sentimientos nacionales “crecieron espontáneamente contruidos sobre el sentimiento de comunidad que ya se había creado en Chile producto del largo aislamiento en el periodo colonial”¹⁰⁰, lo que reforzaría aquella tesis tradicional.

No obstante, este mismo autor diría que “los gobiernos inmediatamente post-revolucionarios estuvieron consientes de la necesidad de promover un espíritu nacional apropiado”, pero no habrían hecho “esfuerzos supra humanos para patrocinar la ‘invención’ de la tradición nacional”¹⁰¹. Quedaría a la vista, pues, una contradicción evidente en estas citas, ya que resultaría eliminada aquella espontaneidad del sentimiento nacional al decir que las autoridades promovían este “espíritu nacional”. Además, reforzando esta contradicción, Collier diría que “es casi imposible afirmar cuán lejos se esparció un genuino sentimiento de nacionalidad o chilenidad a través de la población”¹⁰², lo que no solamente refutaría esta idea de espontaneidad del sentimiento nacional, sino que de hecho pondría en duda la existencia misma de este sentimiento dentro de los habitantes de Chile. Sin embargo, “no debemos”, continuando con este autor, “asumir fácilmente que la conciencia de afiliación a la nación no existía, aunque esta haya sido vaga”¹⁰³.

¹⁰⁰ COLLIER, Simon. Op.cit. p.79.

¹⁰¹ *Ibíd.* p.79.

¹⁰² *Ibíd.* p.78.

¹⁰³ *Ibíd.* p.78.

Así, este supuesto y fervoroso sentir nacional, que naturalmente se habría configurado en los tiempos coloniales y que espontáneamente emergería en la gesta emancipadora, no se habría dado de manera tan general como siempre se ha dicho, por lo que debe haber tenido un marco de acción efectivo bastante más acotado que el que pretendidamente se le daba. Este marco sería el de las elites separatistas. Este grupo, que era una parte del total de la elite, la cual ya era bastante reducida con respecto al total de la sociedad, fue el que efectivamente se podría comprobar como portador de este sentimiento o idea nacional, dejando con una gran incógnita en cuanto a la “militancia” a este respecto de la gran mayoría de la población. Es así como en el conflicto independentista “el protagonismo fue asumido por el mundo criollo, lo cual permite definir el proceso independentista americano como ‘excluyente’: fue la elite dirigente la que impulso el movimiento emancipador, pues de ella surgieron los principales artífices y mentores de la revolución”¹⁰⁴. Sin embargo, no se podría obviar, con todos los antecedentes que se tienen ahora a la mano, que esta idea o sentimiento nacional podría haber sido instrumentalizado políticamente por este grupo para fines mas propagandísticos y programáticos, que tendrían relación con la legitimidad política que este grupo quería obtener para todas sus acciones conducentes a llevar a cabo la llamada regeneración política, con lo que, para este grupo, cabría mas la connotación de idea que de sentimiento nacional.

Entonces, ya que esta idea romántica de la existencia natural del sentimiento nacional parece bastante poco factible, ¿qué otras cuestiones podrían haber “concientizado” a la población?

Para el grupo que quería llevar a cabo el proyecto nacional la adhesión a las ideas nacionales se habría dado a través de las formas ilustradas provenientes de los países del hemisferio Norte, las que Simon Collier habría llamado “formas fuertes”. Así, en palabras de este autor: “la forma ‘fuerte’ fue sentida más comúnmente por personas educadas y letradas, para quienes la conciencia nacional vino a estar disponible con la expansión gradual del ‘capitalismo impreso’ que fue vital (como sugiere Benedict Anderson) para la difusión del capitalismo moderno”¹⁰⁵. Esta cuestión estaría en concordancia con la idea de Hobsbawm que se refiere que la nación tiene su origen y consolidación en un contexto

¹⁰⁴ PERALTA, Paulina. Op.cit. p.33.

¹⁰⁵ COLLIER, Simon. Op.cit. p.78.

moderno, porque la nación no solo respondería a cuestiones políticas, sociales, sentimentales o culturales, sino que también el factor tecnológico-económico tendría una injerencia determinante para la conformación y el desarrollo de una nación, por lo que sería imprescindible el estar en un mínimo estadio de desarrollo tecnológico para conformar una nación.¹⁰⁶

Sin embargo, estas “formas fuertes” tendrían un alcance limitadísimo en Chile durante la primera mitad del siglo XIX, sobre todo si se toma en cuenta que diversos estudios que hacia 1854 el porcentaje de analfabetismo en Chile llegaba al 86,5 por ciento.¹⁰⁷ Si esto se daba en Santiago, aquella situación se vería acentuada en zonas como Concepción, debido a su condición eminentemente rural que no contaba con la cantidad de instituciones de este tipo como si contaba la capital.

Dentro de estas “formas fuertes” la educación sería una de las principales formas de incorporarse a los proyectos nacionales que se estaban dando, debido a que a través de esta se adquirirían las “virtudes” que permitirán dejar atrás el oscuro pasado colonial. Sin embargo, y como se planteó en el párrafo anterior, también esta habría tenido un alcance bastante limitado tanto por existir muy pocas escuelas como por ser estas destinadas exclusivamente a los hijos de las familias de la elite. Como ejemplo de esto, “fue la fundación de un Instituto al que no por casualidad se otorgo la denominación de ‘Nacional’, pero cuya acción no se iba a hacer efectiva entre los sectores plebeyos”¹⁰⁸. Además, junto con esta limitación, otra cuestión por la cual la escuela no sería un vehículo importante de transmisión de valores nacionales durante el periodo consistiría en “que los textos de historia patriótica para las escuelas, que además fueran escritos por autores chilenos, no estuvieron disponibles mucho antes de los años sesenta”¹⁰⁹.

Incluso cuando la posibilidad de acceder a los estudios primarios por parte de niños de los sectores populares se concretaba, los factores socioeconómicos seguían siendo una cuestión imponderable. Esta situación se podría percibir en las distintas escuelas

¹⁰⁶ HOBSBAWM, Eric. Op.cit. p.18.

¹⁰⁷ Información extraída en http://www.profesorenlinea.cl/chilehistoria/Clase_Media_Chile.html).

¹⁰⁸ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. *¿Chilenos Todos? La Construcción Social de la Nación (1810-1840)*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2009. p. 51.

¹⁰⁹ COLLIER, Simón. Op.cit. p.78.

“filantrópicas”, que más bien eran de caridad, que se fueron instalando en Concepción a medida que avanzaba el siglo XIX. Así, en carta escrita en Concepción el 16 de agosto de 1838, el encargado de uno de estos establecimientos, pidiendo colaboración, se dirigía a la autoridad municipal:

“Entre los muchos niños que concurren al establecimiento de la enseñanza primaria que esta bajo la dirección del que suscribe, se hallan algunos, y que con el tiempo pueden ser los más, que solo aprenden la lectura, sin que sus proporciones alcanzan a facultarles la adquisición de la escritura: y cuando con sacrificio de sus padres han podido entrar en este ramo de enseñanza no logran la instrucción en las reglas de la aritmética porque teniendo que emprender mayores gastos en la formación de los cuadernos que debían llevar, o pizarra que debían traer, su escases les impide el prevenirse de estas, y le sirve de estorbo para seguir adelante”¹¹⁰.

Seria de esta manera que el sistema educacional destinado tanto a la alfabetización de la sociedad como a la inculcación de valores nacionales no tendría en el periodo abarcado una solidez estructural que permita un alcance general, por lo que los resultados serian sumamente modestos. Bajo esta forma, resultados positivos se verán no en años o en décadas, sino en generaciones completas, las que, de una u otra forma, ya estarían imbuidas dentro del sentimiento nacional.

Siguiendo con estas “formas fuertes”, la prensa también tuvo una importante participación ideológica y propagandística en cuanto a la idea de nación, tanto en lo que se refiere a la gesta emancipadora como a las guerras interinas de la elite. No obstante, el analfabetismo general de la población no habría dado pie para una expansión de la idea por este medio, a lo que se sumaría, por un lado, que los periódicos serian más bien las representaciones ideológico-política de las distintas facciones de las elites, las que querían la adherencia de la opinión pública a través de este medio, y por otro, que la presencia de la imprenta no era generalizada dentro del Chile de la época, lo que no habría permitido que se abarque cabalmente gran parte de la población. Tampoco el teatro, como lo mencioné en el capítulo anterior, fue una vehículo de expansión de una idea nacional debido, por una parte, a su restringido público, y por otra, a que “las cerca de mil cien producciones en escenarios chilenos entre 1830 y 1850, no más de dos o tres estuvieron dedicadas a temas

¹¹⁰ AMC. Vol. 6. f.17.

nacionales”¹¹¹. Por último, tampoco la poesía popular pudo haber realizado esta tarea debido a que tuvo un tardío desarrollo a través de la imprenta como motivaciones nacionales¹¹². De esta forma, todas estas formas ilustradas estarían en plena concordancia con la secuencia que plantea Hobsbawm para la expansión de la conciencia nacional, puesto que independiente de la naturaleza de los primeros grupos que capte, tendría como últimos destinatarios a las masas populares, como lo serian trabajadores, sirvientes y campesinos,¹¹³ lo que aplicaría, por lo menos en una primera instancia, jerárquicamente la dualidad expuesta en el capítulo anterior.

De esta manera, tanto aquel sentimiento intrínseco como aquellas “formas fuertes” más bien serian formas utópicas por donde se expandió el sentimiento o la idea nacional. No obstante, habría que hacer la salvedad que este sentimiento intrínseco podría tener una semejanza con lo que Erick Hobsbawm llamaba protonacionalismo popular, el cual tendría relación con elementos constituyentes (pre)existente en ámbitos premodernos que terminaron conformando a las naciones, aunque esto no se podría generalizar en el cien por ciento de los casos. En muchas situaciones, estos protonacionalismos terminarían siendo cooptados por los movimientos nacionalistas para convertirse en un sustento para un proyecto elitario de carácter nacional, precisamente porque estos protonacionalismos traerían aparejado un componente popular-histórico, una tradición que sería un rasgo identificador muy fuerte de las clases populares, que encerraría un cultura que jamás fue vista como tal por parte de las elites.¹¹⁴ Sin embargo, en este trabajo no vamos a considerar esta opción por la ambigüedad que puede caer tal término, sobre todo si se considera, como acá lo hago, la modernidad inherente de la nación.

Por otro lado, las mencionadas formas ilustradas de expansión del sentimiento nacional, no deben a haber dado a basto por encontrarse en una situación bastante arcaica para la misión que se requería llevar a cabo. A un nivel nacional, estas instituciones no tendrían una capacidad de expansión de la idea nacional hasta llegado el siglo XX tanto por el volumen institucional de propagar esta idea como por la capacidad de receptividad que

¹¹¹ COLLIER, Simón. Op.cit. p.79.

¹¹² *Ibíd.* p.79

¹¹³ HOBSBAWM, Eric. Op.cit. p.20.

¹¹⁴ *Ibíd.* p.55.

tendría los sectores populares para que esta inculcación tuviera efecto. Es por esto que la forma de llevar a cabo tanto una forma de expansión de un sentimiento nacional a las masas populares como un cohesionador transversal de la sociedad con respecto a este sentimiento difícilmente pudo llevarse a cabo con estas instituciones liberales como agentes. Con respecto a esta situación, Julio Pinto plantearía que:

“[...] la seducción de las masas populares debió fundarse en prácticas simbólicas de efecto más inmediato, y por necesidad no muy diferentes de las que la tradición colonial había consagrado a lo largo de dos siglos y medio. Una de ellas fue la celebración de ceremonias y festejos que contribuyeran a grabar en la retina pública la trascendencia de los hitos que iban definiendo la nueva institucionalidad [...]”¹¹⁵.

Junto con lo anterior, el fragor de las guerras y la necesidad imperiosa de “carne de cañón” que durante dos décadas tuvo la elite, la llevo a considerar otros medios para la incorporación e identificación de los sectores populares con la causa nacional, los cuales debían, por sobre todo, ser rápidos en su consumación. Así, dentro de este contexto, la autoridad comenzaría a utilizar formas más apegadas a lo sensorial “propias de la cultura barroca”, que imperaban en el mundo colonial y que estos sectores seguían teniendo como bastiones estructurales.

Es así como la fiesta, la celebración y los distintos ritos y ceremoniales que estaban tan compenetrados en la vida del sector popular, y que eran tan detestados por las elites, comienzan a ser la conexión que el grupo dirigente encontraría para la incorporación de la clase baja a su proyecto nacional. Así, junto con las (da mata) ceremonias que la elite realizaba, se comenzarían a incluir las formas festivas del sector popular. La autoridad, como se planteo en el capítulo anterior, comenzó a hacer ciertas concesiones para estas formas festivas. Sistemáticamente, siempre y cuando estas estén confluidas dentro de celebraciones nacionales como el 18 de septiembre, la autoridad “optaba por tolerar, permitir, y aun estimular el tipo de expresiones festivas que en cualquier otro momento...habrían sido reprimidas por bárbaras y conducentes al desorden”¹¹⁶. Esta situación sería descrita por Julio Pinto de la forma siguiente:

¹¹⁵ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p. 51.

¹¹⁶ *Ibíd.* p204-205.

“Así, junto a las procesiones, los desfiles, las misas solemnes y los himnos, y bajo el fulgor de las luminarias y los fuegos artificiales, proliferaron también en las fiestas cívicas las ramadas y tumultos en que el pueblo comía, bebía, bailaba y se divertía. Las mismas conductas que el discurso ilustrado se complacía normalmente en estigmatizar florecían aquí en la mayor de las libertades, y eran incluso estimuladas como una manifestación de una sana alegría patriótica...convergián en ellas patricios y plebeyos, hombres y mujeres (y niños), barbaros y civilizados, todos en una gran explosión comunitaria que, al menos mientras duraban, hacia menos difícil creer que efectivamente se compartía una causa y una identidad común: la de ser chilenos”¹¹⁷.

De esta manera, se comenzaba a conformar una dualidad que Roberto Da Matta plantea en su citada obra, donde existirían, por un lado, expresiones formales, que serían las solemnidades estructuradas por la elite, las que poseerían un “mínimo de división interna y donde la estructura jerarquizante aparece de modo manifiesto”. Por otro lado estarían las informales, las que, en el caso chileno, tendrían que ver con las chinganas y toda la festividad popular, y estarían basadas “en la idea de espontaneidad, en la despersonalización o la descentralización y el bloqueo de la jerarquía”, siendo ambas polos extremos de un *continuum*.¹¹⁸

El festejar hitos fue una cuestión bastante temprana en Chile, ya que comenzó al otro día de la conformación de la Junta gubernamental en 1810. Luego, en 1811, se celebró la supresión del motín de Tomas de Figueroa, que dicho sea de paso era domingo de ramos, y la inauguración de primer congreso nacional. Incluso ese mismo año, un militar como José Miguel Carrera, que por esa condición debe haber tenido a la disciplina como un valor fundamental, celebró la disolución del Congreso a unos cuantos meses de haberse abierto, de la misma forma como se realizaban las sucesiones reales en la colonia. También en 1812, 1813 y 1814 se celebraron los aniversarios de la conformación de la Junta de Gobierno. El primero de ellos, el cual también le toco presidir al General Carrera, fue con una fanfarria similar, pero los dos últimos no tanto al estar en situación de conflicto bélico, lo que no impidió, y eso es lo importante, el que se disponga una celebración por parte de las autoridades. Sin embargo, en esta primera instancia celebrativa, los sectores populares no fueron incorporados en ningún caso, siendo observadores lejanos de los sucesos acaecidos, por lo que estas celebraciones habrían tenido un carácter de legitimación de los

¹¹⁷ *Ibíd.* p.205.

¹¹⁸ DA MATTA, Roberto. *Carnavales, malandros y héroes; Hacia una sociología del dilema brasileño*. Fondo de Cultura Económica, México D.F. 2002. p.58.

hechos acaecidos al igual como lo llevaba a cabo la autoridad colonial. También las autoridades republicanas apelarían a símbolos tangibles para la “seducción de las masas” como lo serían la bandera, la escarapela, el himno nacional y, aunque no sea material, a la figura de caudillos o héroes que progresivamente iría proporcionando la batalla por el poder.

Estos hitos recién nombrados, y todos estos eventos que estén patrocinados por la autoridad, tendrán un tipo de celebración sumamente planificada siendo cuidadosamente diseñados, porque estos no serían realizados para una simple celebración, o para tener un momento de esparcimiento o de relajación, sino que tendrán un fin claro que sería tanto la legitimidad como la perpetuidad de aquella conformación de poder. “Hasta en el propio carnaval”, plantearía Da Matta para el caso brasileño, “que...es un ‘rito sin dueño’ (un festival con múltiples planos), observamos quien está más cerca de sus centros”¹¹⁹. Estos rituales ordenados tendrían directa relación con las solemnidades que se hacían en la época colonial para la consagración del rey o para los detentadores de su autoridad en América. Esta relación -o más bien continuidad- festiva entre las fiestas de la corona con las fiestas cívicas estarían de acuerdo con la gesta emancipatoria en sí misma, puesto que seguirían manteniendo el orden social existente. Esta planificación también significaría, como lo muestra extensamente Paulina Peralta en su trabajo presentado en el primer apartado, la carga simbólica que se le ha querido dar a cada hecho que ha tenido una reproducción ritual, lo cual muchas veces quedaba indefinida o estaba sometida a diversos cambios, principalmente por legitimaciones políticas. Este problema de significaciones ha sido profundamente tratado, como se mostro en el primer apartado también, por María José Garrido, la cual, ejemplificaría esto para el caso mexicano:

“[...] a estos debía añadirse el 17 de septiembre, en que habrá de celebrarse todas del Imperio un aniversario por las víctimas de la patria. Esta ceremonia, como señalamos, ya había sido incluida en el calendario, la diferencia es que ahora confirmaron su significado: debía hacerse para honrar a los caídos en la guerra, a los insurgentes [...]”¹²⁰

¹¹⁹ *Ibíd.* p.44.

¹²⁰ GARRIDO, María José. *Op.cit.* p. 152.

Esta planificación meticulosa de la fiesta o ritual de la elite contrastaría fuertemente con el sentido de espontaneidad que las fiestas populares tendrían, lo que haría que esencialmente fueran completamente distintas, principalmente por los fines, ya sean consientes o inconscientes, que cada grupo perseguía en estos espacios. Para los sujetos populares la fiesta, o más bien la sociabilidad festiva, era una cuestión ligada continuamente a la vida, ocurriendo cuando sucede una “dramatización” manifiesta de cierto evento o acto. Esta dramatización, según las ideas de Da Matta, haría que ciertos eventos cotidianos, comunes o intrascendentes adquirieran una importancia que los eleve a una categoría superior. Este cambio podría convertir algo “natural” en algo “social” y así repercute en toda una comunidad o grupo¹²¹. En palabras del autor:

“Por ello, el ritual tiene como rasgo distintivo la dramatización, es decir, la condensación de algún aspecto, elemento o relación, enfocado, destacado, como sucede en los desfiles carnavalescos y en las procesiones, donde ciertas figuras se individualizan y adquieren así un nuevo significado, insospechado anteriormente, cuando solo eran partes de situaciones, relaciones y contextos de lo cotidiano”¹²²

Es así como un sujeto popular un día cualquiera, es decir oficialmente no dramatizado, podía crearse un espacio festivo, es decir dramatizado, como lo sería el presente en una chingana, y, valga la redundancia, festejar. A lo mejor esta dramatización no era unívocamente constituida como lo plantea la constitución rígida de los rituales de la elite, a tampoco se daría necesariamente en que uno se imaginaria una fiesta, con alboroto ruido y cosas afines, sino que también podría ser un momento de relajación, de reflexión, de escuchar o de cualquiera forma que el sujeto ande buscando porque, como plantea Fernando Purcell, la fiesta se adaptaría a los requerimientos de los distintos sujetos que la requieren, por lo que no tendría una esencia unívoca. Esto, en palabras de este autor:

“Lo particular de la fiesta, la diversión y el juego está dado por el conjunto de significados y actitudes que se producen en torno a ellos. Los criterios de significación respecto a estos fenómenos varían según el lugar, la época, los participantes y muchos otros factores, por lo que no podemos dar un sentido total y único a este tipo de expresiones”¹²³.

¹²¹ DA MATTA, Roberto. Op.cit. p. 48.

¹²² Ibíd. p.48.

¹²³ PURCELL, Fernando. Op.cit. p.19.

Esta espiritualidad de la fiesta, que podría responder a requerimientos que podrían ser tanto grupales como individuales, se comprendería desde el contexto de formación de esta y, como plantea Da Matta, tomando en cuenta tanto “el mundo cotidiano y las fiestas; la rutina y el ritual; la vida y el sueño; el personaje real y el paradigmático”¹²⁴.

Como hemos planteado, esta costumbre festiva popular se adquiere durante toda la época colonial, de generación en generación, día a día. Gran influencia para esta constitución de la vida festiva colonial tuvo el extenso calendario festivo presente en esta época, la que le proporcionaría a la instancia festiva constantes momentos dramatizados provenientes de la autoridad religiosa, a lo que no se le podría descartar también algunas dramatizaciones provenientes directamente del sector popular, ya que, como plantearía Da Matta, “todo se puede ritualizar porque todo lo que forma parte del mundo se puede personificar y reificar”¹²⁵. En este sentido la cosmovisión eminentemente religiosa que tendría la sociedad de aquella época repercutiría notablemente tanto en la rutina y el ritual, las que, a su vez, repercutirían una en la otra, dando pie a lo que plantearía Isabel Cruz con respecto a esta relación: que la fiesta estaría indefectiblemente ligada a lo sagrado. Esta concepción de la fiesta ligada a lo sagrado inmediatamente le daría un carácter espiritual, inmaterial o mágico a la fiesta. Dentro de este contexto, la fiesta sería la instancia más importante dentro de la sociedad, ya que sería esta, a través de su ritualidad, la que permitiría el contacto de lo mundano con el mundo de lo divino, con los dioses, cuestión central de las sociedades más prístinas. Es así como la fiesta o el ritual, se cargaría de algo que en estos tiempos podríamos denominar fantasía, magia, u que no se podría describir usando las herramientas ilustradas. La instancia festiva estaría, pues, unida indefectiblemente a la esencia del ser humano como el mecanismo por excelencia en su contacto con lo divino, teniendo este contacto un carácter “puro” al no tener, en una primera instancia, como intermediario a una religión con determinados dogmas. Así, prevalecería un contacto a través de la sensibilidad propia del ser humano que conduciría a este a “descubrir” un mundo sobrenatural que lo llevaría a sentir como insuficiente a la vida cotidiana, llevándolo a buscar constantemente esta conexión con lo sagrado, cuestión que se llevaría a cabo mediante “la mas señalada expresión” de la religión: la instancia festiva.

¹²⁴ DA MATTA, Roberto. Op.cit. p. 49.

¹²⁵ *Ibíd.* p.49.

Por otra parte, en estas sociedades que se pueden llamar religiosas, la experiencia festiva determinaría el tiempo habitual, o sea, a través de las fiestas se demarcaría un calendario, creando el tiempo a través de las fiestas, como por ejemplo lo era la organización cristiana del año, la cual se estructuraba en el antes mencionado intenso calendario festivo. Los hitos festivos marcaban el paso de una etapa a otra dentro del año, como lo marcaban también las trayectorias de los astros en el cielo, los ciclos de la vegetación, las edades de la vida, etc., siendo el tiempo cotidiano un tiempo entre fiestas, “porque es el tiempo cotidiano el que se desarrollaría entre dos planos del tiempo festivo y no el tiempo festivo el que se extiende entre dos planos del tiempo social”¹²⁶. Esta cuestión vendría siendo absolutamente contraria al mundo regido por el trabajo como es el de nuestros días, donde la instancia festiva solo se puede dar en el tiempo libre que se tiene de la suspensión de las labores productivas habituales y en fechas que no afecten en demasía la productividad. Es así como antes de la llegada de la modernidad y sus conceptos racionalistas, el tiempo estaba marcado por la “experiencia vital orientada por lo sagrado” y no por cuestiones productivistas propias de la sociedad industrial moderna, donde lo “sagrado” sería el trabajo y el pecado estaría marcado por el abandono de este.

Anderson se referiría a esta ligazón de nacional-religioso, y tendría relación con que la nación habría tenido como raíz cultural a los sistemas religiosos que la precedieron. Esta ligazón estaría marcada primariamente por la gran influencia que causaron los principios religiosos durante los trescientos años en los cuales fueron los referentes simbólicos omnipresentes en todas las esferas de la sociedad, especialmente en las elites, ya que estos, en parte, fueron la base de su dominio, por lo que nunca dudaron en enaltecer y propagar estos valores y prácticas. A partir del siglo XVIII se comenzaría a vivir no solo el surgimiento del nacionalismo sino que también el ocaso de los modos de pensar religiosos, la que traería aparejado la desaparición de las formas de mitigar esta fatalidad antes mencionada, tan presente para la mayoría de la población, por encontrarse esta ahora inserta en un contexto de un secularismo racional ilustrado, el cual se mostraba lejos del espíritu de los hombres. Esta cuestión era central dentro de un pensamiento tradicional,

¹²⁶ CRUZ, Isabel. Op.cit.

tanto así que “La supervivencia extraordinaria, durante miles de años del budismo, el cristianismo o el islam, en docenas de formaciones sociales diferentes, revela su respuesta imaginativa a la carga aplastante del sufrimiento humano”¹²⁷. De esta manera, la secularidad tuvo que hacerse cargo de esta fatalidad perdida, lo que fue llevado a cabo precisamente a través de la nación, la que sería sumamente adecuada para este fin puesto que abarca profusamente esta condición al igual que el pensamiento religioso, lo que mostraría, una vez más, las relaciones entre ambas concepciones. En palabras de Anderson referente a esta última cuestión: “si la imaginería nacionalista se preocupa tanto por ellas [la muerte y la inmortalidad] esto sugiere una fuerte afinidad con imaginerías religiosas”¹²⁸. De esta manera, diría este autor, habría que entender el nacionalismo alineándolo con los grandes sistemas culturales que lo antecedieron, a la sazón la comunidad religiosa y el reino dinástico, los cuales, al igual que la nación, en el momento de su apogeo fueron marcos estructurales que se daban por sentados.¹²⁹.

Con relación a este trabajo, de los grandes sistemas culturales que plantea Anderson como antecesores al nacionalismo, sería el reino dinástico desde donde la nación, en la práctica, habría sido constituida, aunque, en teoría, la nación sea la antítesis de las monarquías, puesto que “en ciertos sentidos fundamentales, la monarquía ‘formal’ se opone a todas las concepciones modernas de la vida política”¹³⁰. Este sistema se organiza en base a un centro elevado (rey) que organiza jerárquicamente todo y basa su poder, o legitimidad, en la divinidad y no de las poblaciones, las cuales eran súbditos y no ciudadanos con plenos derechos al ser, en teoría, la fuente de la legitimidad del poder del ente rector: el Estado. Esta ligazón que se puede apreciar entre las concepciones y las prácticas divinas y las nacionales es una idea fundamental dentro de las propuestas de este trabajo, debido a la implicancia directa que puede tener la fiesta en este ámbito, ya que, como se dijo más arriba, mucho del desarrollo festivo se dio en ámbitos de concepciones divinas,.

Esta condición mágica o sagrada de la instancia festiva, la cual tendría como instancia constitutiva fundamental también a la cotidianeidad, ya que como plantea Da Matta una no

¹²⁷ ANDERSON, Benedict. Op.cit. p. 27-28

¹²⁸ *Ibíd.* p.27.

¹²⁹ *Ibíd.* p.30.

¹³⁰ *Ibíd.* p.39.

se puede analizar sin la otra, posibilitaría que a través de esta el sentimiento nacional llegara a los sectores populares, aunque llegara de forma diferente a la que salió de las conciencias elitistas, puesto que, sin lugar a dudas sufre, una mutación en este proceso. Esta mutación consistiría básicamente en el sincretismo propio del nacionalismo, el cual tendría relación con los numerosos elementos religiosos que este contendría, combinando elementos racionales con sensoriales, identificándose el primero mas con la idea nacional proveniente de la concepción ilustrada de la elite y el segundo con el sentimiento divino con que el sector popular percibía la figura del rey. De esta forma, la festividad, en cierta medida, equipararía la persona del rey a la nación, por lo que la festividad posibilitaría la toma de conciencia nacional, ya que “por medio de la dramatización tomamos conciencia de las cosas y comenzamos a encontrarles sentido, esto es, a verlas como algo social”¹³¹. Sería por esto que las autoridades republicanas no solo asimilarían las festividades propias de la colonia, sino que, principalmente, los contenidos simbólicos que en estas se daban. Es por esto que muchas de las celebraciones republicanas, hasta el día de hoy, muchas veces seguían invariablemente los patrones que se deben en sus símiles coloniales.

Esta continuidad de procesos sería atendida por el historiador argentino Juan Carlos Garavaglia en su trabajo “Construir el estado, inventar la nación: El Rio de la Plata, siglos XVIII-XIX”, donde comenzaría realizando una comparación de dos fiestas, una acaecida en la época colonial y otra sucedida en la republicana: “monedas arrojadas al público, cañonazos, cohetes, Te Deum, bailes...Es difícil no percibir aquí una fuerte continuidad en varios de los elementos simbólicos escenificados a través de la fiesta, como también, la utilización de un escenario urbano –centrado en la plaza- como espacio nodal en ese teatro de poder”¹³². Así, el gobierno sería representado como un “proceso ritual”, el cual, mediante las innegables capacidades persuasivas de la festividad, lograba (re) estructurar su posición de poder a través de “un contenido que, en muchas ocasiones, tuvo un papel de reforzamiento evidente de determinados valores que también formarían parte indisoluble del imaginario de la nación”¹³³.

¹³¹ DA MATTA, Roberto. Op.cit. p. 48.

¹³² GARAVAGLIA, Juan Carlos. *Construir el estado, inventar la nación. El Rio de la Plata, siglos XVIII-XIX*. 1ª Edición, Prometeo Libros. Buenos Aires, Argentina, 2007. p.10

¹³³ *Ibíd.* p.82.

Principalmente, pues, la evocación de los ritos coloniales por parte de las autoridades republicanas, los que, como se dijo un poco más arriba, estarían cuidadosamente elaborados tendría como fin último la continuación de las jerarquías propias de la sociedad estamental, donde ahora ellos en vez del rey, ocuparían el lugar más alto de la sociedad. Asimismo, la dramatización de los ritos republicanos no buscaría la incorporación de los sectores populares a la conciencia de manera horizontal, sino que buscaba esta incorporación de la manera estamental y jerarquizada que se daba en la colonia, y donde estos sectores no tenían ningún derecho o libertad, como supuestamente debiera ser una república. Esta “particularidad” de la versión festiva republicana tendría sus orígenes en el proceso mismo de conformación nacional.

Como se planteó más arriba, la persona del rey era la esencia, tanto material como espiritual del reino dinástico, por lo que cuando Fernando VII es apresado por Napoleón aquel sistema comenzaría a colapsar, ya que tanto la legitimidad divina, al ser este el representante del poder de Dios, como la autoridad política desaparecía. De esta forma, no es extraño que se produjera un gigantesco vacío de poder que sacudiría fuertemente a los cimientos de la sociedad de la época, provocando un general sentimiento de turbación, especialmente a las personas más preponderantes dentro de esta; las elites. Este grupo ve con mucha preocupación estos sucesos debido a que al estar en peligro el rey, la sociedad junto con su sitio de privilegio también lo estarían.

Como el grupo dirigente poseía una cohesión interna bastante fuerte y era bastante reducido, el foco de esta amenaza estaría representado, a ojos de la elite, por los demás sectores de la sociedad; en estos sectores se podrían apreciar los casi inexistentes sectores medios y los sectores populares, los que, dicho sea de paso, eran por mucho los que más cantidad tenían dentro de la sociedad de la época. Así, en un principio, las acciones que le elite llevaría a cabo en este periodo primigenio de la emancipación podrían haber estado marcado más por esta amenaza subalterna que por la lucha contra la autoridad monárquica. Bajo esta misma idea, Benedict Anderson plantearía que “uno de los factores decisivos que impulsaron inicialmente el movimiento para la independencia de Madrid, en casos tan importantes como los de Venezuela, México y Perú, era el temor de las movilizaciones

políticas de la clase baja”¹³⁴. Es así como perfectamente la instauración de la primera junta nacional de gobierno se podría entender bajo esta idea, puesto que factores como que aquella junta se haga en el nombre del rey salvaguardando sus dominios, cuestión que muchos de los participantes de aquella junta no deben haber creído, pareciendo este argumento más una excusa política que otra cosa, y que aquel día la presencia militar para alejar a los sectores populares haya sido muy numerosa, reflejarían que este problema si podría haber tenido una preponderancia que habría hecho a las elites considerarlo.

Este problema tenía una importancia transversal dentro de las elites, ya que indistintamente a la facción en que se dividiría la lucha independentista, ninguna de estas consideraba al elemento popular dentro de sus proyectos, por lo que una amenaza de este tipo iba a afectar a las elites en su conjunto, lo que ameritó una acción rápida, contundente y definitiva para evitar una posible sublevación popular, como lo fue la Junta Nacional de Gobierno. Justamente, bajo esta perspectiva, es posible entender una unanimidad tan alta dentro de los miembros de la junta para su instauración como gobierno provisorio, pese a que muchos tuvieran una evidente intención más allá del mero resguardamiento del poder real, puesto que veían en aquella junta una oportunidad histórica de sacudirse del dominio de la corona española. Este escenario podría haber llevado perfectamente al enfrentamiento inmediato entre este sector y los que abogaban por el mantenimiento efectivo del poder de la corona, sin embargo, esto no ocurrió.

De esta manera solo en el año 1811, cuando esta amenaza popular habría sido descartada por parte de la elite, esta situación llevaría al enfrentamiento a los distintos sectores de la elite por el poder de la Capitanía General de Chile, lo cual se mantuvo, si lo consideramos como un conflicto entre las elites por el control del país, hasta finales de la década de 1820. Así, siguiendo con esta perspectiva, la conformación de la primera Junta Nacional de gobierno fácilmente podría responder a esta necesidad de resguardo frente a los sectores populares por parte de las elites, lo que demostraría que pese a las diferencias existentes esta elite “es un grupo homogéneo, en el cual las diferencias convencionales entre liberales y conservadores, tan comunes en América Latina, no responden más que a actitudes

¹³⁴ ANDERSON, Benedict. Op.cit. p. 78

pragmáticas o a problemas de énfasis”¹³⁵. La clase dirigente “era un grupo esencialmente conservador, abierto hacia un cambio que se percibía como inevitable, y al cual había que conducir a fin de no alterar el rumbo trazado y la estructura de poder consolidada por la misma elite”¹³⁶. Así, el efecto más importante de estas continuidades sería el seguir concentrando el poder en un número muy reducido de personas dejando sin ninguna injerencia a la gran mayoría de la población, los sectores populares.

Es así como desde un principio este proceso emancipatorio invisibilizó y reprimió a los sectores populares, por lo que reprodujo una esencia jerárquica y excluyente a igual modo que como se daba en la sociedad colonial. Así, en base a sus propios intereses, la elite comienza un largo proceso de conformación de la Nación chilena, el cual, pese a las consignas que hablaban de libertad, igualdad y fraternidad estaría caracterizado desde sus inicios por no incluir de manera participativa a los sectores populares, como sí ocurrió en los procesos de conformaciones nacionales en Europa, donde si se habría intentado llevar a las clases populares a la vida política como ocurrió en la Revolución Francesa, lo que daría una diferencia y especificidad a las distintas realidades ocupadas por el sistema nacional, problematizando el análisis de dicho fenómeno a un determinado contexto. A este respecto, Ana María Stuvén plantea que:

“Subyace siempre a todo análisis de las ideas la necesidad de tener en cuenta problemas conceptuales, y la dificultad de trasponer contenidos definidos para otras realidades. En el caso chileno, más allá de su reivindicación republicana, el contenido del liberalismo que prevalecía durante el siglo XIX, no incluía al pueblo en la plenitud de sus derechos”¹³⁷.

La participación que las elites concederían a los sectores populares estaría remitida a ser componente más básico de las fuerzas militares, la carne de cañón necesaria en todo ejército, por lo que ninguna reivindicación de tipo social proveniente de estos sectores se pudo hacer presente en la conformación del proyecto nacional de las elites. Además, dichas reivindicaciones, si es que existieron, jamás serían tomadas en cuenta más allá de un marco de un discurso populista, debido a que estarían contradiciendo, en muchos aspectos, el proyecto nacional que las elites querían imponer en Chile.

¹³⁵ STUVÉN, Ana María. *La Seducción...* Op.cit. p. 19.

¹³⁶ *Ibíd.* p.19.

¹³⁷ *Ibíd.* p.20.

Una particular acepción se debe hacer al proceso de independencia chileno, la que tiene relación con que este no se configuró como una revolución como muchos autores han tratado de catalogarla, queriéndole dar un sentido más épico. Esto porque, basado en planteamientos de Paulina Peralta, cuando se habla de una revolución se subentiende como una situación de “inversión social”, donde los individuos y colectivos que por largo tiempo se han sentido oprimidos dan cuenta de una fuerza que les permitirá redimirse ante sus opresores, los cuales se convertirían en los nuevos oprimidos¹³⁸. Además, siguiendo con esta autora, “dicha inversión se da en contextos sociales estratificados, en donde la perpetuación de los derechos y privilegios de unos por sobre otros se convierte en una situación insostenible”¹³⁹. Si bien algunas de estas situaciones si se habrían dado en la contingencia emancipatoria latinoamericana de principios del siglo XIX, esta situación no habría tenido estos principios revolucionarios, por ende no se podría considerar una revolución, debido a que la emancipación no fue una empresa realizada por la gran mayoría de la población, a la sazón los sectores populares, por lo que no se produjo una inversión del orden social establecido. De esta manera, por un lado, habría sido el grupo dirigente, el cual es bastante reducido en comparación al total de la población, el que habría dirigido este proceso, tanto en lo que se refiere al conflicto contra los peninsulares como al conflicto entre las elites locales de cada administración colonial, lo que le daría el tinte de guerra civil con el que ha sido catalogado este conflicto¹⁴⁰. Por otro lado, el conflicto fue entre los componentes de la clase social más elevada, por ende no existió aquella inversión ni en un grado muy pequeño, debido a que los triunfadores de aquel conflicto serían los mismos que desde la colonia detentaban el poder social¹⁴¹. Con relación a esto, y para el caso chileno, Ana María Stuvén plantearía que: “A diferencia de Europa [...] la aristocracia chilena no fue desplazada del poder sino reinstalada en el gobierno político”. El cambio, pues, solo se pudo apreciar en la esfera política, donde las elites criollas de facción patriota se harían del poder político, detentado hasta entonces únicamente por las elites peninsulares¹⁴².

¹³⁸ PERALTA, Paulina. Op.cit. p. 34.

¹³⁹ *Ibíd.* p.34.

¹⁴⁰ *Ibíd.* p.33-34.

¹⁴¹ STUVEN, Ana María. La Seducción...Op.cit. p. 19.

¹⁴² PERALTA, Paulina. Op.cit. p. 34

Así, tomando en cuenta esta idea de continuidades y contradicciones, es menester hacerse la pregunta del ¿porque la elite adoptaría un sistema republicano de gobierno, sobre todo teniendo en cuenta que este sistema contempla la participación de la mayoría de sus habitantes?. La respuesta a esta pregunta, creo yo, está alejada de consideraciones que apelan a la divinidad o a la grandeza de la nación que son casi como un “manual”, y se acercaría mas a un pragmatismo propio de las clases mercantiles que se toman el poder a partir de la independencia de Chile.

Es por esto que es muy probable que la nación no fuera idílicamente instaurada como este “manual” de las naciones plantea, sino que, solamente, haya sido la única forma de gobierno que pudiera haber desplazado al Estado monárquico. Paulina Peralta, siguiendo esta postura enteramente pragmática, plantea que la opción republicana fue adoptada por la elite “tan solo por ser el único sistema viable, capaz de justificar esta idea de autogobierno, situación a la que se había accedido accidentalmente”¹⁴³. En esta postura, Peralta no solo plantea un pragmatismo en cuanto a la opción republicana, sino que esta tendría un carácter accidental. Siguiendo con la pregunta, Alfredo Jocelyn-Holt plantearía que “[...] la elite no dudó en aceptar un orden legitimante –potencialmente revolucionario- como el republicano, porque lo podía matizar mediante mecanismos electorales censitarios”¹⁴⁴. En esta respuesta al implantamiento del sistema republicano se encontraría tanto esta idea pragmática como la exclusión de la gran mayoría de la población cuando se apela a los matices censitarios con los cuales puede restringir la participación del sector mayoritario de la población. Es así como una vez más se avizorarían las contradicciones propias del sistema republicano en Chile, siendo este una cosa en la práctica y otra muy distinta en la realidad. Es así como:

“[...] la Republica de Chile decimonónica se torna bastante curiosa. Incluso, se presenta sumamente paradójica e incoherente si se relacionan los principios y su puesta en práctica en la realidad. La incompatibilidad existente entre la teoría y la ‘praxis’ del régimen republicano resulta abismante [...]”¹⁴⁵.

Es a partir de este contexto absolutamente de exclusión de los sectores populares, donde la instauración de una republica que respetara sus propios preceptos de derechos y

¹⁴³ *Ibíd.* p.39.

¹⁴⁴ JOCEYN-HOLT, Alfredo. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. 3ª Edición Planeta/Ariel. Santiago, Chile, 1999. p.131.

¹⁴⁵ PERALTA, Paulina. *Op.cit.* p. 38.

libertades no era efectiva, la apelación a las festividades para incorporar a los sectores populares a través de una inculcación de un sentimiento nacional más que haber sido una opción era verdaderamente una necesidad. De esta manera, la repetición año a año de los ritos nacionales serían la única forma de atraer, en algo, la atención de los sectores populares, los cuales no estarían muy interesados ser parte del proyecto nacional.

Junto con esto último, la cuestión del sentimiento nacional tendría una significación especial para la ciudad de Concepción y su entorno, debido, principalmente a la gran centralización que provenía desde Santiago, que muchas veces subyugo a la ciudad penquista. Así, desde la conformación de la primera Junta Nacional de Gobierno, Concepción siempre estuvo en la primera línea de la contienda política y militar, siendo un foco que tempranamente promulgo ideas independentistas, principalmente a través de un personaje como Juan Martínez de Rozas, el cual tuvo un rol destacadísimo después del acontecimiento de 1810. Sin embargo, ya en 1811 las prerrogativas de ambas ciudades chocarían fuertemente, lo que provocaría el inicio de varias décadas de constantes conflictos, que muchas veces llegaron a las armas. La conformación de la Junta Provincial de Concepción fue una muestra irrefutable de la estima que las elites de la ciudad tenían de sí mismas, siendo esta acción también una abierta provocación a la Junta santiaguina.

Durante la etapa de las guerras de independencia, muchas veces se le atribuiría a la ciudad una simpatía a la causa realista, ya que muchas veces, cuando llegaban los ejércitos de la corona, la ciudad era entregada por mutuo acuerdo, como lo habría sido la entrada del general Antonio Pareja su ejército 1813. Ya a la mitad del siglo XIX, Concepción es el foco insurreccional que tiene la llamada “revolución” de 1851, donde el motivo principal de alzamiento fue las excesivas prerrogativas de Santiago por sobre el resto del país. Sin embargo, la batalla de Loncomilla pondría un fin radical a las intenciones penquistas.

Un autor que va a ahondar en una nueva mirada de esta relación conflictiva va ser Armando Cartes Montory con su obra “Concepción contra Chile; Consensos y tensiones regionales en la Patria vieja”. Este autor, al igual como lo expuse al principio de este capítulo, va a cuestionar la visión tradicional de la construcción tranquila del Estado chileno, situándose en una arista que situaría la importancia de Concepción en la final conformación del Estado. Plantearía que Concepción tendría una importancia capital dentro

de la política chilena en el contexto de la Junta, incluso más que Santiago, sobre todo por la presencia de Juan Martínez de Rozas. Una idea que el autor plantearía, y que es fundamental para la idea que queremos acá exponer, sería que Concepción con la instalación de la Real Audiencia, un aislamiento geográfico con respecto a Santiago, el surgimiento de una aristocracia militar, y una actividad agrícola y mercantil bastante fuerte, se generaría un sentido de pertenencia a través de los siglos. Esto se vería acentuado por las reformas borbónicas y la consecuente creación de la Intendencia de Concepción, que confirmaría “la tradición de centro político y administrativo de alcance nacional”¹⁴⁶ comenzada con la instauración de la Real Audiencia, y catalizaría “la futura demanda de autonomía y participación en el gobierno central”¹⁴⁷.

Es así como todas estas cuestiones, sobretodo la conformación de tanto la Junta Provincial como de esta identidad penquista, llevarían fácilmente a pensar en las dificultades que habría tenido el desarrollo de un sentimiento nacional en la zona de Concepción, sobre todo en las elites. Esto porque los sectores populares en general habrían tenido las mismas dificultades en acuñar el sentimiento nacional que el resto del país, debido a que las condiciones rurales imperantes en Concepción no serían sustancialmente diferentes a las presentes en el resto del país. No obstante la información que pudimos obtener de las fuentes consultadas nos hicieron ver que los problemas de Concepción con Santiago nunca pasaron del ámbito político, cuestión que tiene bastante coherencia con lo recién expuesto. Así, por ejemplo, con motivo de un aniversario del 18 de septiembre el periódico *Correo del Sur* plantearía que:

“[...] en América, el sentimiento de la independencia no tuvo más origen que el deber, la conciencia de la dignidad del hombre protegida por el espíritu de la libertad....Sin ejércitos, sin prensa, sin tribuna, las diligencias del patriotismo lo suplen todo. Tan sublimes recuerdos, tan lisonjeras esperanzas, están entre nosotros vinculadas al diez i ocho de septiembre. En este grandioso día se formula el pensamiento de la democracia en Chile, se hace por primera vez efectiva la voluntad popular, se reconoce el derecho de la soberanía popular [...]”¹⁴⁸.

¹⁴⁶ CARTES, Armando. *Concepción contra Chile; Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, Chile, 2010. p. 29.

¹⁴⁷ *Ibíd.* p.38.

¹⁴⁸ *Correo del sur*. Concepción, 18 de septiembre de 1850.

También en un diario de la zona, El Clamor del Sur, se podría observar claramente la condición política de los conflictos con la capital, no dejándose ver en ningún momento, algún problema con la identidad nacional. Así, este diario expondría en su prospecto:

“Cuando toda la república se agita, cuando todos piensan en sus derechos, cuando todos tratan de la administración, cuando uno pocos asalariados la defienden, y la nación trata de hacer reales y efectivas las garantías individuales, que por mucho tiempo han sido un fantasma, para cubrir los actos arbitrarios y despóticos, que amenazan nuestra forma de gobierno republicano....si encontrarán un lenguaje modesto, sencillo, la razón, los principios, la justicia, y la reclamación de los abusos de nuestros gobernantes. Trataremos también de mejoras materiales y morales, y nada omitiremos de cuanto conduzca al bienestar de la sociedad, y principalmente de las provincias del sur, que parece que no solo están abandonadas a sus propios esfuerzos, sino que estudiosamente se tratase de contenerlas, con malas leyes y peores mandatarios”¹⁴⁹.

Estas citas pondrían a la par a Concepción con el resto del país en cuanto a la existencia, pese a la conflictividad con Santiago, de una idea o sentimiento nacional. No obstante la diferencia podría ser aquella identidad nacional que podría hacer un cierto matiz al sentimiento nacional, pero nunca eliminarlo.

A este respecto, Hobsbawm aplicaría su dualidad de la construcción nacional expuesta en el capítulo anterior, en cuanto a que si se sale de la generalmente totalitaria visión que se plantea desde las elites, la cual es muy reducida en cantidad de personas y por ende no es muy representativa, y se consideran las ideas de la totalidad de la población de una determinada nación, se encontrarían una gran cantidad de visiones e ideas a este respecto. Así, por ejemplo, las identificaciones nacionales no se darían de forma unívoca en una población o un territorio determinado como nación, sino que tendría varias matices a considerar, las que tendrían mucha relación entre ellas. Una de estas tiene relación con la idea de que “las ideologías oficiales de los estados y los movimientos no nos dicen lo que hay en el cerebro de sus ciudadanos o partidarios, ni siquiera de los más leales”,¹⁵⁰ cuestión que se asocia estrechamente a la dualidad antes planteada por Hobsbawm, por este mismo autor, ya que los sectores populares tendrían una mirada particular, la cual, para Hobsbawm, sería difícilísima de descubrir. Derivado de esto mismo, Hobsbawm plantearía la idea que la conciencia nacional se desarrolla desigualmente en las regiones y entre los

¹⁴⁹ Diario el clamor del sur. Concepción, lunes 10 de noviembre de 1845.

¹⁵⁰ HOBBSAWM, Eric. Op.cit. p.19.

agrupamientos sociales de un país, lo que relativizaría una idea plenamente nacional-territorial de la nación, por lo que podrían coexistir distintas identificaciones dentro de una misma nación. En palabras de Hobsbawm:

“No se puede dar por sentado que para la mayoría de las personas la identificación nacional -cuando existe- excluye el resto de identificaciones que constituyen el ser social o es siempre superior a ellas. De hecho se combina siempre con identificaciones de otra clase, incluso cuando se opina que es superior a ellas”¹⁵¹

En esta cita, Hobsbawm no solo dice que pueden existir otras identificaciones dentro de la nación, sino que abre la posibilidad de que existan personas dentro de una nación que no adhieran a ella, lo cual vendría a justificar, nuevamente, que la nación no es una condición natural o primaria. Asimismo, daría a conocer que las identificaciones directas que puedan tener las personas dentro de su entorno más inmediato podrían ser mucho más influyentes en su persona que una identificación nacional, la que tendría una función mas protocolar y se alzaría en determinadas ocasiones. Una de estas ocasiones seria indudablemente la fiesta nacional, la que, se podría decir, que agruparía a la totalidad de la población, aunque la identificación con la nación sea muy baja o incluso nula. Esto porque para mucha gente la fiesta tendría un sentido mucho mas de convivencia social que de adoración a la nación, ya que, en la práctica, esta se daría en grupos cerrados de personas donde primarían los afectos personales mas que, si existiesen, los apegos nacionales.

¹⁵¹ *Ibíd.* p.19.

Capítulo VI:

FIESTA VERSUS DISCIPLINAMIENTO Y ORDEN

Junto con el proceso de inculcación del sentimiento nacional expuesto en el apartado anterior, igual de necesario era el transformar al sujeto popular en un trabajador de tipo moderno que respondiera a las necesidades laborales que el país estaba en proceso de constituir al integrarse al circuito mundial del capitalismo. No obstante, esta transformación se hizo muy difícil, debido a que trescientos años de vida colonial habían inculcado muy fuertemente una estructura que en muchos casos era totalmente contraria a la que se quería instaurar en aquellos sujetos.

La costumbre festivalera de los sectores populares, que como ya se ha planteado las autoridades permitieron casi por obligación, fue uno de esos componentes en la estructura colonial de los sujetos populares que más fuertemente impidió esta transformación colonial-moderna. Alguien, al sentir de la elite, que apela constantemente a las fiestas y todo lo que ello conlleva, no podría estar disponible para cumplir con obligaciones que requerían un sistema laboral que se basaba en un estricto calendario laboral, donde el cumplir exactamente un horario de trabajo era un requisito central y que necesitaba de un estado mental y, sobre todo para el caso de los sectores populares, físico que le permitiera cumplir con las exigencias que la labor exigía. A diferencia de lo que sucedía tanto con el sentimiento como con la cultura nacional, donde tuvo un rol importante en su conformación pese a las constantes críticas de la elite, la fiesta no tenía ninguna consideración positiva que ayudara a la construcción de este ámbito laboral deseado por la elite, si quiera de manera simbólica, por lo que esta sería objeto de una fuerte persecución. Es así como las elites estarían constantemente repudiando estas instancias y sus consecuencias, principalmente mediante los periódicos. Con respecto a esta situación, el diario penquista *La Patria* haría un profundo análisis de una de las consecuencias más nefastas que tendrían estos momentos festivos, la embriaguez. Aquí un extracto:

“...en nuestro sentir viene [la embriaguez] de la ociosidad y del abandono que hace el hombre de los deberes a que esta constituido. Un peon, por ejemplo, que no tiene otra cosa con que sostener a su familia que el trabajo semanal, recibe el sábado el fruto de sus sudores, y en lugar de emplearlo en su familia, se va a la taberna o chingana y lo gasta todo en beber. El domingo y el lunes permanece en estado de embriaguez. Es esto tan cierto que parece ya costumbre que los lunes no trabajen...un hombre que esta embriagado, carece del uso de su razón que los vapores del licor le ofuscan”.¹⁵²

Si bien es cierto que el autor habla de los efectos de la embriaguez en cuanto a no poder cumplir adecuadamente sus compromisos laborales ni familiares, o que esta le produce carecer “del uso su razón”, al que culpa de toda esta situación, por sobre la embriaguez misma, es a la ociosidad. El ocio va a ser entendido más que por no hacer nada, por no hacer nada productivo, no trabajar, por lo que sería un concepto que las elites modernizadoras se apresurarían en catalogar peyorativamente. Así, tomado en cuenta la cosmovisión de las elites dirigentes, el ocio se convertiría en el nuevo gran pecado de la sociedad en formación, puesto que impediría la constitución como eje principal de la sociedad al trabajo, proceso que, al decir de Milita Alfaro, constituiría una “sacralización del trabajo”.¹⁵³ Esta autora plantearía esta transformación a partir del deseo de las elites uruguayas de cambio de un carnaval bárbaro a uno civilizado, el cual sería el reflejo del cambio que, según los preceptos de estas, debiera darse en todos los ámbitos de la sociedad. Es así como, al decir de esta autora, se desarrollaría un proceso de disciplinamiento cultural que tendría la titánica misión de transformar al sujeto popular bárbaro en un trabajador moderno que tenga las “virtudes” propias de la concepción capitalista de la vida.

Sin embargo, pese a los deseos de las elites, este proceso tendría innumerables dificultades, las que, en su gran mayoría, responderían a la conformación colonial que los sujetos populares mantendrían durante gran parte del siglo XIX, sobre todo si se piensa que gran parte del país, como en el caso de la zona de Concepción, seguiría teniendo una conformación más bien rural que impediría el proporcionarle al populacho un contexto donde las ideas civilizatorias tuvieran más sentido.

¹⁵² *La Patria*. Concepción, Febrero 4 de 1843.

¹⁵³ ALFARO, Milita. *Carnaval; Carnaval y modernización: Impulso y freno del disciplinamiento (1873-1904)*. Vol. 2 de *Carnaval: Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta*.

De esta manera, como se podría esperar, las elites llevarían a cabo este proceso más bien por la fuerza que por otro medio. En este aspecto, el ejército no solo cumpliría con llevar a cabo el deseo del sector de la elite que representen en el campo de batalla, sino que, por su estructura jerárquica basada en una estricta disciplina, sería un medio idóneo para llevar a cabo esta transformación del sujeto popular. Es así como, al decir de Julio Pinto, la leva “no estribaba solo en exigencias de la guerra, sino también en las aspiraciones de la clase dirigente de disciplinar al bajo pueblo a través del servicio en el ejército y la práctica de la vida castrense, con su verticalidad y sentido de obediencia”¹⁵⁴. No obstante, aquel deseo disciplinador, si bien puede haber generado algunos resultados positivos, no podía luchar con la tradición y fue sobrepasado en innumerables oportunidades por el deseo del sector popular de continuar con su estilo de vida que tan arraigado tenían. Así, Leonardo León, en su trabajo “Reclutas forzados y desertores de la Patria: El bajo pueblo chileno en la Guerra de la independencia, 1810-1814” ejemplifica notablemente esta situación:

“Efectivamente, la crónica indisciplina laboral, su repugnancia a vivir en poblados y la reconocida fama de insubordinados que se atribuía a los peones hicieron crisis cuando los dos bandos combatientes aumentaron sus exigencias sobre ese vasto sector, demandándole más productividad en las haciendas y obrajes, mayor estabilidad y una activa y entusiasta colaboración en el plano militar.”¹⁵⁵

Esta situación no tardó en llevar a los militares a reprimir los lugares donde el bajo pueblo pasaba su tiempo, especialmente las chinganas, las que, haciéndole honor a su etimología, resguardaban constantemente a los sujetos populares de la coacción estatal. Es así como, siguiendo con León:

“Con el propósito de facilitar el disciplinamiento militar de las tropas, se ordeno el cierre de las tiendas porque, según argumentó la autoridad, no sería justo que cuando la mayor parte de los comerciantes cierran sus tiendas por asistir a dichos ejercicios [enrolamiento] y servir a la Patria, otros permaneciesen en ella perjudicando a los buenos ciudadanos.”¹⁵⁶

En un sentido análogo, y ratificando que esta conducta represiva era una política de Estado, en 1833, el Presidente Prieto anunciaría que iba a “excitar la vigilancia de las

¹⁵⁴ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p. 134.

¹⁵⁵ LEON, Leonardo. Op.cit .p 252.

¹⁵⁶ Ibíd. p.258.

autoridades sobre los lugares de reunión que frecuentan las clases laboriosas, procurando disminuirlos en lo posible y hacerlos menos perjudiciales a la industria y a la moral del pueblo”.¹⁵⁷ La regulación y la eliminación del ocio, pues, sería una práctica central del proyecto nacional de la elite que, aparte de buscar el cambio en las practicas del sujeto popular, buscaría una “moralización” que apunte a cambiar toda una serie de valores constitutivos de este, los cuales estaban en abierta oposición, tal cual lo estaba, al pensar de la elite, la dicotomía civilización/barbarie.

Esta práctica anti-ocio era un elemento, como se ha dicho, fundamental en cuanto se buscaba impulsar el desarrollo productivo tipo moderno, pero también, en gran medida, respondía a una concepción de base de las elites chilenas y latinoamericanas: la idea de orden. Este concepto se vuelve clave dentro del contexto de emancipación y de la posterior lucha por el poder intra-elite. Como plantearía Ana María Stuvén en su ensayo “Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: concepto y valoración del orden social (1830-1860), cuando ocurre el cambio de régimen que efectivamente ocurrió en 1810 “la palabra orden se convirtió en una bandera” debido a que la incertidumbre que provocaba el desenlace del conflicto hacia imprescindible tener una convicción que le generara a las elites una cierta seguridad.¹⁵⁸ Así, esta verdadera ideología que se da en torno a la idea orden se habría desarrollado con mayor fuerza en los sectores más conservadores, debido a que en la incertidumbre del conflicto, si bien se quería adquirir el poder total, también cabía la posibilidad de que perdieran el que ya poseían, e incluso existía la posibilidad que se perdiera la vida por ello, cuestión que llevo a aquel grupo a aferrarse a esta idea que, para ellos, era la que les iba a dar menor margen de error. Este concepto, sería uno de los muchos lugares comunes que tendrían los sectores conservadores y liberales, aunque estos últimos “articulaban con más facilidad un discurso que permitía la alternativa del cambio”. Es así como “la resistencia frente al desorden social o institucional parecía diluir las diferencias entre, por ejemplo, el mencionado Rosas y su rotundo opositor Domingo F.

¹⁵⁷ Reproducido en Sesiones de los Cuerpos Legislativos, tomo XXI, pp. 383-387. En PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p.236.

¹⁵⁸ STUVÉN, Ana María. *Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: concepto y valoración del orden social (1830-1860)*. [En Línea]. Revista Estudios Públicos, N°66. Santiago, Chile, 1997. p. 260

Sarmiento”.¹⁵⁹ Una muestra de esta confluencia ideológica en la ciudad de Concepción la daba al periódico de carácter liberal *Eco Nacional*, que aunque le exigía al gobierno mayores consideraciones a la provincia, este medio enfatizaba que “la oposición no quiere nada que sea ilegal, nada que pueda alterar el orden público y causar la ruina del país”.¹⁶⁰

Era precisamente la idea de orden la que regulaba la relación entre las ideologías de la elite, dando pautas que, pese a la ofuscación que se pueda tener con un adversario político, no se podían romper, cosa que si haría La Sociedad de la Igualdad al criticar el status quo de la sociedad, lo que provocaría un rechazo transversal de la clase dirigente. Además, siempre con Stuvén, más que ser el orden una idea contenida en una ideología, sería más bien una cuestión moral que estaría por sobre las cuestiones teóricas.¹⁶¹ De esta manera, en palabras de esta autora:

“El orden es un concepto clave para comprender el universo valórico en que se apoyo el grupo fundador del Estado para la construcción del mismo, y para la elaboración de los elementos constitutivos de la nación chilena. Se explica por su vigencia como valor unificador en el discurso político de la clase dirigente chilena, por el esfuerzo de definición del concepto que realizan los actores políticos, y por los matices que distinguen las interpretaciones y vinculaciones que sobre esta noción tienen los sectores llamados conservadores y liberales”.¹⁶²

El orden, pues, sería una connotación absolutamente positiva que, dentro de la órbita de la elite, toda persona, autoridad o régimen debiera seguir lo mas ortodoxamente posible, como lo deja entrever el diario *El Conservador* cuando, a raíz de la victoria conservadora en el conflicto de 1851, y en base a este concepto, ensalza a los vencedores del conflicto el decir que “los hombres de orden, los amigos de Montt y sus adictos han salvado el país”.¹⁶³ La fuerza de las victorias que la elite obtuvo durante el periodo abarcado abalaban que este concepto de orden debía ser el principio central a seguir, por lo que fue -y lo es- un principio que se justificaría por sí solo.

Sería este concepto el que no solo va a determinar la relación intra-elite, sino que también será el que guiara la relación entre los “hombres de orden” con los sectores

¹⁵⁹ *Ibíd.* p. 261.

¹⁶⁰ *Eco Nacional*. Concepción, 20 de marzo de 1846.

¹⁶¹ STUVÉN, Ana María. Una aproximación...*Op.cit.* p. 262.

¹⁶² *Ibíd.* p. 262.

¹⁶³ *El Conservador*. Concepción, 7 Mayo de 1851.

populares. Muchas de las intervenciones represivas del Estado en contra de estos sectores habrían sido por el desorden en que las ocasiones festivas se llevaban a cabo, pero también tendría injerencia en la situación política que la elite consideraba que debía tener el bajo pueblo, siendo muchas veces la exclusión ciudadana de estos hecha en virtud del orden, puesto que, al sentir de la elite, “el efecto inevitable de la implantación de instituciones republicanas seria la anarquía”.¹⁶⁴ Es así como la línea política que las elites seguirían, especialmente el sector conservador, apelaría a una concepción fanática del orden, donde cualquier deliberación, en teoría, propia de cualquier sistema republicano, tendría un carácter anárquico que pondría en riesgo la estabilidad, por lo que era mejor suprimir cualquier actividad de este tipo “por el bien de la republica”.

No obstante, esta vertiente política de la aplicación del orden estaría en un segundo plano con respecto a la social, donde las autoridades encontrarían una mayor resistencia por parte de los sectores populares, por lo tanto la atención, y la consecuente represión, estarían constantemente presente en el actuar de las elites dirigentes, sobre todo en la difícil misión que era inculcar en estos una serie de “virtudes” que le permitieran convertirse en el trabajador moderno. Estas imposiciones del orden se manifestarían en una serie de leyes, decretos o reglamentos que en la práctica afectarían todo el estilo de vida de los sectores populares. Es así como en Concepción el diario El Faro del Bío-Bío publicaría en 1834 un reglamento de policía para estos efectos, el cual tendría un carácter notablemente anti-popular. Acá los artículos que he considerado más atingentes para ejemplificar esta situación:

“Art. 8 Se prohíbe por punto general y sin distinción de personas, jugar en las calles, plaza o plazuelas de la ciudad, chueca, pelota o trompo al claver, lo mismo que las ruedas, juegos de naipe, taba, dados lo que suelen hacer para embriagarse bajo la pena de 4 pesos...

Art. 16 Se prohíbe toda reunion de personas en que se usen gritos sediciosos, en que se pronunciesen palabras obsenas y escandalosas, o en que se trate de golpear, insultar o hacer burla a alguna persona....

Art 19 Ninguna persona podrá andar disfrazada, o con vestidos o insignias que no le correspondan....

¹⁶⁴ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p.182-183.

Art 20 Ninguna persona podrá comprar a los soldados, ni hijos de familia sus vestidos, armas, municiones, ni caballos bajo la pena de su devolución....

Art 23 Despues de las doce de la noche, toda persona desconocida que se encuentre en las calles, será destinada por los serenos y patrullas y registrado....

Art 25 Serán perseguidos los vagos y destinados a obras publicas....”¹⁶⁵

Este reglamento, como queda de manifiesto, en muchos de sus artículos ataca directamente la forma de vida popular, incluso en un nivel de subsistencia. Como sería de esperarse, el reglamento también tendría partes que ataquen el desorden de las diversiones de este sector que estarían estipuladas en los siguientes artículos:

“Art 26 No se permitirán chinganas, ramadas, juegos de bolas u otros que acostumbra el pueblo bajo, ruedas de la fortuna, rifas ni juegos de caballo sin previa licencia del gobierno local...

Art 28 todo hombre que se encuentre ebrio por la calle publica, será conducido a la cárcel por el mismo hecho, cualesquiera que sea su clase o fuero...

Art 29 los posaderos, fonderos, pulperos, dueños de chinganas o ventas donde se encontrase un ebrio, pagara la multa de 4 pesos...

Art 31Las fondas, cafés y villares, canchas de bolas, no permitirán allí juegos de azar o envite...

Art 33 no podrán los dueños de las mismas casas permitir juego alguno aunque sea de los no prohibidos, a los hijos de familia, dependientes o criados....”¹⁶⁶

Este tipo de reglamentos serian común no solo en la zona de Concepción sino que en todo el país y buscarían mitigar en alguna medida la fuerte costumbre popular de la fiesta. Esta cuestión seria, obviamente, sumamente difícil ya que el bajo pueblo gustaba mucho de participar de estas instancias y no iba a dejarlas tan fácilmente. Este sector de la sociedad resistiría tenazmente esta represión de igual manera como lo demuestra Leonardo León en su artículo antes citado en cuanto a la leva forzosa, la cual, según aquel autor presentaría, incluso, una forma de rechazo al proyecto nacional. Además, esa resistencia a la represión se incrementaría puesto que vendría acompañada del antes mencionado disciplinamiento cultural, que buscaría la inculcación de valores productivos modernos, los que tampoco

¹⁶⁵*El Faro del Bio-Bio*. Concepción, 29 de enero de 1834.

¹⁶⁶*Ibíd.*

serian bien vistos por los sectores a los cuales iban dirigidas estas medidas. En palabras de Julio Pinto:

“La cruzada emprendida contra chinganas, ramadas y otros sitios de esparcimiento popular revela que la vigilancia gubernamental no se fundaba exclusivamente en consideraciones de orden y seguridad pública...Más allá de ello, sin embargo, lo que se perfila tras el afán disciplinario es una voluntad de recanalizar las energías así ‘derrochadas’ en un sentido más funcional a las demandas de una recuperación económica...que varios historiadores han identificado con los inicios de la transición chilena al capitalismo [...]”¹⁶⁷

Es así como la autoridad comienza a enfrentar de manera cada vez más sistematizada la erradicación del ocio y de todas las características del bajo pueblo que para la autoridad eran contrarias para el disciplinamiento cultural, que se concentraría, como no podía ser de otra forma, exclusivamente en la parte laboral, puesto que no estaba en los planes de la elite un disciplinamiento ilustrado. En otras palabras, convertirlo en un sujeto moderno a medias, en cuanto a sus deberes pero no a sus derechos.

No obstante, y como sería característico de todo el proceso de formación nacional, este proyecto de transformación del sujeto popular tendría una paradoja central: el uso de la fiesta para la inculcación del sentimiento nacional y la posterior cooptación de esta como ente constitutivo de la cultura nacional por parte de las autoridades, tendría como resultado la (re) valoración por parte de los mismos sujetos populares de sus costumbres festivas populares, valoración que incluso pudo elevar la consideración de estas al ser las formas de diversión popular llevadas a la categoría de cultura nacional. Esta reafirmación, la cual se aplicaba a una estructura fuertemente arraigada, explosionaría las manifestaciones lúdicas del sujeto popular, justo cuando las mismas autoridades se lanzaban a la tarea de convertirlo en un trabajador moderno. Sería la misma autoridad, pues, la que habría contribuido (porque decir que posibilito sería negar que esta estructura estaba fuertemente arraigada pese a la constante represión) notablemente a la dificultad del cambio del sujeto popular, al catalizar justamente lo que se quería eliminar. Así, el deseo de construir una nación en base a la exclusión de la gran mayoría de la población, lo que, como vimos en el capítulo anterior, se traduciría en ciudadanía efectiva plena en derechos para las elites y una participación simbólica en base a su cultura para los sectores populares, lo que, a su vez,

¹⁶⁷ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p.237.

perpetuaría la condición colonial de estos, traería como consecuencia las grandes dificultades que tendría el proceso modernizador en el bajo pueblo. En otras palabras, el cambio de forma pero no de fondo que ocurre con la emancipación de la corona, el cual buscaría la continuidad de gran parte de los elementos de la sociedad colonial, especialmente en cuanto a la condición tanto de privilegio de las elites como subalterna de los sectores populares, sería nefasto cuando impera la necesidad de modernización de estos últimos, ya que habría reforzado concepciones “bárbaras” que serían contrarias y obstruirían a las ideas civilizatorias contenidas en dicho cambio.

Junto con lo anterior, este problema tendría gran parte de su sentido, o dificultad, en no solo la instancia festiva como momento de relajación, sino en el contenido de la instancia festiva, lo que se da casi únicamente en estas. Las cuestiones sociales que se viven dentro de la instancia festiva tendrían un carácter eminentemente liberador, donde la creatividad, la espontaneidad marcarían el paso de la rebeldía, la crítica al orden o, como plantea Roberto Da Matta, incluso la revolución, cuestión que va totalmente en contra del proyecto modernizador que lo que pretende en esencialmente es dominar al sujeto en todos sus ámbitos.

La fiesta estaría compuesta de cuestiones que pasarían de lo cotidiano, puesto que el carácter temporal de esta marcaría su esencia, aunque sin intervalos de tiempo tan grandes, debido a que la repetición continua de los ritos festivos, sobre todo los ritos de carácter cívico, sería fundamental para la estructuración misma de la fiesta. Es por esto, y como plantea Paulina Peralta, la instancia festiva tendría un carácter habitual y no extraordinario, lo que estaría en un espacio intermedio entre lo cotidiano y lo extraordinario, siendo esto último descartado por la misma periodicidad del calendario festivo¹⁶⁸.

Estos momentos habituales tendrían al estar fuera de la cotidianeidad cuestiones que estarían fuera de esta. En estos momentos el sujeto popular encontraría una cierta horizontalidad que, como hemos planteado, no se daría en la cotidianeidad en el mundo republicano. Tendría, el sujeto popular, la posibilidad de hallarse en una situación de poder

¹⁶⁸ PERALTA, Paulina Op.cit. p.19-20.

compartir con sus patrones donde, en cierta medida, no regirían las jerarquizaciones propias del mundo, convirtiéndose la fiesta en un mundo mágico. Es así como el sujeto popular siempre ha visto, y principalmente, sentido la fiesta como una instancia de transgresión y transformación que estaría definida, según Purcell, por “sobrepasar ciertos espacios, reglas, límites de tolerancia, o formas implícita o explícitamente demarcadas por el grupo transgredido, pero que no necesariamente son aceptados o comprendidos por el grupo transgresor”¹⁶⁹. En este ámbito, Roberto Da Matta plantearía que el ritual estaría unido con los movimientos de cambio social “que aspiran a liberar al hombre del yugo de reglas u hombres”¹⁷⁰. Aunque si bien, continuando con este autor, la fiesta tendría un fuerte componente de renovación, también estaría caracterizada por ser la posibilidad de cambio, de poner “al mundo de cabeza” reconfigurando las estructuras dominantes. Esta concepción de la instancia festiva sería desastrosa en cuanto no solo ser una seria dificultad para la conversión del sujeto popular en un personaje moderno, sino que también a que, según esta idea, daría la posibilidad de quebrar el sistema impuesto por las elites, lo que le daría una connotación a la instancia festiva mucho más allá que un mero momento de esparcimiento.

Junto con lo anterior, si creemos en la idea transgresora de la fiesta, también se podría creer en la fiesta como una instancia de resistencia cultural, siendo esta una instancia previa a la transgresión y sobre todo a la revolución. Así, desde la fiesta, el sector popular resistiría los continuos embates emanados desde las elites, como lo sería este cambio modernizador aquí tratado, y tratando de imponer, aunque sea dentro de sus propios espacios, sus sistemas de valores y costumbres. Esta idea de resistencia a la modernización la plantearía muy bien Milita Alfaro en su texto antes citado, donde el disciplinamiento del carnaval por parte de las elites, el que trataría de transformar a este bajo ideas de la moral de la elite en un proceso análogo al de la transformación del sujeto popular, encontraría una resistencia de los sectores populares que la autora denominaría la “carnavalización del disciplinamiento”, la que impondría la propia mirada de los sectores populares a las medidas que la elite tomaría en este bando, resistiendo e, muchas veces, imponiendo sus propias concepciones morales, dándole su esencia al carnaval orquestado por las elites.

¹⁶⁹ PURCELL, Fernando. Op.cit. p.17.

¹⁷⁰ DA MATTA, Roberto. Op.cit. P. 50.

Otra cuestión que podría haber influido en la persistencia de las costumbres festivas populares en tiempos republicanos tendría relación con que, tanto por el deseo de imponer una disciplina laboral con horarios que consumirían gran parte del tiempo como por la reducción del prominente calendario festivo religioso presente en la época colonial, la necesidad del sector popular de estar en estas instancias festivas se hizo más apremiante, provocando que el sector popular intente aprovechar cada instancia libre, incluso las no libres, para arremeterse a integrar dichas instancias festivas. Es así como la instancia festiva republicana, sobre todo en sus fiestas cívicas, serían la oportunidad para desatar toda la energía que el bajo pueblo en dichas instancias. Esta cuestión quedaría absolutamente clara con la celebración en Concepción de la fiesta del 18 de Septiembre de 1845 relatada en extenso por el diario La Patria, la que presentaría como título “¡Salud al gran día de Chile, al diez y ocho de Septiembre!” y evidenciaría otro factor de resistencia al cambio impulsado desde la élites:

“[...] en una misa de gracia se descubre la influencia poética de la religión en todos los actos de nuestra existencia, donde se oye la voz del guerrero y del ciudadano que depositan en manos del Hacedor supremo la felicidad y reposos de su familia y su país.

La música que por todas partes hacía oír sus armoniosos sonidos contribuía a embellecer a aquella ceremonia augusta; y en el momento en que el sacerdote bendecía la religiosa multitud, el artillero volvió a indicar que estábamos en la mitad del día; que el Sol del diez y ocho de Septiembre se despedía de nosotros

Terminada la misa, el bullicio de la ciudad anunciaba que la fiesta seguía, pero que la escena no era la misma: al silencio respetuoso del templo siguió el desorden del pueblo que aun no estaba satisfecho con ver desaparecer el día de diez y ocho sin hacer una libación a la salud. Ya se presume una hora después el pueblo católico era pueblo pagano: y como en las bacanales de los romanos, nadie había que no hubiese saludado a Baco. Un pueblo en fiesta, enseña al hombre estudioso y pensador poco menos que la realidad de la vida. La verdad salta a la boca y sin disfraz, todos explican la verdadera causa de su *báquico furor*. Así el pueblo penquista dejaba oír en todas direcciones las expresiones de -¡Viva Chile!- ¡-Viva la Patria!-¡Viva el diez y ocho de Septiembre! Con que atronaba el espacio.

La noche se acercaba y la luz opaca de la tarde manifestaba que el Sol del diez y ocho reclamaba sus últimos honores; con una salva pronunciada huyó hasta el año 1846. La ausencia del día ni la sintió el pueblo, ni supo cuando volvería. La Luna vino a reemplazar con su poesía melancólica, la poesía ardiente del Sol, pretendiendo templar el ardor de la muchedumbre. ¡Vana intención! El pueblo no supo tampoco si había venido ni cuando se fue. Pero ¿creís que todo ha parado aquí? ¡No!: aun sigue la fiesta

el 19; y hoy 20 de septiembre se alarma la población para ir al paseo militar. Dos noches consecutivas hemos tenido fuegos artificiales; y para mañana se preara un gran baile en el que ha tomado parte la Municipalidad: tan luego como suceda daremos al publico una descripción de él”¹⁷¹.

Como se dijo justo antes de presentar esta cita, el relato recién expuesto evidenciaría otro factor que sería también una dificultad al tratar de imponer el proyecto de cambio de la elite; la religión.

Desde el comienzo del proceso emancipatorio, y pese a que en teoría la iglesia al ser la base del régimen monárquico estaría en contra de la republica, la influencia de la iglesia dentro de los forjadores del proyecto republicano sería muy fuerte, ya que “la actitud que adoptase la Iglesia hacia el movimiento independentista tenía que desempeñar un papel desequilibrante en cuanto a las adhesiones que este lograra concitar”¹⁷², puesto que era muy valiosa “la legitimidad que podía ofrecerle la institución más reconocida socialmente”¹⁷³. Esto se ve claramente en la cita recién expuesta ya que, al igual que en tiempos coloniales, la misa sería un elemento legitimador, proveyendo una “santificación eclesial de los actos cívicos”¹⁷⁴. A este respecto, y en palabras de Julio Pinto, “Jaime Valenzuela ha propuesto el uso de ritos religiosos como un mecanismo utilizado por la corona española para transmitir mensajes, valores, ideas y legitimar el poder”¹⁷⁵. Esta forma de legitimación claramente es usada por las elites republicanas para legitimar el régimen que se estaba en proceso de instauración, por lo que tácitamente se le estaría dando la posibilidad de que siguieran existiendo, e imperando, valores religiosos casi en la misma forma de cómo lo hacían en la época monárquica. Así, con la permisividad en cuanto a la fuerte continuidad de ideas religiosas por parte de las autoridades, se estarían permitiendo estructuras de pensamiento que son totalmente contrarias a las ideas modernizadoras que se le querían inculcar a los sujetos populares, por lo que, una vez más, decisiones de la elites serian las principales trabas para el mismo proyecto que se quería llevar a cabo. La alusión a la figura de Baco dentro de estas celebraciones sería una expresión inequívoca de la fuerte presencia de concepciones más bien coloniales dentro de este contexto republicano, mostrando que la

¹⁷¹ *La Patria*. Concepción 20 de Septiembre de 1845.

¹⁷² PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. Op.cit. p.62.

¹⁷³ Ibid.p.139.

¹⁷⁴ Ibid.

¹⁷⁵ Ibid.145.

fuerte presencia de la iglesia, tanto física como mental, mantendría al sujeto popular como si viviera en la época colonial. Esta cuestión sería abordada de manera excelente por Maximiliano Salinas en su artículo “La Fiesta: utopía, historia y derecho a la vida” donde afirmaría que “la nueva cultura mestiza mediterráneo-andina, específicamente mapuche-hispana, expresó una sensibilidad y una religiosidad dionisiaca apreciada o despreciada, según sea el caso, durante los siglos XVIII y XIX”, incluso, de manera muy atinada en la zona de la cita, diría que “el cultivo de la vid en la zona de Concepción en el siglo XVIII favoreció el culto a Dionisos”¹⁷⁶. Es por esto que siempre el proceso de construcción nacional estuvo marcado por este sincretismo de valores republicanos y religiosos, lo que para María Angélica Illanes sería una cuestión constitutiva y central. Así, en palabras de esta autora:

“Militares Modernos y sacerdotes premodernos construyeron conjuntamente las fortalezas de la censura decimonónica como ordenamiento cultural y social, en vista del respeto a las jerarquías socio-corporales en un tiempo en que las distancias entre conquistadores y conquistados perdían sustentación histórica”¹⁷⁷.

Es a partir de esta fusión que se conforma toda la idea valórica desde donde se constituye la dinámica estructurante del gobierno elitario decimonónico, que al decir de Illanes sería un “orden censurante”. Así, la iglesia seguiría teniendo una importancia central dentro de la república, sobre todo en una ciudad como Concepción donde “el factor religioso, como sede obispal, cabeza de numerosos curatos y la presencia de órdenes religiosos”¹⁷⁸ harían del factor religioso algo preponderante. Un par de ejemplos para la zona en cuestión mostrarían esta influencia:

“Concepcion enero 26 de 1838

Tan pronto como hemos recibido la honorable nota de Ud. Fecha 24 del actual en que no incinua los males a que se expone esta población fabricada en su mayor parte de combustible, con el uso de voladores y fuegos incendiarios, hemos circulado expresa orden a los superiores de las Iglesias seglares y regulares de esta ciudad, prohibiéndoles absolutamente, y permitiéndoles tan solo la solemnización de sus fiestas con iluminaciones y camasetas bajas”¹⁷⁹.

¹⁷⁶ SALINAS, Maximiliano. Op.cit. p.77.

¹⁷⁷ ILLANES, María Angélica. Op.cit. p. 96.

¹⁷⁸ CARTES, Armando. Op.cit. p.33-34.

¹⁷⁹ AMC, Vol. 9 f. 31.

“Sesion ordinaria 6 de febrero de 1836

En seguida el Sr. presidente llamo la atención del cuerpo recordándole que se acercaba el dia en que se celebra el aniversario del 12 de febrero, para que meditase el modo como debía solemnizarse en conformidad con las actuales circunstancias [...] Considerando la suma escases de fondos, y la falta de orden en la población, p[ar]a llamar la concurrencia a este objeto, no podría hacerse otra cosa por ahora que ordenar al señor Gob[ernad]or del obispado por medio de una nota, para que disponga oficial[men]te una misa de gracia para dicho dia con la solemnidad que sea posible”¹⁸⁰.

De estas citas se desprendería claramente, una vez más, las contradicciones que muchas de las practicas nacionales traerían consigo, debido a que fueron precisamente las ideas secularizadoras provenientes de un pensamiento liberal-ilustrado, que tenía como mayor enemigo a las ideas tradicionales que emanaban de las instituciones eclesiásticas, las que pensaron y llevaron a cabo a la nación, por lo que al convocar a símbolos eclesiásticos en su conformación estaría yendo en contra de la idea, en teoría, primera de la nación, que era destruir las concepciones de la sociedad divinamente estamentada a partir de ideas que se encontrarían fuera de estas concepciones divinas, tal como lo eran las ideas liberales que, en teoría, estaban concebidas en concordancia de los principios republicanos que apelarían a las libertades y derechos individuales que cada individuo tendría por derecho, apreciándose también como se le delegaban tareas que supuestamente debieran llevar a cabo instituciones republicanas, como lo serian las celebraciones cívicas o las instancias festivas.

Además, la dificultad en que se vería el proyecto de transformación del sujeto popular de las elites tendría en la religión no solo una cuestión de ideas, sino de prácticas, ya que en muchos casos, como se vio en las citas, donde las actividades de transformación cultural serian llevadas a cabo por la iglesia, porque “de acuerdo a la percepción de las autoridades, ella [la tarea del cambio cultural] debía ser asumida por la iglesia a través de predicaciones y del accionar de curas y sacerdotes”¹⁸¹. Es por esto que, al igual como lo hicieron con las costumbres festivas del bajo pueblo, la valoración del ámbito religioso seria un elemento totalmente contrario a las ideas modernizadoras de la elite, lo que se vería acentuado al ser la misma iglesia la que llevara a cabo cuestiones que debieran adaptar a los sujetos a la

¹⁸⁰ *Ibíd.* Vol. 5 f. 50.

¹⁸¹ PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. *Op.cit.* p.138.

republicana y a la modernidad, como lo sería la educación y las fiestas nacionales. La misma injerencia de la iglesia en el ámbito republicano haría que el sujeto popular se aferrara a ella, porque es algo que conoce y que entiende, sobre todo cuando le comienzan a imponer un proyecto al cual no está acostumbrado, manteniéndose un pensamiento religioso por sobre uno de tipo moderno que propicie la formación del sujeto laboral que las elites deseaban.

Un último factor que me gustaría considerar para las dificultades de la implantación del cambio, sobre todo, productivo del sujeto popular, tendría relación con la presencia de los mingacos expuesta por Fernando Purcell en su citado libro. Como lo expone en el capítulo primero, los mingacos serían fiestas que se levantarían después de concluida una tarea de carácter agrícola, como puede ser la cosecha de cierto vegetal o fruta, una trilla de maíz o matanzas de ganado. Estas fiestas serían el medio de pago que los hacendados muchas veces utilizaban para pagarle por sus trabajos a los sectores populares, desmitificando en parte la idea de la pérdida económica que si o si conllevaba la fiesta. Esta situación, sin lugar a dudas, sería, por un lado un aliciente de las instancias festivas y por otro serían también otra dificultad al cambio modernizador perseguido por la elite al dar la oportunidad que las fiestas sean integradas, de una u otra forma, al trabajo, lo que sería nefasto para la disciplina laboral como lo sería la racionalidad o cumplir con un determinado horario.

Así, con todo lo expuesto hasta ahora cabría preguntarse ¿Por qué las autoridades seguirían optando por cuestiones que en muchos casos serían absolutamente contrarias a los fines que ellas mismas buscaban?. Esta cuestión, aunque para el caso de la época colonial, sería muy bien explicada por Orián Jiménez Meneses, siendo atinente también con el contexto republicano. Esto porque pese a todos los problemas que le generaban a la autoridad estas festividades, se seguían manteniendo porque, para el autor, estas tenían una importancia mucho mayor para las autoridades que para el bajo pueblo, la cual residía en tres ámbitos trascendentales no solo para el ámbito local, sino que para todo el imperio. En primer lugar, para la mayoría de la población, las fiestas eran el elemento esencial donde se legitimaba políticamente todo el aparato imperial (republicano) y por sobre todo la figura del Rey y sus representantes en América (autoridades), lo cual también incluía a la iglesia, por la idea del derecho divino del Rey. En segundo lugar las fiestas eran un medio

irreemplazable para la contención de los estamentos más bajos de la sociedad, puestos que sin ningún tipo de derechos, este sector necesitaba una instancia de relajo y de esparcimiento. Y, por último, el sufragar las fiestas por parte de vecinos, o también extranjeros, era el medio más rápido para un ascenso social y reconocimiento por parte de tanto las autoridades como de los vecinos privilegiados, adquiriendo rápidamente una reputación que los instalaría en las capas más altas de la sociedad donde patrocinaban las fiestas.

En Suma, la todavía fuerte presencia de la iglesia católica, la habitualidad, la igualación, inversión, transgresión o, incluso, la revolución social crearía una barrera que costaría mucho romper por la iniciativa disciplinadora de las elites. De esta manera, las costumbres festivas del mundo popular seguirían fructificando pese a la constante represión ejercida desde las elites dirigentes, la cual intentaba borrar la esencia misma del sujeto, cuestión donde estribaba quizás su mayor dificultad. Además, como acabamos de plantear, las autoridades seguirán estimulando, a la vez que reprimían, las instancias festivas porque encontraban que estas eran un vehículo irreemplazable de llegar a los sectores populares de la población para auto-legitimarse sociopolíticamente como sector dominante. Así, el proyecto modernizador del sujeto popular siempre estaría marcado por estas contradicciones que no le permitirían llevarlo a cabo de forma sustancial, por lo que el sujeto popular comenzaría a deambular entre su conformación tradicional proveniente de la colonia y estas nuevas ideas racionalizadoras que buscaban convertirlo en un agente productivo de tipo moderno, lo que traería como consecuencia una estabilidad que más que afectar al sujeto popular, le afectarían más a las elites dirigentes ya que siempre fueron ellas las más interesadas que aquel proyecto se concrete.

CONCLUSION

La investigación realizada intenta presentar la notable influencia que tuvieron las fiestas en la construcción nacional en el periodo en que la gran mayoría de los autores sitúan este proceso. A lo largo del trabajo queda evidenciado como las ahora “tradicionales” fiestas patrias fueron una cuestión central para la expansión de un sentimiento nacional dentro de los sectores populares, el cual estaba presente más bien en los sectores de elite, cuestión que conllevaría un sentido de pertenencia hacia la sociedad nacional.

El proceso de conformación de las festividades nacionales dio claras muestras de cómo las elites políticas utilizarían estas instancias para poder legitimar su proyecto político y causar adherencia a este dentro de la población. La “ingeniería social” que se despliega en esta tarea está fuertemente ligada a la construcción de la nación misma, siendo muchas veces inseparables ambas esferas -lo festivo y lo nacional- cuando confluyen en instancias que celebran los hitos fundacionales de cada nación, siendo en el caso de Chile la primera Junta Nacional de Gobierno. La construcción de un ideario nacional estuvo supeditado a una serie de exaltaciones y omisiones que se enmarcaban en una ideología determinada, la cual estaba decidida a dejar el pasado atrás, configurando un futuro que respondiera a un crecimiento lineal basado en el progreso, todo teniendo como base la utilización de la razón.

La inculcación/imposición de las ideas ilustradas fue un proceso que en el sector dirigente se comienza a dar antes de 1810, pero al resto de la población este llega de golpe provocando un choque cultural de grandes dimensiones que traería un sin número de consecuencias. El bajo pueblo fue el principal afectado por estas políticas de cambio cultural, debiendo hacerse cargo de la enfermiza necesidad de las elites de dirigir el camino de las naciones hacia el de las naciones europeas. Al decir de María Angélica Illanes, estas políticas de cambio compondrían un “orden censurante” que sería “un tipo de ordenamiento

basado en la censura, es decir, en la falta de libertad de expresión”¹⁸², por lo cual las, valga la redundancia, expresiones del sector popular fueron –y son- el objetivo del control de las autoridades. De esta manera, la fiesta sería una instancia de resistencia cultural no solo en el ámbito de lo laboral, sino que también respondería a la resistencia de una cosmovisión que dominó el pasado premoderno, y que perdura hasta nuestros días mediante las costumbres que ha mantenido desde siglos el sector popular, poniendo en evidencia las formas de sentir del mundo antiguo y convirtiendo a la fiesta en instancia donde, en cierta manera, se puede apreciar el pasado.

Siguiendo con Illanes, la censura sería una cuestión estructural de la construcción nacional que se da en Chile durante el siglo XIX, por lo que la conformación de espacios de real libertad –no la libertad de comercio aludida por las elites- fue una preocupación constante de los grupos oprimidos. Al contrario de los discursos panegíricos de la libertad, las acciones de las elites siempre apuntaron a poseer el máximo control posible de los variados ámbitos que componen la sociedad, llegando muchas veces a negar de manera consciente y sistemática los derechos más básicos de los habitantes de la nación en formación, siendo las instancias festivas una de las actividades más reprimidas por parte de la autoridad. Así la idea de la tranquilidad en la conformación de la nación chilena quedaba bastante en entre dicho debido a que las maneras ilustradas en muchas ocasiones consistieron en una coacción brutal del Estado hacia los habitantes que no asimilaban rápidamente las ideas que se querían imponer, por lo que el siglo XIX “se trató de un siglo guerrero por excelencia (a pesar del mito de la pax-chilensis): una larga guerra anti-colonial, dos guerras antiamericanas y cinco sangrientas guerras civiles”¹⁸³.

En este contexto, la fiesta se convertiría en una instancia de resistencia cultural que rehusaba alienarse bajo los principios ilustrados a los cuales se pretendía agrupar a los sectores populares, mostrando que “orden y rebeldía; disciplinamiento y desacato, no son sino dos rostros de la misma moneda”¹⁸⁴. Sin lugar a dudas el símbolo de esta resistencia fueron las chinganas, las que sobrevivieron “con toda la porfía de un pueblo que una y otra vez salía a construir las con sus propias manos. La propia espontaneidad y fragilidad de su

¹⁸² ILLANES, María Angélica. Op.cit. p. 93.

¹⁸³ *Ibíd.* p. 96.

¹⁸⁴ *Ibíd.* p. 93.

auto-construcción las salvó, su material orgánico y desechable aseguró su vida”¹⁸⁵. Sería precisamente esta cualidad “desechable” la que le permitió a la chingana al poder soportar los continuos embates legales, y morales, que constantemente asediaban a estos lugares, los que pese a estas contrariedades supieron mantenerse vivos y vigentes, ya que la modernidad al parecer no consideró instituciones “que fueran impulsadas por la fuerza de atracción de la carcajada popular compartida entre los muros de paja de una ciudadanía arrabalera”¹⁸⁶.

En suma, todo el proceso de construcción nacional estuvo lejos de las consideraciones tradicionales que apelaban a una conformación ejemplar en cuanto a la ausencia de grandes conflictos y preponderancia de la razón por sobre todas las cosas, donde los derechos fundamentales que venían aparejados a la forma republicana de gobierno marcaban la diferencia con el gobierno déspota del rey español. En la práctica, las elites nacionales buscaron la consolidación de su propio poder cuando se deciden a conformar una nación que estaba llena de matices, los cuales serían hechos a la medida de las aspiraciones de las elites y situando a la república instaurada en Chile como un gobierno autoritario, excluyente y tremendamente jerarquizado, incluso más que el mismo régimen colonial. Un factor determinante para que esto sucediera era que a partir de 1810 se comienzan a imponer los criterios mercantilistas en la conformación de los distintos tipos de gobierno que se instauraban alrededor del globo, lo que marcaría fuertemente los criterios con los cuales se desarrollarían los proyectos nacionales e intra-nacionales, todos los cuales estarían vigorosamente influidos por la racionalización de la economía que buscaba las mayores ganancias posibles, lo que estaría en abierta contradicción con establecer una comunidad donde valores horizontales fueran los ejes dinámicos de la sociedad.

Las razones por las cuales las elites nunca estuvieron dispuestas a desarrollar una nación que respondiera a los ideales a los cuales respondió el surgimiento de este tipo de organización, vale decir libertad, igualdad y fraternidad, estarían en directa relación con el carácter de las elites que llevaron a cabo el proyecto nacional en Chile. Según Gabriel Salazar la independencia de la corona española habría traído proceso de diferenciación muy violento que habría confirmado a las elites en la cima social y habría debilitado a los grupos

¹⁸⁵ *Ibíd.* p. 103.

¹⁸⁶ *Ibíd.*

más débiles¹⁸⁷. La idea de orden fue la excusa para aplicar una violencia totalmente desquiciada en contra de todos los que estén en contra de los designios de la elite dominante, cuestión que tuvo su paroxismo con el llamado gobierno portaliano. No obstante, para Salazar, “la violencia de 1830 consolidó un Estado pero no unificó la sociedad”¹⁸⁸.

Es así como, siguiendo con Salazar, “el proyecto estratégico de ese Estado no fue integrar la sociedad hacia adentro, sino recomponer la ‘integración hacia afuera’. O sea: reconquistar para Chile un ‘puesto’ en el Mercado Global y lograr el reconocimiento diplomático de las grandes potencias del Atlántico Norte”¹⁸⁹. De esta manera, imperaría en Chile una concepción eminentemente mercantilista de la conformación de la nación, en desmedro de todos los postulados liberales que justificaron en gran medida la emancipación de la corona española. La unificación, pues, que se daría dentro de la nueva nación mercantilista “no era social, sino de mercancías; no de comunidades, sino de mercados; no territorial sino ultramarina”¹⁹⁰. Puede haber ocurrido que estas cuestiones pueden haber sido, en alguna medida, percibidas por el bajo pueblo, o por lo menos que hayan incidido en lo poco atractivo que fue el proyecto nacional para este sector mayoritario de la población. Los sectores populares tuvieron en la fiesta una instancia para resistir una imposición cultural que, como se ha mostrado a lo largo de este trabajo, buscaba únicamente el beneficio de las elites y no instaurar un modelo que a todas luces fue la excusa para el acaparamiento del poder por parte de este sector. Sería más bien una domesticación que buscaba cambiar las concepciones de la cúpula jerárquica que los sectores populares tenían de la sociedad, ya que pretendía situar a las autoridades republicanas en reemplazo de las desaparecidas autoridades representantes de la corona. Una de las formas en que las “nuevas” elites tendrían para llevar a cabo este proceso sería la manera que por excelencia se usaba para legitimar a las autoridades en la época colonial: la fiesta. Esto generaría un arma de doble filo para las autoridades ya que a su vez era la forma de resistencia de los sectores populares para este proceso modernizador, lo que haría

¹⁸⁷ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. *Historia contemporánea de Chile 1. Estado, legitimidad, ciudadanía*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 1999. p. 131.

¹⁸⁸ *Ibíd.* p. 132.

¹⁸⁹ *Ibíd.*

¹⁹⁰ *Ibíd.*

cumplir el precepto de Da Matta con respecto a la fiesta, el cual plantea una doble posibilidad: que la fiesta es la instancia donde se renuevan los poderes, pero también es la oportunidad de cambiar todo, de romper con lo establecido para llevar a cabo un ideal que reemplace al proyecto vigente.

BIBLIOGRAFIA

1.1 Fuentes

ARCHIVO NACIONAL.

Archivo Municipalidad de Concepción. Vol. 9. Enero, 1838.1850

Archivo Municipalidad de Concepción. Vol. 11. 1850-1853.

Archivo Municipalidad de Concepción. Vol. 5. 1836.

Archivo Municipalidad de Concepción. Vol. 6. 1838.

Archivo Municipalidad de Concepción. Vol. 1. 1860.

Archivo Intendencia de Concepción. Vol. 266.

6.1.2 Fuentes Periódicas

El Clamor del Sur. Concepción, 1845-1846.

El Conservador. Concepción, 1851.

El Eco Nacional. Concepción, 1846.

Correo del Sur. Concepción, 1850.

El Faro del Biobío. Concepción, 1834.

El Telégrafo de Concepción. Concepción, 1843.

La Patria. Concepción, 1845.

6.2 Artículos

CRUZ, Isabel. *Lo Sagrado como raíz de la Fiesta*. Revista Humanitas N°2 [En Línea]. Abril –Junio, 1996. [Citado el 20 de Noviembre del 2010]. Disponible en: <http://www.humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0182.html>.

DONOSO, Karen. “*Fue Famosa la Chingana*”... *Diversión popular y cultura nacional en Santiago de Chile, 1820-1840*. Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile. Revista de Historia Social y de las Mentalidades N° XIII, Vol. 1. Santiago, Chile, 2009. 87-119p. Issn: 0717-5248

GODOY, Milton. *Fiestas, carnaval y disciplinamiento cultural: Norte Chico 1840-1900*. Tesis para optar al grado de doctor, 2009.

LEON, Leonardo. *Reclutas forzados y desertores de la Patria: El bajo pueblo chileno en la Guerra de la independencia, 1810-1814*. Historia PUC [En Línea]. Vol. 35, Santiago 2002. 251-297p. [Citado el 5 de Enero del 2011]. ISSN: 0717-7194 Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942002003500010

SALINAS, Maximiliano. *La Fiesta: utopía, historia y derecho a la vida*. Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile. Revista de Historia Social y de las Mentalidades N° 7, Vol. 2. Santiago, Chile, 2003. 73-94p. ISSN: 0717-5248

STUVEN, Ana María. *Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: concepto y valoración del orden social (1830-1860)*. [En Línea]. Revista Estudios Públicos, N°66. Santiago, Chile, 1997. [Citado el 15 de Diciembre del 2010]. 259-311p. Disponible en: http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_1159.html

6.3 Libros

ALFARO, Milita. *Carnaval; Carnaval y modernización: Impulso y freno del disciplinamiento (1873-1904)*. Vol. 2 de *Carnaval: Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta*. Trilce Ediciones, 1991. 255p. ISBN: 9974321778.

ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas; Reflexiones sobre el origen del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F, 1993. 240p. ISBN: 968-16-3867-0

CAMPOS, Fernando. *Historia de Concepción: 1550-1988*. 2da edición, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1989. 438p.

CARTES, Armando. *Concepción contra Chile; Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, Chile, 2010. 259p. ISBN: 9568147993.

COLLIER, Simón. *La construcción de una Republica 1830-1865. Política e ideas*. 1ª Edición, Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 2005. 336p. ISBN: 956-14-0851-1

CRUZ, Isabel. *La fiesta, metamorfosis de lo cotidiano. Arte y Sociedad en Chile*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile 1995. 335p.

DA MATTA, Roberto. *Carnavales, malandros y héroes; Hacia una sociología del dilema brasileño*. Fondo de Cultura Económica, México D.F. 2002. 352p. ISBN: 9681667158

GARAVAGLIA, Juan Carlos. *Construir el estado, inventar la nación. El Rio de la Plata, siglos XVIII-XIX*. 1ª Edición, Prometeo Libros. Buenos Aires, Argentina, 2007. 406p. ISBN: 978-987-574-165-2

GARRIDO, María José. *Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823*. Instituto Mora. México, 2006. 191p. ISBN: 9706841385

HERNANDEZ, Roberto, FERNANDEZ, Carlos y BAPTISTA, Pilar. *Metodología de la investigación*. 3ª edición, Ed. McGraw-Hill. México, D.F, 2003.

HOBBSAWM, Eric. *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona 1991. Editorial Crítica. Barcelona, España, 1991. 212p. ISBN: 84-8432-135-5

ILLANES, María Angélica. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. 1ª Edición, Santiago. LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2003. 508p. ISBN: 978-956-282-583-2

JIMENEZ, Orián. *El frenesí del Vulgo: fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2007. 158p. ISBN: 978-958-714-074-3

JOCEYN-HOLT, Alfredo. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. 3ª Edición Planeta/Ariel. Santiago, Chile, 1999. 218p. ISBN: 9562472000

ORTEGA, Luis. *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2005. 532p. ISBN: 956-244-071-0

PACHECO, Arnaldo. *Historia de Concepción Siglo XIX*. Numero 4 de Cuadernos del Biobío, Ediciones Universidad de Concepción. Concepción, Chile, 1996. 64p. ISBN: 9562271358.

PERALTA, Paulina. *¡Chile tiene fiesta!; El origen del 18 de Septiembre (1810-1837)*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2007. 214p. ISBN: 978-956-282-921-2

PINTO, Julio, y VALDIVIA, Verónica. *¿Chilenos Todos? La Construcción Social de la Nación (1810-1840)*. 1ª Edición,. LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2009. 352p. ISBN: 978-956-00-0095-8

PURCELL, Fernando. *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. 1ª Edición, Santiago. LOM Ediciones, 2000. 148p. ISBN: 956-244-071-0

ROJAS, Rolando. *Tiempos de Carnaval. El ascenso de lo popular a la cultura nacional. (Lima 1822-1922)*. Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005. 235p. ISBN: 9972511286

SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. *Historia contemporánea de Chile 1. Estado, legitimidad, ciudadanía*. 1ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 1999. 311p. ISBN: 956-282-173-0

SALAZAR, Gabriel. *Peones, Labradores y proletarios*. 1ª y 2ª Edición, LOM Ediciones. Santiago, Chile, 2000. 334p. ISBN: 956-282-269-9

SANCHEZ, Juan Martin. *Perú 28 de Julio: discurso y acción política el día de Fiestas Patrias, 1969-1999*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, España, 2002. 242p. ISBN: 84-00-08104-8

STUVEN, Ana María. *La Seducción de un Orden; Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 2000. 316p. ISBN: 956-14-0595-4

SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile; Tomo IV nacionalismo y cultura*. Universitaria, Santiago, Chile 2007.